

30
DÍAS Tess Clark
SERÁS MÍA



30
DÍAS *Tess Clark*
SERÁS MÍA

Título: **Serás mía – 30 días**

© **Tess Clark**

De la maquetación: 2024, Sintaxis Ediciones

Del diseño de la cubierta: Tess Clark. Imagen IA.

Primera edición: Diciembre de 2024

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

***Chi costruisce il presente sulla menzogna,
ne futuro troverà solo il vuoto della solitudine.***

(Quien construye el presente sobre la mentira,
en el futuro solo encontrará el vacío de la soledad).

Letras dedicadas a aquellas ardientes pasiones
que llegaron para abrasarnos y se quedaron para abrazarnos.

CAPÍTULO

PRÓLOGO

30 días - Serás mía

La sonrisa se heló en el rostro de Gabriel Santos al verse sorprendido, en el reservado del club en el que se encontraba aquella noche, por dos de los hombres más peligrosos que él conocía, aunque ellos tan solo precedían la entrada triunfal del italiano más temido de todos.

Andrea Neri, vestido completamente de negro, con un elegante traje de firma, se acomodó en uno de los sofás de piel, con las piernas abiertas y ocupando dos de los tres espacios de los que el mueble disponía, mientras encendía uno de sus cigarrillos y posaba sus ojos en la figura del español.

Su pose provocó que Gabriel se viera arrinconado y sin posibilidad de moverse, a un lado, por ese hombre de aura poderosa, que parecía estar viendo cómodamente un partido de fútbol en la televisión de su casa, y al otro, por uno de sus guardias, quien lo doblaba en tamaño a lo ancho.

—¿Qué tal resultó la inversión? —preguntó el italiano, carente de ganas, tiempo ni costumbre de dar ningún tipo de rodeo.

—Bien. Todo va bien. Aún me falta una semana para hacer el pago, pero tendrás el dinero, puedes estar tranquilo. —Intentó levantarse para salir del lugar, incómodo por la compañía no invitada.

—Si te marchas, lo tomaría como una descortesía. —Andrea, acostumbrado a ejercer como el mejor actor, sonrió brevemente, haciéndose el ofendido.

Ese gesto logró que Gabriel se tensara y reconsiderase su decisión inicial para permanecer allí, inmóvil, tragando el humo del tabaco que comenzaba a flotar en la sala y que Neri exhalaba, directamente, ante su cara.

Recibirás el pago conforme acordamos —aseguró—. Si me disculpas, estoy esperando a unos amigos. No quiero que ellos se vean implicados en algo que no les incumbe. —El leve temblor de su labio inferior no pasó desapercibido para Andrea, quien ensanchó su sonrisa al comprobar el efecto que producía en él.

—Me acabas de herir —susurró con voz ronca, llevándose la mano al corazón—. Soy un hombre muy sentimental a pesar de mi apariencia. Y no sé el porqué, pero tus palabras me indican que no me consideras digno para compartir tu champán en tu reservado, aunque

ambos los pagues con mi dinero. ¿Lo entendí bien? —Los hombres que lo acompañaban afirmaron ante su pregunta.

—No es eso, yo... —Gabriel se mesó el cabello, nervioso.

—No te preocupes, Santos, es mejor para ti si no esperas amistad ni consideración por mi parte. Lo que yo te pido, son los doscientos cincuenta mil del préstamo, más los intereses. Esta visita solo es el recordatorio de que aquí comienza para ti la cuenta atrás.

Tal y como habían llegado, salieron por la puerta, dejando solo a Gabriel en mitad de lo que parecía ser un ataque repentino de pánico; ya que había perdido el dinero del préstamo en una noche infernal en el casino cuando pretendía doblar la cantidad para comenzar lo que, tan solo en su mente, era un próspero negocio de compraventa de antigüedades en Florencia

CAPÍTULO

II

30 días - Serás mía

—Andrea, *vieni qui*^[1] —invitó la voz melosa de la rubia curvilínea que se exhibía entre las sábanas de satén negro, pareciendo posar para una foto sexy.

Él dio la espalda a las vistas de la ciudad de Florencia que se apreciaban a lo lejos, a través de la ventana del cuarto, y contempló, completamente desnudo, a la provocativa mujer que lo esperaba en la cama.

—¿Eso ha sido una orden? —quiso saber, obsequiándola con una de sus sonrisas torcidas, una mueca que nadie sabía bien cómo interpretar.

—No lo tomes así. Es que me gustaría repetir lo que pasó hace unos minutos. Me gustas, me encantas.

Andrea se agachó, recogió sus pantalones del suelo y se los puso, sin prisa y sin quitar la vista de encima a la chica, quien, incómoda, se cubrió el pecho con una de las sábanas, como si él no se lo hubiera visto cuando se entretuvo mordisqueando sus pezones oscuros.

—Es una lástima, me apetecía jugar —bajó el tono de su voz grave y se acercó para dejar una caricia rápida sobre el cabello de la chica—. Vístete, daré la orden para que alguien te acompañe a tu casa. —Fue su despedida, cortante y sin posibilidad de réplica, debido a que salió del cuarto, con paso rápido y la intención de ponerse a trabajar en el despacho en algunos asuntos que aún tenía pendientes.

—¿Y la mujer? —preguntó Davide, su amigo de la infancia y hombre de confianza, saliéndole al encuentro en el pasillo.

—No eres su tipo —respondió Andrea, continuando su camino.

—No quiero follar con ella.

—Más bien, es ella quien no querría tener nada contigo. Sé realista, amigo. —Atravesó la sala y se detuvo al pie de la escalera que subía a sus espacios privados.

—¿Crees que no me vería atractivo? —Subió y bajó las cejas con gracia.

—No vería atractiva tu posición ni tu cartera —expresó con seguridad.

—Supongo que tenemos que acompañarla. —Davide apartó de su persona el foco de la conversación.

—Sí, a su funeral —ordenó con voz persuasiva e incitante, como si en lugar de un

asesinato estuviera sugiriendo organizar una de sus fiestas en el yate.

Davide abrió como platos sus enormes ojos verdes, pues no esperaba esa respuesta, ya que nada le había hecho presagiar semejante desenlace.

—¿Estás de broma?

—Jamás vuelvas a cuestionar una orden. —Andrea puso su mano, grande y fuerte, sobre el hombro de su amigo, a quien sobrepasaba por bastantes centímetros en altura, y clavó su mirada verde oscura, fría y carente de cualquier tipo de emoción, en algún punto del pasillo solitario por el que habían venido.

—Pero... —titubeó Davide, al no entender por qué Andrea hacía aquello.

—La otra noche, cuando fuimos a visitar al español al reservado, esa mujer estaba con uno de los hombres de Donato. Hoy se acercó a mí, sin embargo, le prestó más atención a saber cómo se llegaba a mi habitación, a la que jamás la conduciría, que a implicarse en el polvo que iniciamos en la sala.

—Puede que solo sea casualidad.

—Sé que una cara bonita te conquista con facilidad, pero la de esa mujer es una cara que no quiero volver a ver. ¿Está claro, o es algo de lo que deba ocuparme personalmente?

A lo lejos, la chica salió del cuarto, luciendo un llamativo vestido corto plateado y su larga melena suelta.

—Andrea, estoy lista —informó, acercándose con cierta timidez

El italiano recorrió con la mirada cada una de las líneas de su cuerpo bronceado y, sin buscarlo, el tono mediterráneo de su piel volvió a excitarlo.

—¡Vete! —Miró a Davide, quien no dudó en abandonar la estancia.

Andrea, en un gesto rápido que tomó a la mujer por sorpresa, atrapó su cabello con la mano y giró el brazo para enroscarlo en su muñeca, algo que hizo que ella quedase con el mentón levantado y los labios dispuestos para recibir el beso brusco con el que él invadió su boca y se apoderó de su lengua.

Llevados por el deseo, caminaron hacia atrás, hasta que ella cayó en uno de los muchos sofás de piel marrón que decoraban las estancias comunes de la casa. Sin delicadeza y sin preliminares, Andrea entró en ella con un solo movimiento, embistiéndola con rapidez mecánica hasta que él terminó en un gruñido contra la teta que a ella se le había escapado del escote.

La chica se movía de forma incitante, alzando la cadera, en busca de que él continuara para poder obtener su placer, pero Andrea se levantó, se abrochó el pantalón y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse, gesto que ella aceptó tras haberse recolocado la ropa y adecentado su aspecto.

—¡Davide! —alzó la voz, y el hombre apareció sin demora por una de las puertas que comunicaban la sala con otras partes de la casa—. La señorita ya se va.

Uno de los hombres de seguridad se asomó por la misma puerta por la que acababa de acceder Davide y pidió a la mujer que lo acompañara, que se resistió a abandonar el lugar, hasta que vio que Andrea la ignoraba por completo.

—¿Pretendes hacerla desaparecer y vuelves a tirártela? —cuestionó Davide, aprovechándose de su confianza y amistad.

—Hace un rato, me pidió un segundo polvo, y es inmisericorde negarle su última voluntad a una condenada a muerte. ¡Así que, ve! —Dio una palmada a Davide en la espalda, a modo de despedida.

Andrea observó la salida de Davide y, apretando los puños, subió la escalera, consciente

de que, en esa ocasión, el juego que se traía con Donato tendría una víctima inocente.

CAPÍTULO

III

30 días - Serás mía

El teléfono de su hermano permanecía apagado desde la tarde anterior. Conociéndolo, su móvil se encontraría sin batería, olvidado en algún rincón de la habitación del hostel, después de haber salido de fiesta, a pesar de haberle jurado y perjurado que la dedicación a su futuro negocio sería lo primero.

Suspiró con resignación, de camino a la puerta de embarque que le mostraba la pantalla del aeropuerto, y se le escapó una sonrisa al pensar en que por fin volaría a la ciudad de sus sueños. Para Helena, Florencia era sinónimo de romance, aventura y deseos. Había leído tantas novelas ambientadas en la época renacentista, que ya se imaginaba a sí misma paseando por sus calles empedradas, ataviada con un sencillo pero favorecedor vestido de lino en color crema, con el agradable beso del cálido sol primaveral calentando su piel, para acabar tomando un café en una pequeña plaza, casi desierta, bajo un mar de sombrillas blancas.

Tras embarcar y ocupar su asiento, en medio de dos niños rubios con ojos claros, de esos que suelen protagonizar anuncios televisivos de papillas o pañales, Helena cerró los suyos y trató de dormir un poco durante el corto trayecto y, pese a que le costó conciliar el sueño, al final logró viajar con su mente hasta una coqueta galería de arte.

Allí, se soñó absorta en la contemplación de la pintura de una hermosa dama, a quien el artista había inmortalizado totalmente desnuda, admirando un paisaje de montaña ante una ventana, y que, de manera sorprendente, guardaba cierto parecido con ella; vista de espaldas y con el cabello largo acariciando la parte alta de sus nalgas. En cambio, no fue eso lo mejor de aquella siesta, sino fabular con que un hombre atractivo y de aires bohemios se acercaría a ella, y se sonreirían mientras comentaban las sensaciones que les producía aquella obra de arte.

Más tarde, aquel italiano de mirada sexy la invitaría a recorrer la ciudad y, como visita obligatoria en su ruta, pasearían juntos por el Ponte Vecchio, donde él le regalaría, de una de las joyerías del lugar, un discreto colgante con forma de corazón.

Admirarían las obras de Miguel Ángel y Botticelli en Galleria degli Uffizi y terminarían el día, sentados en una apartada *trattoria*^[2], cenando unos exquisitos *pappardelle*^[3] con ragú o

compartiendo una *bistecca alla fiorentina*^[4], iluminados por la luz de una impresionante luna llena.

Helena intentó girarse en el asiento. Su sueño era tan vívido que casi podía paladear el sabor del vino tinto en sus labios y sentir el roce de la mano de su enamorado en el dorso de la suya. Sin embargo, la voz del auxiliar de vuelo, pidiéndole que se abrochase el cinturón para aterrizar, la sacó de manera abrupta de su ensoñación. Aunque sus ojos, ladrones del color del chocolate con leche, continuaban brillando, deseosos de contemplar la inigualable belleza florentina.

El taxi se detuvo frente a la puerta del pequeño hotel de tres pisos, situado muy cerca de la Galleria dell'Accademia, hogar del David: la colosal imagen de más de cinco metros de altura que Helena se moría de ganas de poder contemplar de cerca. Se dirigió a la recepción, llevando su pequeña maleta de cabina y preguntó directamente por su hermano al chico que la atendía con amabilidad.

—No vemos al señor Santos desde ayer, pero telefoneó e indicó que le comunicáramos a usted que él está atendiendo asuntos de negocios y que regresará mañana.

—¿Podría entregarme la llave de su habitación? —No entendía por qué Gabriel no le había comentado que no iba a estar a su llegada.

—No podemos hacer eso, ya que la privacidad de nuestros clientes es de obligado respeto. A usted le hemos asignado la habitación ciento dos, señorita Santos.

El hombre le entregó la tarjeta y salió del mostrador para indicarle dónde estaban las estrechas escaleras que la conducirían directamente a su dormitorio. Ya que, el *hotelito* en el que se hospedaba su hermano y, desde ese instante, también ella, poseía mucho encanto, pero ni un mísero ascensor.

Helena subió hasta su habitación, y, agotada por tener que cargar con la maleta, la abandonó junto a una de las mesillas, de patas torneadas, sobre la que se encontraba una elegante lámpara dorada de pantalla azul noche, a juego con el cabecero acolchado de una cama matrimonial con las sábanas y el cobertor en color beis. Dio un par de pasos hasta llegar frente a la ventana, abrió una de las hojas y cerró los ojos, inspirando el aire de su ciudad anhelada. Desde allí, sacó su teléfono del bolso que llevaba cruzado sobre el pecho, e hizo una fotografía de las vistas que, automáticamente, envió a sus dos amigas y compañeras de trabajo en la agencia de limpieza.

CAPÍTULO

III

30 días - Serás mía

—¡Eres un malnacido! —gritó desesperado Gabriel, amarrado al sillón de la consulta de lo que aparentaba ser una clínica dental.

—Gracias. Me elevas el ego con tu cumplido, y comparto totalmente tu opinión —respondió Andrea, imperturbable, sentado cómodamente en un taburete metálico mientras le mostraba su móvil, con la imagen de Helena a su llegada al hotel.

—¡Soy yo quien pidió el dinero! —Tironeó de las correas que sujetaban sus muñecas y sus pies.

—Y ella será tu avalista. Tu hermana está... —Andrea se pasó la lengua por el labio superior— buenísima. Tengo curiosidad por saber cómo me chupará la polla a cambio de tu libertad. Eso sí, deberán ser varios cientos de mamadas para compensar el dinero que te presté, ya que no creo que valga mucho como puta.

Gabriel, rabioso, intentó levantarse, pero solo consiguió darse un golpe con el foco en la cabeza.

—¡Ni se te ocurra tocar a mi hermana! —Andrea se incorporó y se acercó a él, mostrando su perfecta dentadura en una mueca de satisfacción.

—No te preocupes por ello. Será Helena quien me toque. —Llevó su mano a la cremallera del pantalón del traje negro que vestía.

—¡Cabrón! —se envalentonó Gabriel, queriendo ponerse en pie para agarrarlo del cuello.

—Me aburres —cabeceó Andrea—. No pongas un negocio. No sabes hacer las cosas. En lugar de insultarme —se acercó más a él, y prosiguió susurrante—, tendrías que estar proponiéndome algún plan alternativo y más atractivo que el placer de sentir la lengua de Lena sobre el capullo hinchado de mi polla.

—¡No tengo nada! —exclamó apretando los dientes.

Andrea se quitó la chaqueta y la dejó sobre la mesa, donde relucían varios alicates, exploradores, fresas y jeringuillas, que ni siquiera se molestaron en envasar en sus pertinentes bolsitas individuales.

—¿Sabes? Poseo el título, pero jamás ejercí. Mis profesores decían que mi trabajo no era fino, así que decidí poner los millones para que otros trabajasen en mis clínicas. —Cogió el

alicate más grande y lo contempló con un brillo sádico en la mirada.

—No puedo pagarte, por más que me amenaces —reconoció, soltando cada palabra como si fuera la cuenta atrás para su ejecución.

Andrea dejó el alicate junto con el resto del instrumental y, en un movimiento rápido, sacó su arma de la cintura del pantalón y le disparó a Gabriel, que lo observó con el rostro desencajado al sentir la quemazón de la bala en su pómulo y el olor de la pólvora a su alrededor. Lentamente, giró el cuello y fijó los ojos en el agujero que había provocado el proyectil en el respaldo del sillón.

—La próxima irá a parar entre tus cejas. Para esto, si soy fino, te lo aseguro. —Andrea acarició el cañón del arma—. Sé que tienes un par de propiedades en España. Quiero esas escrituras a mi nombre. Con esto, nuestra deuda quedará saldada. Viajarás acompañado de mis hombres. Realizarás los trámites oportunos y...

—¿Y si llamo a la policía? —Gabriel aún parecía tener fuerzas para desafiarlo.

—No lo harás. Te doy treinta días para realizar las gestiones. Mientras, la hermosa Helena será mi invitada especial. —Le dirigió una mirada lujuriosa al arma que tenía en la mano y lamió parte de la corredera, con la lengua a apenas un milímetro de la superficie.

—¡No la toques, o no hay acuerdo! —balbuceó, desesperado.

—Procura cumplir con tu parte —Andrea se dio la vuelta, abrió la puerta y entraron tres de sus hombres para encargarse de Gabriel.

CAPÍTULO

IV

30 días - Serás mía

El sol bajaba en su curva sobre la ciudad, otorgándole un especial encanto a los distintos edificios que reflejaban la luz del crepúsculo.

Helena se soltó el cabello, ondulado y largo por la cintura. Conjuró un vestido corto de color rojo con sus sandalias más cómodas y, tras elegir un chal que abrigase sus hombros cuando la noche la refrescara, aunque su idea era la de regresar al hotel en cuanto la luna asomara en el cielo, agarró el bolso y salió a dar un paseo. Un poco de aire fresco y una porción de *pizza* le vendrían bien a su cuerpo y a su mente, que se empeñaba en dar vueltas a la ausencia de su hermano, a pesar de que el recepcionista le había asegurado que regresaría al hostel al día siguiente.

Durante su larga caminata por las calles del centro, Helena se detuvo a comprar un helado de fresa y pistacho, que fue saboreando de camino al Ponte Vecchio, al tiempo que asimilaba la libertad que sentía en la soledad de su recorrido. Aunque lo cierto era que no estaba tan sola como creía. Andrea la seguía a cierta distancia, junto con uno de sus hombres, quien no pudo evitar sonreír cuando la vio gesticular al haber pisado algo que no esperaba.

—Acaba de meter el pie en una de las mierdas más grandes que he visto. —Fabrizio soltó una carcajada.

—Es lo mínimo que conlleva prestar más atención a hacer una foto que a mirar por dónde se camina. Es lugar de tránsito de los carruajes, así que, puede pasar eso —aseguró, refiriéndose a los coches de caballos que paseaban a los turistas.

Fabrizio realizó una mueca de asco cuando Helena sacó un pequeño paquete de toallitas del bolso para limpiarse, y la miró sin poder dejar de reír.

—No ponga esa cara, señor, a mí me resulta divertido. Asqueroso, pero divertido —soltó, aunque trató de contenerse al ver la expresión seria de su jefe.

—¿Te seguiría pareciendo igual de gracioso si te ordenase que te acercaras y se la limpiaras con la lengua? —cuestionó con repentino mal humor.

—En absoluto, señor —recompuso su seriedad habitual.

—Eso me parecía. ¡Camina, que perderás de vista a Rapunzel!

Fabrizio continuó siguiéndole el paso a Helena, mientras Andrea se dirigió a un lujoso

restaurante, en el que Davide lo esperaba para informarle sobre el estado en el que se encontraba el asunto que se traían entre manos.

Un empleado, uniformado de forma sobria, abrió la puerta de entrada a Andrea. Este avanzó por el pasillo del lugar como si estuviera en su casa, ya que, al tratarse de uno de sus locales favoritos para salir a cenar, lo conocía a la perfección.

Neri se detuvo a saludar a un par de hombres de negocios que tomaban un cóctel en una de las salas, y llegó a la que solía ocupar con sus hombres; la más alejada de las ventanas que ofrecían vistas a la plaza. Julio se levantó del asiento que ocupaba y salió para apostarse en la puerta de entrada, al tiempo que Andrea se acercó a la mesa y se sentó frente a Davide.

—Todo está preparado —confirmó.

—Lo daba por hecho. Vamos a cenar tranquilos. Rapunzel está paseando, ajena a la nueva vida que la espera en la torre —sonrió, recordando el movimiento femenino y sensual de sus caderas al caminar y cómo el sol se reflejaba en su cabello, haciendo que pareciese un manto realizado con hebras de oro. Andrea carraspeó, incómodo, ante su propia forma de pensar.

—¿Vino? —preguntó Davide, con la botella en la mano, dispuesto a volver a llenar su copa.

—No, y tú tampoco tomarás más. Te quiero con todos tus sentidos al cien por cien para darle la bienvenida que merece nuestra invitada.

CAPÍTULO

V

30 días - Serás mía

La intención de Helena había sido la de cenar con tranquilidad una porción de *pizza* en algún local sencillo y de aspecto familiar, de esos que salen en las revistas gastronómicas. Se hundió en el sillón de mimbre y se giró de nuevo para cerciorarse una vez más de que nadie la seguía. Se encontraba tan nerviosa que la delicia humeante que tenía en el plato no lograba servirle de consuelo, pues su estómago bailaba con ritmo propio.

Poco a poco, debido al bullicio de las conversaciones de los demás comensales del restaurante, la sensación que la había invadido toda la tarde, se fue calmando. Además, por mucho que sus ojos recorrieron cada punto del comedor, no halló ningún rostro que pudiera reconocer. Así que, empezaba a considerar que estaba paranoica.

¿Quién la iba a perseguir allí? Sacudió la cabeza y le dio un bocado a su *pizza* de frutos del mar antes de que se enfriara. Cerró los ojos, y el sabor del marisco la transportó a sus vacaciones en la costa, en el pueblo de pescadores que había visto nacer a su madre y donde ella la llevaba cada mes de julio cuando era una niña. Una lágrima corrió por su rostro al pensar en ella.

Un escalofrío recorrió su espalda de repente. Helena extendió el chal que descansaba en el respaldo de la silla, e intentó cubrirse los hombros, aunque se quedó paralizada al encontrarse de cerca con unos ojos negros y heladores que provocaron que el miedo le calara hasta los huesos.

Dos hombres, a los que veía como gigantes, se habían acercado y, en silencio, ocuparon las sillas que había libres junto a ella, con la misma confianza que si se conocieran de toda la vida.

Ambos hablaban en un rápido italiano que Helena no lograba entender al completo, y lo poco que comprendió, fue que decían que la habían estado buscando. El más joven mencionó a su padre. Concluyó que se estaban equivocando de persona, y así se lo intentó hacer saber, cuando le mostraron una fotografía de una mujer rubia en el móvil de uno de ellos.

—Yo no soy esa. No sé de qué me hablan, pero me confunden con otra persona. — Intentó levantarse para pedir ayuda, pero el mayor de los dos, con el pelo cortado al uno, señaló con la mirada el arma que ocultaba bajo el mantel.

Ella volvió a negar, con desesperación, rogándoles en un susurro que se fuesen.

—Amelia, vamos. Tu padre te espera. —Se levantó el otro, instándola a caminar hacia la salida.

Helena, aterrada, pues no sabía qué era lo que pretendían obtener de ella, agarró el bolso y, a pesar de que en un principio valoró la posibilidad de salir corriendo de allí, lo descartó de inmediato, al pensar que los gigantes podrían abrir fuego y herir a alguien más.

Ya en el exterior, aterida de frío, ella temblaba, en su vano intento de hacerles ver que no era esa a quien habían estado buscando. Ella no se llamaba Amelia ni tenía padre.

El hombre que antes había dicho lo de su padre, se acercó a ella y se agachó, para poder hablarle al oído.

—Lo sabemos, Helena.

Ella tragó saliva, sin comprender qué estaba sucediendo, y Andrea bajó de un coche, seguido por Davide.

—¿Qué pasa aquí? —se encaró con los hombres. Entonces, Helena lo contempló como quien se topa de bruces con su ángel de la guarda.

—Estos señores están confundidos. Buscan a alguien, pero ese alguien no soy yo —hizo ver al hombre que la tenía hipnotizada con unos ojos verdes inmensos, aunque igual de fríos que los de aquellos que deseaban hacerle daño.

Estaba tan inmersa en lo que la presencia del coloso le producía, porque si los otros eran gigantes, este italiano ya era descomunal, que no pudo reaccionar para oponer resistencia cuando alguien le cubrió la boca y la nariz con un pedazo de tela.

Los hombres actuaron con celeridad, llevando a Helena hasta el vehículo de alta gama en el que Andrea había llegado. Davide se puso al volante, y Andrea se marchó en el deportivo negro que aguardaba estacionado en la calle paralela.

—Y así es como Rapunzel se transformó en *La Bella Addormentata*^[5] —murmuró con ironía antes de ponerse en marcha.

CAPÍTULO

VII

30 días - Serás mía

Helena se despezó con calma. El cuerpo le pesaba, pero a la vez se sentía descansada. Entreabrió los ojos, intentando ver con claridad, pero sin lograrlo, cegada por la luz que entraba por el gran ventanal de la habitación. Apoyó de nuevo la cabeza sobre la almohada, de un tejido fresco y suave, y se abrazó a ella, sonriendo al recordar las imágenes confusas que se sucedían en su mente.

El atractivo italiano de la mirada de menta había entrado con ella en la habitación del hotel, acariciando su cuello con sutileza mientras sus labios carnosos se unían a los suyos, en un beso húmedo y largo que consiguió despertar su excitación, a pesar de que para ella solo era un extraño.

Ella se sentía poderosa, y así se lo hizo saber cuando le abrió el botón del pantalón y este cayó al suelo, mostrándole unas piernas fuertes y musculosas, y una gran polla semierecta que le anticipaba que aquella sería una noche de puro placer.

Helena se revolvió en la cama, metió la mano por la cinturilla de su pijama de satén de color azul y la deslizó a lo largo de los labios de su sexo, recogiendo la humedad que comenzaba a producir tan solo con recordar los besos de su inesperado amante, mientras sus dedos expertos sobrevolaban por su clítoris, provocando que ella jadeara, caliente y deseosa de tenerlo dentro.

Echó hacia atrás las sábanas, separó las piernas y llevó su mano izquierda bajo la camiseta de tirantes para apresar su seno derecho. Hacía unas horas, aquel hombre, poderoso y dominante, había tapado sus ojos con un pañuelo de seda rojo, y le había pedido que, simplemente, se limitara a dejarse llevar. Helena recordaba el tacto aterciopelado de su pene, rosado y grueso, y el sabor de su placer cuando se derramó la primera vez en su boca. Ahora, ella introdujo un dedo en su interior, moviéndolo sin prisas. Se pellizcó el pezón, y se mordió el labio inferior para acallar el gemido, como lo hacía él cuando la embestía sin contemplaciones desde atrás mientras la sujetaba del cabello.

Se introdujo dos dedos, y aceleró el movimiento. Necesitaba correrse pensando en su héroe misterioso. Alzó la cadera, lo mismo que hizo cuando él la volteó sobre el colchón, y, en varias entradas rápidas, ayudada de su mano izquierda que bajó a su clítoris, estalló de

placer, riendo en la cama a la vez que se daba la vuelta y quedaba bocabajo, con la mitad de su rostro cubierto por aquel revoltijo rubio oscuro de su melena.

Se sobresaltó al escuchar que alguien carraspeaba en la habitación. Se giró, sorprendida, y su mente se aclaró de golpe. Esa no era la habitación del hotel, ni las imágenes que consideró recuerdos, eran tales.

Se incorporó en el colchón, con cierto temor, y sus ojos se toparon con la mirada verde que, lejos de poseer aquella frialdad que recordaba cuando lo vio por primera vez, chispeaba de deseo. El hombre estaba sentado en un sillón de color vainilla, igual que las diminutas flores que estampaban el papel que decoraba la pared de la lujosa habitación en la que se hallaba.

—Ha sido una de las escenas más excitantes que he presenciado en los últimos tiempos. —Le regaló una sonrisa ladeada, pero mentirosa, porque era lo más tentador que había visto en toda su vida.

—Yo... Perdona —se excusó ella, atropellada, levantándose para acercarse donde estaba él—. ¿Qué hago disculpándome? —se reprochó a sí misma en tono de histeria—. ¡Tendrías que haberme dicho que estabas aquí! —lo acusó, poniéndole el dedo sobre el pecho, por encima de la camisa celeste que él llevaba.

—No me conoces. En otras circunstancias, ya te habría agarrado por la muñeca y te habría sentado en mis piernas para cerrarte la boca —advirtió con tono ronco e imperturbable, y ella retiró la mano, alejándose un par de pasos de él.

—¿Dónde estoy? —reclamó.

—Eres mi invitada. Anoche, aquellos tipos no tenían buenas intenciones contigo. Parece ser que te dieron algo y te desmayaste. Te traje a mi casa. Te garantizo que aquí estarás a salvo.

—No estoy yo tan segura de eso —murmuró entre dientes.

Él se levantó y acortó el metro escaso que los separaba.

—Soy Andrea Neri. —Le ofreció la mano, y Helena fue a estrechársela, hasta que recordó que, hacía un par de minutos, la había usado como sustituta de la polla del hombre que tenía delante—. ¿Algún problema? —insinuó él con una mueca perversa.

—No, no, ningún problema. Yo soy Helena Santos —se presentó y cruzó las manos a su espalda—. Entiendo que, si me quedo sola, puede pasarme cualquier cosa, pero quiero irme. —Recordó a su hermano.

—Perfecto. —Andrea guardó las manos en los bolsillos de su pantalón beis—. El baño está ahí. —Señaló una puerta con un movimiento leve de la barbilla—. Le diré a la empleada que traiga tu ropa y podrás marcharte cuando desees.

—¿Y ya está? —se sorprendió.

—Yo pensé que aquí estarías protegida. Te invito a quedarte hasta que sepamos qué querían de ti aquellos hombres, pero si tú desear irte y exponerte a que algo te suceda, es tu problema —sacó las manos y se encogió de hombros—. En realidad, no parecías estar muy preocupada hace un rato, pero, oye, eso ya es cosa tuya. —Con toda la tranquilidad del mundo, abrió la puerta y la dejó sola.

—¡Es que eres muy tonta! ¿Qué esperabas? —Helena habló en voz alta, mirándose en el reflejo del cristal de la ventana—. No es un mafioso de esos de los libros que lees, ¡joder! ¿Creías que te iba a retener cerrando la puerta con llave? Eres jodidamente tonta, el chico solo pretende ayudarte. ¡Le has juzgado mal! —se reprochó y siguió con la cantaleta hasta entrar en el baño.

Andrea se marchó sin poder ocultar su buen humor ante el comportamiento de Rapunzel, quien pasó de ser una sosa princesa inocente a ser la princesa apetecible y caliente.

Se encerró en su despacho y abrió la pantalla del ordenador, donde buscó y maximizó la vista de la cámara del aseo en el que Helena se desnudaba para entrar en la ducha. Sin ningún reparo o remordimiento, liberó el pene de su doloroso encierro y terminó corriéndose en la palma de la mano, con la visión de la ducha y el recuerdo del orgasmo de la española en ese candente despertar.

CAPÍTULO

VIII

30 días - Serás mía

Helena se arregló con la ropa interior y el vestido que alguien había lavado y dejado, cuidadosamente doblados, encima de la colcha de la cama, hecha con esmero.

Abrochó la fina pulsera de piel marrón de la sandalia a su tobillo y se acercó a la ventana, asombrándose al encontrar un hermoso jardín, con una fuente de piedra en forma de ángel, de unos dos metros de altura, a la que se accedía a través de un laberinto verde, salpicado por varios cipreses que alzaban al cielo sus lanzas como un sombrío desafío.

¿Dónde estaba? Su piel se erizó y buscó con la mirada el chal que llevaba cuando se encontró con los dos matones que pretendían llevársela del restaurante, aunque no lo halló en la habitación.

Abrió el armario, de tres puertas, de color blanco y diseño antiguo, pero estaba completamente vacío, a excepción del olor a lavanda que inundó sus sentidos al buscar en su parte central.

De pronto, se acordó de su bolso, y rebuscó hasta debajo de la cama, sin encontrarlo. ¿Aquellos hombres le habían robado? ¿Por qué no podía recordar nada, aparte de los ojos de su anfitrión?

Se volvió hacia la puerta, con decisión, y bajó la manilla dorada para ir al encuentro del dueño de la casa. Sus mejillas se encendieron al recordar lo sucedido y pensar en cómo iba a volver a mirarlo a la cara.

Subió y bajó el picaporte con insistencia, pero la puerta no se abría.

—¿Hola? ¿Alguien me escucha? —gritó, dando una palmada en la superficie lacada en blanco, al verse encerrada, después de que él le hubiera asegurado que era su invitada y que podía marcharse.

Andrea acababa de cortar la llamada que mantenía con Fabrizio y sonreía, malicioso, al otro lado del muro.

—¡Dijiste que podía irme! ¿Me oyes? ¡Abre! —Comenzó a enojarse y a golpear más fuerte para llamar la atención.

El pasillo estaba desierto. Nadie aparecería por allí desatendiendo sus órdenes. Andrea tenía ganas de jugar con ella, de ver hasta dónde la llevaban sus arrebatos.

—Si me has secuestrado, cuídate, porque, cuando menos te lo esperes, te cortaré las pelotas —pareció sollozar y Andrea estuvo a punto de girar la llave para entrar a calmarla.

¿Desde cuándo a él lo movía ese instinto de querer ofrecer consuelo a alguien? Sería fácil inventar una excusa para que hubieran cerrado con llave. Él entraría como el príncipe azul, aunque sin caballo, y llevaría a Rapunzel a la cama, donde la consolaría taladrando su interior hasta que desahogara las ganas de sexo que tenía desde que vio la fotografía que le tomaron en el aeropuerto.

Neri puso la mano sobre la llave, pero la retiró como si el metal estuviera al rojo vivo.

—Vamos a ver hasta dónde eres capaz de llegar, Rapunzel. No me sirves si eres una simple llorona —aseguró en voz baja.

Escuchó cómo ella se levantaba y corría hacia la ventana, para ponerse a forcejear con el pestillo hasta que consiguió abrir una de sus hojas.

—Vale. Si saltas desde aquí, la llevarás jodida. ¡Las sábanas!

La oyó ir y venir, y la imaginó anudando las sábanas para atarlas a la reja del balcón, lo mismo que hacían los presos en las películas de sobremesa.

—Podría ser más fácil. ¡Rapunzel, lanza tu cabello! —musitó, y alzó las cejas con gracia antes de abrir la puerta y presenciar la imagen de Helena, que intentaba pasar la pierna sobre la reja, mostrándole así sus castas bragas blancas de algodón.

—Oh, no —suspiró al saberse pillada.

—Venía a preguntar si te apetecía desayunar algo antes de irte. Puedes usar las escaleras para bajar, ¿eh? —Subió los hombros y la escrutó con fingida inocencia.

—¡Me has encerrado! quise salir, pero no pude. —Furiosa, se aproximó a él, con el índice en alto, y se lo plantó ante la cara.

En un único movimiento, se vio reducida, con la suya sobre la colcha y las manos sujetas en la espalda, sintiendo la erección de Andrea en su espalda.

—Te lo dije, Helena, me enerva que me acuses con tu dedo —susurró, agitado, cerca de su oído—. Si vuelves a hacerlo, tendrás el mío abriéndote el culo para follarte duro. ¿Estamos? —. Helena soltó un gemido, por lo inesperado del comportamiento del italiano, y se limitó a asentir con la cabeza—. No te entendí —insistió él, aproximándose más, de forma que ella pudo notar sus dientes en el lóbulo de su oreja.

—Lo siento. —Andrea la soltó y dio un par de pasos atrás. Esas dos palabras, en medio de su excitación, no le habían resultado placenteras. Lo que deseaba era que le demostrase cuánto lo sentía.

—Hay veces que la puerta se atasca. Haré que miren la cerradura. Puedes bajar al comedor, la mesa está puesta.

—Gracias. De todas formas, dejas bastante que desear como anfitrión —observó, alisándose el pelo con las manos para que nadie la viera salir con pintas de haberse revolcado con alguien en un pajar.

Andrea se quedó en el cuarto, aunque la siguió con la mirada, y sus labios dibujaron una sonrisa amplia mientras deshacía el nudo de la sábana.

—Menos mal que no saltó. Esto no hubiera aguantado —cabeceó, lanzando la tela sobre la cama.

CAPÍTULO

VIII

30 días - Serás mía

Helena caminaba por uno de los pasillos, decorado con cuadros de distintos paisajes. Eran verdaderas joyas, pero tan solo se detuvo a admirar de cerca el que mostraba la imagen del puerto del que aparentaba ser un pueblo tranquilo. En esa pintura, triste y gris, unos pescadores se afanaban en la tarea de reparar sus redes.

—Señorita Santos, el señor Neri me envía para acompañarla al comedor exterior. Hoy hace un día maravilloso —saludó una mujer de unos cincuenta y muchos años, con voz jovial y uniforme de un blanco impoluto.

—Sí, claro, discúlpeme. No conozco el lugar y creo que me perdí. No sé exactamente dónde me encuentro —reconoció ella, caminando mientras volvía la cabeza para ver por última vez la pintura.

—Es uno de los preferidos del señor. Tiene especial predilección por el mar —explicó en tono cómplice.

Helena apresuró el paso para no perder de vista a la empleada. Bajaron la escalera, amplia y luminosa, sobre la que se elevaba parte de una vidriera que le otorgaba reflejos coloridos y góticos a las baldosas marrones del recibidor.

—Es impresionante. —No pudo evitar mostrar su asombro ante las robustas vigas que conformaban los techos altos de la que consideró la sala principal, por cuyos ventanales de madera, en forma de arcos de medio punto, se apreciaba un paisaje infinito y verde que parecían tres lienzos realizados por pintores realistas.

—Al señor le encanta salir a correr. —Señaló las suaves ondulaciones verdes que pudo apreciar mejor cuando salieron al porche trasero.

Helena pensaba en el motivo de que aquella mujer le hablase de los gustos de su jefe, pero su mente volvió a dispersarse, enredándose en la florida buganvilla morada, fucsia y naranja.

Una escalinata de piedra conducía a la explanada de la gran piscina rectangular, de agua cristalina, a pesar de que aún no hacía calor como para disfrutar de un baño y, a su izquierda, bajo un robusto y frondoso árbol, ocupando un sillón de rafia de color tostado, estaba Andrea, con la camisa azul remangada hasta los codos y una copa de zumo de naranja en su mano.

La atraía y le resultaba desconcertante. Ese hombre le producía sentimientos encontrados, aunque no entendía por qué. Al llegar junto a la mesa, él se levantó y separó su asiento de forma caballerosa para que Helena lo ocupase.

—Muchas gracias. Eres muy amable —sonrió ella.

Neri pareció satisfecho ante su actitud tranquila, por lo que Helena decidió continuar así lo que durase el desayuno, puesto que, lo que más le importaba, era salir de allí lo más rápido posible.

La empleada fue al interior de la casa, de donde salió de la cocina con un cesto de pan y bollería caliente, y se quedó hasta servirles el café.

—¿Mantequilla? —ofreció él, agarrando el plato para servirse un poco en su rebanada de pan.

—No, gracias. Con el café tengo suficiente. —Andrea se tensó. Entonces, Helena decidió que probaría uno de los esponjosos cruasanes.

Comían en silencio. A él le gustaba más la mujer loca que se proponía bajar por una cuerda de sábanas que esta otra, callada y ausente, que no se atrevía a pronunciar palabra para no provocarlo.

—En cuanto terminemos de comer, te lanzaré a la piscina —dijo, dejando ver su media sonrisa ladeada.

—Tiene buena pinta, pero no me apetece tomar nada más —contestó sin levantar la vista del plato.

La carcajada de él hizo que ella al fin lo mirase. Error, volvió a perderse en sus ojos del color de la loma del paisaje.

—¿Puedo hacer algo para que tu mente regrese al momento presente? —Helena no entendía de qué se reía, así que se limitó a encogerse de hombros.

—No encuentro mi bolso. Quiero llamar a mi hermano. Por otro lado, me dejé un chal en el restaurante en el que estuve anoche. Es la única prenda que conservo de mi madre y no quisiera perderlo —expresó con tristeza.

—Esos hombres debieron coger tu bolso. No vi nada por allí. Si ese es el problema, toma. —Sacó su teléfono del bolsillo y lo puso frente a ella en la mesa—. Puedes llamarlo y le comentas que estás conmigo, cerca de la ciudad.

—¿Me ofreces el móvil para que yo lo llame? —desconcertada, lo cogió y marcó su número en el teclado.

Andrea se levantó y caminó hacia la piscina para dejarle un poco de intimidad durante la conversación.

—¡Gabriel! No te vas a creer lo que me pasó anoche. Dos hombres se confundieron y quisieron llevarme a no sé dónde —dijo atropelladamente, sin permitir que su hermano hablase—. Pero apareció un hombre que me rescató de esa gente, y estoy con él en su casa. Se llama Andrea. Por cierto, cuando te pille, te vas a enterar. ¡Vine aquí para ver tu negocio y ni siquiera apareciste! Además... —Se puso de pie, nerviosa.

—Escucha, Helena —interrumpió—: esos hombres te buscaban porque les debo el dinero que pedí para el negocio.

—¿Cómo? —soltó incrédula, tirando la copa de Andrea al gesticular con la mano, por lo que sujetó el teléfono entre el hombro y la oreja, mientras arreglaba el estropicio con unas servilletas de papel para no empapar las de tela.

—Me gasté el dinero que pedí y no podré devolverlo. Voy a ver cómo lo arreglo, pero necesito tiempo.

—¿Estás loco? ¿De qué hablas? Mira, si esto es una broma... —Se frenó en lo que hacía y se volvió a sentar, intentando serenarse.

—Busca un lugar seguro en el que quedarte hasta que lo solucione. Por favor, no hagas tonterías ni llames a la policía. Quédate con ese hombre que te acogió, él te cuidará, de eso estoy seguro.

La llamada se cortó sin darle la ocasión de responder. Helena se quedó contemplando el vacío, aunque mirase el grueso tronco del árbol que le daba sombra.

—¿Algún problema? —se interesó Andrea, colocando una de sus manos en la parte superior de la espalda de la española.

—Que mi hermano perdió la cabeza. Dice que lo buscan porque debe dinero. No sé de qué habla, pero me dio miedo —reconoció en un hilo de voz.

—Hace un rato, te dije que mi casa es tu casa. Puedes quedarte conmigo el tiempo que necesites. —Se sentó en su sillón y tomó un sorbo de su taza de café.

—No sé dónde está, pero tengo que buscarlo —se inquietó ella, disponiéndose a marcharse de allí lo más rápido posible.

—¿Te dije que lo hicieras? —insistió, con intención de hacerla reflexionar.

—No. Me dijo que busque un lugar seguro.

—Yo soy ese lugar, Helena. —Abrió las manos, mostrando lo que para él era evidente.

—Acepto tu invitación, pero solo hasta que decida qué debo hacer. —Los iris esmeralda de Andrea se oscurecieron y asintió con satisfacción—. Por otro lado, necesito que me prestes de nuevo el teléfono, debo llamar al hotel y cancelar la reserva, e ir a algún banco para poder liquidar la cuenta. Además, no tengo ropa aquí. —Se miró la falda del vestido rojo que llevaba, y que era la única prenda que tenía allí.

—No te preocupes por eso, ya le daremos una solución —aseguró, sonando de lo más tranquilizador.

—Otra cosa: tengo un *casinovie*. Me incomoda que te acerques a mí de la manera en la que lo hiciste antes en la habitación. —Inventó tras pensar que debía crear distancia entre ellos, para que no pensara que podría tocarla cuando quisiera a cambio del alojamiento que le estaba proporcionando.

—No volverá a suceder. —Andrea se levantó y dio un par de pasos hasta quedarse pegado a ella—. Tendrás que suplicarme que te toque si deseas que eso suceda. —Aquella afirmación sonó como un solemne juramento.

En Madrid, Fabrizio y Nick viajaban en un coche de alquiler junto a Gabriel, que se vio obligado a responder a la llamada sintiendo el cañón de un arma presionando contra sus costillas.

CAPÍTULO

IX

30 días - Serás mía

Helena no veía a Andrea desde la hora del desayuno. Dio un par de vueltas por la mansión, cogió un libro de la biblioteca, que Gina, la empleada de confianza, le facilitó, y se sentó a leer junto a la piscina más de una hora. Sin embargo, esa inactividad la irritaba y la ponía de los nervios. Necesitaba ocuparse en algo, porque aquello no eran unas vacaciones pagadas. A mediodía, y a pesar de que la mujer se negaba en redondo, la ayudó a preparar una *quiche* de calabaza y queso de cabra, que preparaba por si Andrea llegaba esa noche con hambre, aunque según le comentó, su jefe no solía cenar en casa.

Seguro que ahora era diferente. Sería de mal gusto tener una invitada en su hogar y no prestarle atención, eso pensó Helena, que decidió comer en compañía de Gina en la cocina, por mucho que la empleada demostró su inquietud por si Andrea llegaba y encontraba a la chica con ella allí, en lugar estar siendo servida en el salón.

Por la tarde, Helena decidió salir a pasear hasta llegar casi a la verja de entrada, al fondo del camino que conducía a la casa, pero la visión de algunos hombres armados la persuadió de aventurarse a ir más lejos, por lo que regresó por donde había venido.

Buscó a Gina por toda la primera planta. Ese lugar no era un hogar, sino un enorme edificio habitado por la desangelada soledad. Decidió quedarse en la sala de juego, en la que el protagonismo lo tenía la mesa de billar de color oscuro que ocupaba el centro de la habitación. Se acercó, pensando en su hermano, y en las tardes que habían jugado de pequeños en el fútbolín de los recreativos del barrio y, distraída, acarició una de las bolas. La sobresaltó una voz masculina que se dirigió a ella en tono solemne.

—Señorita, cumpliendo órdenes, le traigo lo que le comentó al señor que necesitaba.

Helena bajó la vista a la maleta que aquel empleado traía, reconociéndola al instante como suya.

Andrea, de pie, en el despacho de su casa de la ciudad, abrió la aplicación de cámaras en el móvil, a tiempo de ver cómo Helena subía las escaleras con su equipaje, increpándose a sí misma por creer que los millonarios como el de *Pretty Woman* existían en la vida real. ¿A qué

parte se refería? Rio a gusto pensando en eso, al ser testigo de su enfado. Si Helena era guapa cuando sonreía, enfadada, a Andrea le parecía una Venus.

—¿Nos vamos? —interrumpió Davide—. Habíamos quedado con Bill, ¿recuerdas?

—Lo que me ocupaba en este momento me parecía más divertido que verle la cara a ese imbécil. Se cree muy listo, pero llegará su hora muy pronto, al igual que la de algunos de los que ya hicieron varias entregas —se refirió a los que trabajaban para él en la distribución para la gente que se movía por los clubes. Guardó el móvil en el bolsillo de sus pantalones, y se puso la chaqueta de cuero negra que descansaba en el respaldo del sillón.

—¿En quién piensas exactamente?

—Por ahora, en Bill, pero no descarto hacer lo mismo con Luke y Flores.

—Han tenido buenas rachas y se vienen arriba, exigiendo lo que aún no merecen.

—Así es, se creen intocables, y nadie lo es, excepto yo. Vayamos a liquidar ese asunto, será la última entrega que haga Bill. Asegúrate de que el contacto sepa por dónde se moverán los paquetes. —Pasó ante Davide, que lo siguió escaleras abajo, y otro hombre se les unió antes de salir al exterior.

Il Gufo, el club en el que Andrea solía cerrar algunas de sus operaciones, al menos hasta que su hermana inaugurase el suyo, estaba a rebosar a esas horas. Sin perder el tiempo, seguido de sus hombres, subió directamente al reservado, encontrándose de frente con uno de los hombres de Donato Cavalli, quien a toda costa estaba tratando de infiltrarse en su organización en los últimos tiempos. Orgulloso, la mano derecha de Cavalli le dirigió a Andrea una mirada despectiva al pasar por su lado.

—¿Qué te pasa? —increpó Davide.

—Será que echa de menos a una de sus golfas. —Andrea soltó una carcajada.

—Andrea... —Davide le llamó la atención sobre lo que acababa de decir en cuanto perdieron al hombre de vista y ellos pusieron los pies en el interior del reservado.

—Es lo que era aquella rubia que te ordené que hicieras desaparecer. Uno no ofrece a otro a su mujer; regala y pone en bandeja a las putas. ¿No es cierto? ¿Quién, en su sano juicio, iba a arriesgar la vida de alguien a quien ama?

—Esa chica tenía un físico parecido a la hermana de Santos —le recordó Davide, con la nada sana intención de provocarlo.

—Ni se te ocurra compararlas. Rapunzel no es una zorra como la tal Magnolia.

—Disculpa que me ponga quisquilloso, pero te dije que se llamaba Manuela. Mucha capacidad para ciertas cosas y bastante poca para otras —puntualizó Davide, antes de ir a abrir la puerta a Bill.

—¡Solo tú podrías recordar eso! Mi memoria la reservo para lo importante, hay cosas que no permito que ocupen hueco en mis pensamientos —cabeceó Andrea, ocupando el sillón para interpretar su papel de capo.

CAPÍTULO

X

30 días - Serás mía

Helena desayunaba en la mesa de la cocina, mientras Gina, que se negaba a sentarse a tomar un café, se afanaba en sacarle brillo a la campana extractora de acero inoxidable, ya de por sí lustrosa.

—Quiero hacer algo; así que, necesito que me hagas una lista de cosas en las que puedo ayudar. Soy empleada en una empresa de limpieza, y te aseguro que el trabajo no me da miedo. —Dio un bocado a la tostada de tomate y aceite.

Escandalizada, Gina abrió los ojos, de par en par, ante la ocurrencia de la española.

—Ni se me cruzaría por la mente hacer tal cosa. Si el señor se entera, podría enfadarse conmigo. No haré nada que pueda molestarle. Él dejó claro que usted era su invitada especial. —Alzó las manos, con el trapo blanco en una de ellas.

—El señor no tendrá nada que decir al respecto, ya que, según he visto, no pasa mucho tiempo aquí, por lo que no va a enterarse de eso. Además, necesito devolverle de alguna forma la generosidad que está mostrando conmigo —aseguró, resuelta—. Vamos, Gina, ¿sí? —puso morritos tiernos.

—¡No me complique la vida, por el amor de Dios! —suplicó la mujer, entre nerviosa y deseosa de ver qué sucedería entre Helena y Andrea cuando él la encontrase haciendo las labores de la casa.

—Necesito una bata blanca, como esa tuya. Tengo poca ropa. —Cogió el borde inferior de la camiseta amarilla que vestía, a juego, con un short de tela fresca y cinturilla elástica—. Así guardo algo limpio por si algún día me apetece salir a tomar algo o... —Helena frunció el ceño, ya que no sabía ni dónde se encontraba exactamente.

Gina, dando la disputa por perdida, ya que sabía que la chica no se rendiría fácilmente, fue al cuarto donde tenían los uniformes y regresó con uno igual al suyo. Lo dejó en el respaldo de una de las sillas y Helena sonrió triunfal.

—¡Eres un bombón! —Se levantó como un resorte, con un pedazo de tostada en la mano, y le respondió con un abrazo que cogió por sorpresa a la mujer que estaba siendo tan amable con ella.

—Puede limpiar la sala de juegos. Es esa en la que está el billar.

—¿Y luego? —preguntó, dando un salto para sentarse en la encimera de la isla.

—Con eso es suficiente —la ignoró Gina, cogiendo el bote de limpiacristales y el papel para quitar unas inexistentes huellas de la puerta de cristal que daba salida al jardín.

—No lo es. ¿Qué más? Dime, no te cortes.

—Puede ordenar la sala principal y regar las plantas del lateral. Eso deberá hacerlo por la tarde, cuando baje el sol. En los días de calor, la mejor hora para refrescarlas es por la mañana temprano o por la tarde —indicaba, con el cristal rechinando bajo el papel con el que limpiaba.

Satisfecha, Helena terminó de comer y subió a su habitación, llevándose la bata que usaría tan solo cubriendo su ropa interior, a modo de vestido corto.

Andrea y Davide terminaban de almorzar esa tarde en la casa de Florencia. Hacía un par de horas que Andrea se había despertado, resacoso, y Davide insistía en que le contase qué había sucedido con la chica que subió al reservado.

—Ya la conocía. No pasó nada entre nosotros porque solo entró a saludar. Es una chica muy amable.

—¿A saludar, o a «saludártela»? Estuve fuera más de media hora, te lo recuerdo.

—Tomamos un par de copas y le pedí que se largase. Había bebido bastante y estaba algo tonto. No conviene tener nada con ninguna mujer cuando se está así. Puedo llegar a decir muchas estupideces, y ellas pueden tomárselas en serio y pensar que follar diez minutos conmigo ya es un juramento de amor eterno. —Tomó de un trago el licor de limón que quedaba en su vaso.

—Supongo que nos quedaremos por aquí un tiempo.

—Supones mal. Nos iremos ahora. Avisa al personal. —Se puso las gafas de sol que llevaba enganchadas en el bolsillo de su camisa blanca y salió, desperezándose, hacia el jardín.

A su llegada a la mansión, Andrea fue en busca de Helena a su dormitorio. Gina y Paolo, el jardinero, estaban tomando un té en la cocina, y se sobresaltaron al ver entrar a su jefe como un rayo, exigiendo que le informasen dónde estaba su invitada.

—La señorita estuvo regando las plantas del porche lateral. Creo que ahora está en el trasero —comentó la empleada.

—¿Cómo dijiste? —Se tensó, pues no le hacía ninguna gracia que ella estuviera haciendo las labores del personal.

—No pude negarme, señor. La señorita tiene un carácter bastante complicado.

—Ya lo sé —su mandíbula se tensó y, malhumorado, se dirigió a buscarla para obligarla a que entrase y dejase lo que fuera que estuviera haciendo por allí.

—Mis invitados no sustituyen a mis empleados —alzó la voz, algo que causó que Helena se asustara y se diera media vuelta, con la manguera apuntando al cuerpo de Andrea, que se quedó inmóvil, mojado y furioso, mirándola mientras escupía un fino chorro de agua.

—¡Perdona! —Dejó caer la manguera al suelo, pero esta continuó echando agua hasta que él reaccionó y fue a cerrar el grifo instalado en la pared.

—No deberías estar haciendo esto —la reprendió, serio—. Eres Rapunzel, no Cenicienta —masculló entre dientes.

—¡Y tú no deberías desatender así a tus invitados! —replicó Helena, acercándose a él con su dedo acusador en alto, que dejó sobre la camisa mojada de Andrea, justo a la altura del pezón que se le translucía.

—¡Cazzo^[6]! ¡Te advertí de que no volvieras a hacer eso! —le sostuvo la muñeca con agresividad.

Helena temblaba de ganas de ver lo que la tela de la camisa escondía.

—¿El qué? ¿Esto? —Levantó de nuevo su índice. La fuerza de Andrea se evaporó al notar el roce de la uña de Helena, que arañaba con intención el borde de su pezón derecho.

CAPÍTULO

XII

30 días - Serás mía

—Entre las piernas tengo algo más duro y erecto para que toquetees —sonrió chulesco cuando Helena encogió el dedo y lo observó, embobándose con el brillo de sus ojos.

Andrea la tenía cautiva en varios aspectos. Aunque Helena solo se sintiera presa de la seducción que manaba del aura oscura que lo acompañaba a él. Aumentando la atracción cuando la distancia entre ellos era tan escasa como para apreciar la humedad de la ropa de Andrea en su pecho después de que hubiera empapado la bata blanca que ella llevaba puesta.

Una mezcla entre el sentido común y la necesidad de adrenalina en su vida se apoderó de ella y, bajo el deseo de desafiarlo, volvió a estirar su dedo con la firme intención de averiguar hasta dónde podía llegar Andrea con sus amenazas vanas. Porque en la mente de Helena, aquella fachada de macho ibérico a lo italiano era solamente eso, la imagen de un gallo de pelea que se quedaba en pollito cuando se le rompía el cascarón.

—¡Ya te gustaría! —Lo golpeó dos veces en el centro del pecho—. Yo no soy una cualquiera que se acuesta con todo hijo de vecino con el que se cruza. Además, llevo un par de días aquí sola, y debo decirte que como anfitrión no vales un duro. ¡Me siento abandonada! —Helena golpeó de nuevo el pecho del italiano, aunque en esa ocasión fue más suave y juguetona.

—¿Abandonada? —Andrea agarró el dedo acusador de Helena, un gesto que odiaba, pero que, viniendo de ella, lo percibía como una provocación sexual, y se lo llevó a la boca, degustándolo mientras la miraba con lascivia. Por supuesto, también le clavó los dedos en el culo con la intención de atraerla hacia él para que notara lo dura que le había puesto la polla, y supiera cómo de firme y grande era su propuesta—. Dime, ¿quieres que cubra tus necesidades y que te deje satisfecha como si fuera un perfecto anfitrión?

Helena, que había contemplado con los ojos como platos y con la boca abierta cómo le comía el dedo, solo pudo asentir en respuesta, pensando en que si Andrea lamía igual los dedos que los puntos g, sería todo un experto catador de *gelato*^[7], una de las pocas cosas que Helena sabía decir en italiano.

Sin delicadeza, porque Andrea carecía por completo de esa cualidad, la empujó hacia abajo por la coronilla, al tiempo que con la mano libre se bajaba, sin miramientos, la

cremallera del pantalón, dejando en completa libertad la erección que Helena le causaba con su presencia, sus protestas y su mal carácter.

Ella contaba con algo más suave, pasional y mimoso, porque, en su imaginación, el italiano era un hombre que, al igual que el idioma, se percibía romántico. Sin embargo, una vez que Andrea la tuvo de rodillas ante él, la embistió en la boca sin pensar en cómo de profunda era su garganta, causándole una arcada que él ni siquiera advirtió.

Andrea jadeó fuerte, demostrando el placer que le dio entrar por completo en Helena. Sentir la humedad de su boca y el calor de su aliento sobre su verga era una fantasía hecha realidad. Pero lo mejor de aquello era que estaba seguro de que no sería la última vez que se la follase, pues todas, sin excepción, deseaban repetir, y Rapunzel no iba a ser menos que el resto de las féminas que pasaban por su falo.

Helena ni siquiera era capaz de tragar su propia saliva, la cual iba dejando en el pantalón de Andrea cada vez que él decidía tocar su campanilla con la punta del pene. No obstante, dentro de lo desagradable que era no poder casi respirar y no tener opción a alejarse, porque él la tenía fuertemente agarrada por el pelo, manejando su cabeza acompasada con el vaivén de su pelvis, Helena sentía cómo el calor fluía en su interior, al tiempo que la excitación se hacía presente entre sus piernas, mojando las braguitas blancas que se había puesto esa mañana.

Como si fuera un defecto de profesión, al menos por título, Andrea se había fijado en la maravillosa sonrisa de Helena. Pero tener los dientes como perlas no aseguraba mamadas idílicas, pues eso solo se lograba con la voluntad de tragar que tuviera la dueña de la boca perfecta. Para Andrea, Helena estaba a punto de convertirse en una chupadora magistral, por la manera en que ella le rodeaba el pene con sus labios en forma de corazón y por gemir mientras él se deslizaba sobre su lengua en sus envites.

Justo cuando Helena encontró la forma de no ahogarse con la polla del italiano, él gruñó y abandonó su garganta. Fue doloroso cuando tiró de su pelo hasta que sus ojos volvieron a encontrarse casi al mismo nivel, pero que él se apoderara de su boca y le metiera la lengua con suavidad, al menos comparado con la invasión anterior, fue placentero. Helena había soñado con el momento en que él le diera un beso de tornillo de los de toda la vida, y el sueño se estaba haciendo realidad.

Dominación de labios y sensualidad en un baile íntimo de lenguas mientras, poco a poco, Andrea la arrastraba hacia el pequeño colchón de margaritas que Helena regaba minutos antes.

Andrea estaba acostumbrado a tener el control de todo y todos los que lo rodeaban, y Helena, con su rebelde interior, se encontraba fuera de esa ecuación. Así que, su objetivo principal era domesticarla, y, en su mente masculina, el sexo era el medio perfecto para que Rapunzel dejara la sartén en la cocina.

Bajó con ella entre sus brazos hasta que sintió la tierra mojada en las rodillas, y la dejó sobre las flores. Neri se deleitó con la imagen de Helena, rodeada del verde, blanco y rojo de las margaritas que la abrigaban.

Sonrió, satisfecho, al contemplar su rostro excitado, con los labios entreabiertos y la respiración acelerada, al tiempo que él deslizaba las manos bajo la bata blanca y le quitaba las bragas, que se guardó en el bolsillo derecho del pantalón.

Jadeó al ver el brillo de la excitación decorando su vulva y, sin miramientos, la penetró, entrando de una vez en Helena. Disfrutando de su coño prieto rodeándole la polla.

El charco que Helena escondía en su vagina era una maravillosa lubricación natural para

un polvo al aire libre en un bonito atardecer italiano, amenizado con la banda sonora del «plas, plas, plas» que producían sus cuerpos cada vez que él hacía tope contra ella, y con sus gemidos como voces corales.

Andrea se afanaba en que Helena lo sintiera en cada estocada, empujando con lentitud hasta lo más profundo; encargándose de que ella obtuviera doble placer al frotarle el clítoris con avidez.

Ella empezó a moverse, buscando más fricción contra él, y Andrea aceleró el movimiento de sus caderas, apurando la penetración en un momento en el que sus huevos pedían escupir, sin más dilación, el goce de aquella sesión de sexo. Andrea se recostó contra ella y comenzó a embestirla con más fuerza y empuje, queriendo notar el tope de la vagina de Helena en la punta.

Quería verla correrse y deseaba oírle pronunciar su nombre durante el orgasmo. Andrea aspiraba a follarla a lo bruto, de forma despiadada. Anhelaba, desde que la había visto en la primera fotografía, hacérselo sin miramientos y deleitarse en los gritos del éxtasis que tenía pensado arrancarle; sin embargo, no quería asustarla mostrándole sus gustos en el primer polvo, aunque aún no estaba seguro de ese porqué.

—¡Cazzo, Helena! —gritó Andrea, sin miedo de ser escuchado por el resto de los habitantes de la casa, cuando el orgasmo pudo con su aguante y vertió dentro de ella todas las ganas de correrse que llevaba acumuladas en sus huevos desde que ella entró en su vida—. *Questo è stato un buon ritorno a casa*^[8].

En cambio, ella se mordió el labio inferior mientras sus manos se aferraban a las margaritas que continuaban intactas a ambos lados de sus cuerpos, privando a Andrea de uno de sus deseos, pero entregándole otro que podía convertirse en un instante para la memoria a largo plazo, al menos para Helena. Ya que él no cesó en su empeño de taladrar su coño ni de frotar su clítoris a pesar de que su primer orgasmo empapaba sus sexos, y fue así como ella descubrió el maravilloso placer del orgasmo múltiple entre los brazos de un hombre rudo con aguante para varios asaltos sexuales.

La tensión era tal en el cuerpo de Helena que, al tiempo que Andrea conseguía liberar su voz, aunque fuera entrecortada y combinada con gemidos, arrancaba de la tierra el manojo de margaritas que tenía presas en sus manos. Además, entre embestidas ardientes y el insistente trabajo manual de Andrea en el interior de sus labios inferiores, terminó suplicándole que se detuviera. Ruego al que él cedió, descansando su cuerpo sobre ella unos segundos, tras el tercer orgasmo del que disfrutó Helena.

—¿Te sientes atendida? —preguntó él y Helena asintió—. ¿He sido un buen anfitrión? —ella volvió a asentir—. Admito que tú eres lo más *follable* que he visto en los últimos días —sonrió satisfecho por lo que acababa de decir—, y te hubiera comido el coño, pero como eres una pésima invitada, te quedas con las ganas. Así, la próxima vez que quieras follar conmigo, pensarás en ponerte, o no, uno de los uniformes de Gina.

Andrea salió del interior de Helena y se limpió el pene con un extremo de la bata que ella vestía y que se le había quedado a la altura de las caderas. Se incorporó y se guardó la polla, acomodándola en el interior de los pantalones sin dejar de devorarla con los ojos, mientras la española lo observaba a él con descaro. Sonrió, arrogante, y, sin dedicarle más tiempo, ni miradas y mucho menos palabras, giró sobre sí mismo y caminó de regreso al interior de la vivienda. Una vez cruzó la puerta y la cerró, se metió la mano en el bolsillo y acarició el pequeño pedazo de tela blanco que minutos antes cubría el sexo de Helena y que él había decidido quedarse como un recuerdo de su primer encuentro sexual.

CAPÍTULO

XIII

30 días - Serás mía

Helena no se incorporó para seguir con la mirada a Andrea. Se quedó durante varios segundos en la misma posición, con el cabello revuelto entre las flores y esa tonta expresión en la cara de quien acaba totalmente satisfecha tras una sesión de sexo inesperado e intenso, como la que ella acababa de disfrutar. Una repentina sensación de incomodidad la hizo alzar las caderas para bajarse la falda del uniforme y poder cubrir sus muslos desnudos.

—¿Se encuentra bien? —se interesó Davide, extendiendo su mano para ayudarla a levantarse, aunque no hizo falta, ya que la vergüenza que la invadió la hizo ponerse en pie de golpe.

—Sí, gracias. Es que tropecé con la manguera. Porque estaba regando las plantas y... —Trataba de hilvanar algo coherente, a la vez que se alisaba el pelo con las manos para ponerse medio presentable.

—La manguera está por allí. —Señaló él unos metros más atrás, disfrutando del rubor que teñía las mejillas de la chica.

—Es que vine trastabillando hasta aquí. —Indicó hacia las margaritas aplastadas—. El caso es que estoy bien y no necesito que me presiones, bastante tuve ya con la caída —soltó, y echó a correr escaleras arriba hacia el interior de la casa.

—Apuntaré eso en mi libreta de curiosidades —Davide se quedó hablando solo—. En España, se le suele decir «tropezar con la manguera» a follar como animales en celo.

Helena atravesó la cocina, esperando no encontrarse con Gina, pero, una vez más, tuvo que hacer frente a las miradas escrutadoras de la empleada y del jardinero, que callaron de pronto al verla agitada y con prisas.

Rauda, subió las escaleras para ir directa a encerrarse en su habitación, de donde no tenía intención de salir en los días que tuviera que estar allí.

Se duchó, arrepintiéndose a cada segundo de lo que pasó entre Andrea y ella, y se puso el pijama que había llevado en su maleta, estampado de coloridas flores.

—¡Hay que joderse con las puñeteras margaritas! —gritó, tironeando de la camiseta que se había puesto.

Fuera, Andrea estaba a punto de llamar a su puerta, pero se detuvo, con el puño en alto, a

un par de centímetros.

—Parece ser que a Rapunzel le dan alergia las flores —sonrió con malicia.

—Le dices que tienes novio, y, a la primera insinuación de sus morros deseables, provocadores y *besables*, caes como una imbécil a sus pies. Ahora, además de facilona, pensará que eres una fulana —se lamentaba, sin importarle quién la escuchase.

—Así que me consideras *besable* —Andrea alzó una ceja, haciéndose el interesante, solo en el pasillo.

—¡Va a tratarte como lo que piensa que eres! ¡Debes exigirle que eso no vuelva a pasar! —Él inspiró y se contuvo para no entrar allí arrasando, tirarla sobre la cama y hacerla suya hasta que sus testículos se secaran. Negó con la cabeza, en silencio. No era el momento ni una buena idea. En ningún caso él había pensado que ella fuera lo que se estaba diciendo.

Dejó el chal de la madre de Helena en la manilla y se marchó al despacho, furioso consigo mismo y con aquella mujer obstinada que lo buscaba, para después reprocharse a sí misma, como si follar fuera un pecado capital tras el que someterse a una férrea penitencia.

Un rato después, Gina llamó a la puerta del cuarto de Helena. La mujer le llevaba una bandeja con un plato de crema de verduras y un pescado a la brasa que había preparado para la cena, ya que ella se negaba a bajar para no verle la cara al hombre que la había llevado al éxtasis entre las coloridas margaritas hacía un par de horas.

Al abrir, el chal cayó al suelo, a los pies de Helena, y ella lo tomó apresuradamente, sin poder creer que lo hubiese recuperado.

—Gracias por esto, y por favor, no me trates de usted. Necesito a una amiga cerca —susurró, con la prenda en la mano.

—Yo no hice nada. El señor lo dejó ahí colgado. Supongo que llamó y no lo escuchaste. —Gina, enternecida, dejó la bandeja sobre la mesilla de noche.

—No debiste molestarte. No tengo ganas de comer nada —resopló, yendo a sentarse en la orilla de la cama.

Gina la escrutó de arriba abajo, era una experta en escanear y clasificar a las mujeres que acompañaban a su jefe, pero Helena parecía ser muy distinta a todas ellas.

No tenía nada que llamase la atención, no era exuberante, ni sumisa, ni tomaba champán para desayunar, como la última a la que conoció en la casa de Florencia. ¿Qué secreto escondía Helena para que Andrea tuviese con ella tantos miramientos?

—Por si te sirve de algo, el señor tampoco bajó a cenar —comentó, como si nada, antes de marcharse.

A duras penas consiguió comer algo, y eso que el bacalao que le trajo, era toda una delicia imposible de rechazar. Abrió el yogur con fresas troceadas y pensó en cómo sabría ese postre sobre cierta parte, dura y erecta, de la anatomía de su anfitrión. Rio de incredulidad ante su propia ocurrencia. Terminó de cenar y salió con la bandeja para evitarle a Gina el trabajo de tener que ir a por ella.

Bajó un tramo de escaleras, que conectaba la torre con la parte central de la casa, hasta llegar a la primera planta. Desde allí escuchaba la voz del italiano, aunque no entendía casi nada de lo que hablaba. Caminó por el pasillo, con cautela, y aguardó tras la puerta del despacho que permanecía entornada.

—En dos días. Ahí estaré. ¡Claro que iré acompañado! Hay mujeres que matarían por asistir de mi brazo —soltó una carcajada, y Helena hizo un mohín de desagrado.

—Chulo —susurró.

—Tras la fiesta en Roma, pasaré por Nápoles. Debo solucionar un tema allí. Helena Santos—. Ella se encogió al escuchar su nombre. ¿Qué tenía que ver ella con las ciudades que él acababa de mencionar? Decidida a averiguarlo, dio un toque en la puerta.

—Hola —saludó, intentando no mirarlo a los ojos.

—¿Qué necesitas? —Andrea se levantó y apoyó las palmas de sus manos en el escritorio.

—Darte las gracias —balbuceó, sin soltar la bandeja que llevaba.

—La gente no suele dar las gracias tras follar. Suele decirse: ¿cuándo repetimos? —bajó la voz, que, ronca, hizo estragos en el cerebro de Helena. Tardó unos segundos en reaccionar. Entonces, se adelantó un par de pasos para dejar la bandeja en la mesa.

—¡No pienses ni por un momento que voy a repetir nada contigo! —Levantó su dedo acusador, y lo bajó de inmediato, retrocediendo un par de metros cuando se dio cuenta de la manera en la que él la devoraba con la mirada.

—¿Estás segura de que no quieres un polvo rápido en el sofá, contra la librería, o en ese sillón? Te noto muy dispuesta y abierta... a excitantes experiencias —cuestionó, produciendo en Helena ardientes imágenes mentales en las que él tomaba lo que quería de ella en mil y una formas.

—Gracias por encontrar el chal de mi madre —respondió, y él detuvo en seco su avance.

—No podía hacer otra cosa que buscarlo, ya que era importante para ti. Sé lo que significa la ausencia de una madre. —Su expresión se tornó dolida, tanto, que Helena deseo poder acariciar su rostro, aunque no se movió un milímetro del punto en el que se encontraba.

—¿Qué sucedió con ella? —se atrevió a preguntar, sin saber si se estaba aventurando a ir demasiado lejos.

—Viniste a agradecerme algo y ya lo hiciste. Tengo mucho trabajo por delante. Buenas noches. —El italiano hizo un gesto con la mano indicando la salida.

Ella asintió con un movimiento de la cabeza, aunque se quedó allí, a la espera de que él se apartara para poder llevarse la bandeja.

—Si me permites...

Andrea dio un paso al lado, cautivado por los cambios de humor de Helena, que mudaba de fiera a gatita a mayor velocidad que su Ferrari favorito pasaba de cero a cien.

—Puedes ir a cogerla con toda tranquilidad, Helena. No quemó a quien no desea ser abrasada.

CAPÍTULO

XIII

30 días - Serás mía

Helena pasó una gran parte de la noche pensando en Andrea, en lo sucedido en el jardín, en la camisa mojada y pegada a su pecho musculoso, y en la última frase que le había dicho cuando entró en su despacho.

Era una locura total, pero deseaba ser provocada, tocada, y abrasada por el italiano. Ella, fiel amante de las historias de amor eterno, se veía ahora embargada por una fiebre extraña, que solo se calmaba cuando veía cómo él la buscaba. Su boca sentía la necesidad de albergar el sexo de Neri, palpitante y suave, hasta saciarse con el sabor de su éxtasis. Por otra parte, los años de misas dominicales en su infancia la hacían rechazar sus propios anhelos, grandes pecados a ojos de la gente que comulgaba sin confesar los turbios pensamientos y candentes fantasías que los hacían arder por dentro.

—La noto hoy demasiado tranquila —le comentó Gina a Paolo, que iba de salida para intentar salvar lo que quedaba del parterre de las margaritas, mientras señalaba a Helena, que, ensimismada, le daba pequeños bocados a una *focaccia*^[9] con aceite de oliva, huevo cocido y aguacate.

—No pienso preguntarle nada. Déjala que coma tranquila —Paolo sacudió la gorra que sacó del bolsillo de su pantalón de faena y se la puso antes de salir al jardín.

—¿No te gusta? —se atrevió a interrumpir sus pensamientos, acercándose a ella por detrás.

—¿El qué? —preguntó Helena, sin poder centrarse en nada que no fuera la fuerza y el calor de los labios de Andrea.

—El desayuno. Si prefieres otra cosa, te lo preparo en un momento —la mujer apartó la silla y se sentó frente a ella.

—Está delicioso. —No supo si hablaba de la *focaccia* o del cuerpo, fuerte y empapado del italiano—. Eres una cocinera estupenda. ¡Lo siento! —exclamó, levantándose de pronto—. Debería estar ayudándote en la casa, y, sin embargo, estoy aquí pensando en las musarañas.

—Buenos días —la voz de Andrea resonó en la cocina—. Voy de salida. A mi regreso, no quiero verte haciendo cosas que no te pertenecen —advirtió en un tono que no admitía

réplica, acercándose hasta quedar pegado a ella. Gina, al ver que aquello no era asunto suyo, se marchó hacia la sala.

—Me aburro. Necesito hacer algo. Además, es una forma de agradecer tu hospitalidad. Por cierto, ya que lo menciono, me gustaría hablar con mi hermano antes de que te marches.

—Demasiada información, y aún no me diste siquiera los buenos días —respondió con cierta chulería y las manos metidas en los bolsillos del pantalón de color arena que llevaba puesto.

—Buenos días, quiero llamar a mi hermano.

—Sabe dónde puede contactar contigo. Si no lo ha hecho, es porque no tiene nada nuevo que contarte. ¿No crees?

—Me da exactamente lo mismo. Necesito escucharlo y saber que está bien.

Andrea sacó su teléfono del bolsillo y se lo ofreció para que hiciera su ansiada llamada. Él aprovechó para servirse una taza de humeante café.

—¿Hola? —Gabriel saludó somnoliento.

—¿Estás durmiendo? ¿De verdad? ¿Son las nueve de la mañana y estás durmiendo, en lugar de buscar la solución para que pueda irme a casa? ¡Eres un imbécil! ¡Si el tío que te dio el dinero no lo hace, te mataré yo, por vago! ¡Levanta el culo y arregla esto! —Andrea no pudo reprimir una carcajada al presenciar la escena en la que Helena, descompuesta, intentaba hacer que su hermano reaccionase.

Cortó la llamada, furiosa por la actitud pasiva de Gabriel, y dejó el móvil en la encimera gris de la isla, asqueada por tener que depender de él, y dirigió su enfado contra el italiano, que reía sin que Helena comprendiera el motivo.

—¿Y bien? —quiso saber ante la mirada insistente que la española le clavaba.

—¿Me puedes decir qué es lo que te parece tan gracioso? ¡En serio, dímelo! —se encaró con él, bajando la mano al ver que iba a ponerle el dedo en el pecho.

—Si yo fuera tu hermano, te tendría miedo. Creo que, la próxima vez, pasará de coger tu llamada. Seguramente, hasta siente alivio al saber que no puedes acercarte a él —se explicó, serenándose.

—Quiero irme de aquí. Yo me haré cargo de lo que pueda sucederme. No soporto que te rías de mí, ni el hecho de no saber qué es lo que está sucediendo. —Helena se fue apagando a medida que hablaba.

—Rapunzel, me pone mucho verte brava, así, soltando maldiciones como Maléfica. —La zarandeó con suavidad por los hombros.

—¿Rapunzel? Por qué me llamas así. —Andrea sonrió de medio lado, tomando entre los dedos un largo mechón de su cabello—. Anoche iba a llevar la bandeja a la cocina y escuché cómo decías mi nombre a alguien por teléfono.

—¿Te gusta espiar conversaciones ajenas? —Se hizo el indignado, feliz, porque ella recobraba el brío que lo excitaba.

—¿Qué pasa conmigo? —Alzó el mentón, y su orgullo provocó a Andrea, que le sostuvo la barbilla entre sus dedos.

—Bésame —ordenó. Se aproximó más a ella para rodearle la cintura con su brazo, pero Helena no hizo ademán de tocarlo.

—No me apetece. Estoy muy enfadada —confesó con firmeza.

—Perfecto —sonó a advertencia. Andrea la soltó y retrocedió unos pasos—. Más tarde, Davide te acompañará a comprar algunas cosas. Elige ropa adecuada, complementos y aquello que creas que puede complacerme. Necesitarás un vestido para acudir conmigo a la

inauguración de dos de mis clínicas en Roma.

—¿Cuándo me preguntaste si yo quería acompañarte? —reprochó con sonrisa burlona.

—Sin problema. Quédate aquí, puedes dedicarte a contar las margaritas del jardín. —Se alejó de ella, caminando hacia el pasillo para salir de la casa por la puerta principal.

—Iré, aunque hay un problema: que no encontré mi bolso.

—Solo debes preocuparte de hacer una buena elección, del dinero me encargo yo —zanjó, cerrando con un portazo al marcharse.

CAPÍTULO

XIV

30 días - Serás mía

Con unos sencillos *jeans*, una camiseta básica blanca y una cazadora vaquera, Helena caminaba fascinada por Via Tornabuoni, una calle estrecha y flanqueada por imponentes palacios y residencias privadas, renacentistas y barrocas, que habían sido reconvertidas en las tiendas de grandes firmas a nivel internacional.

Gucci, Prada, Vuitton, Ferragamo y otras tantas, pugnaban en los deseos de Helena, a pesar de ser consciente de que cualquier trapito de lujo sobrepasaba en bastante lo que ella ganaba al mes como limpiadora en la empresa para la que trabajaba encadenando contratos temporales.

—Esto me parece obsceno —murmuró, abstraída, ante el vestido que exhibía el maniquí del escaparate de Gucci.

—Yo también lo veo demasiado corto —apuntó Davide, tras ella.

—Me refiero a los precios que se barajan por aquí.

—El señor Neri nos advirtió muy seriamente de que debíamos salir de aquí con el atuendo adecuado para su cena de inauguración, además de aquello que usted considere oportuno.

—Me atrae el rojo que vi en el otro escaparate. Pero este, de brillos negros, tampoco está mal —torció el gesto.

—Siempre deseé sentirme como Richard Gere, con la chica guapa desfilando para él —la animó, y Helena se echó a reír ante la ocurrencia.

Uno, dos, y más de diez vestidos se probó Helena en cuatro tiendas distintas. Sin embargo, ninguno la convencía. Unos, por cortos, otros, por largos, algunos, por atrevidos, y la mayoría, por remordimientos.

En un momento determinado, Davide, cargando varias prendas en el antebrazo, comenzó a apresurar a Helena, que se encontraba en el probador sin terminar de decidirse. No obstante, ante la falta de respuesta, entró en la pequeña sala, con las paredes tapizadas en un distorsionado estampado de cebra, y apartó la cortinilla, tragando saliva al comprobar que Helena no estaba allí.

La buscó en la planta superior. Dio dos vueltas, desesperado, preguntándole a la

dependienta, una chica de pelo rizado negro, a quien, en otras circunstancias, él le habría dicho cualquier tontería para evaluar la posibilidad de llevársela a la cama, y, al fin, sin saber qué hacer, decidió llamar a Andrea antes de que aquello se le fuera de las manos.

—Estoy con Rapunzel. Salimos de compras, como ordenaste, pero hay un problema.

—¿Necesitas más dinero, o es que no puedes cargar con las bolsas? —se burló Neri al otro lado.

—No es eso, es que... Te juro que la encontraré. Estaba en un probador, y no sé cómo salió de allí, pero no la encuentro.

—¿Me quieres decir que perdiste de vista al seguro de cobro de Santos? —rugió, indignado, Andrea.

—¡Va a saber quién soy yo en cuanto dé con ella! —voceó desesperado en mitad de la calle.

—Ni se te ocurra tocarle un pelo si no quieres perder el tuyo. ¿Oíste? Ya te localizo yo. Salgo ahora mismo para allá. Si alguien debe castigar a la princesa rebelde, ese soy yo. ¿Escuchaste? ¡Búscala! —ordenó extrañamente calmado, aunque la sangre le hervía por dentro.

—¡Davide, ya sé lo que quiero! Vi un vestido negro, en la primera tienda, que me ha chiflado. —Helena se aproximaba a Davide, y él la observaba, pensando que solo le faltaba venir dando saltitos de la emoción.

—Rapunzel está aquí. Estaba de paseo —informó en un susurro antes de cortar la llamada.

Intentando olvidar lo sucedido y ponerle su mejor cara, como si nada ocurriese, Davide la acompañó hasta el establecimiento en el que Helena quería probarse varias cosas, y, otra vez, tuvo que hacer acopio de paciencia e ir pasándole las prendas que le iba pidiendo.

—Con lo fácil que sería quitársela del medio... —masculló Davide; quien se giró para ir a pedir a la dependienta una talla más del vestido negro lencero, con encaje en el escote y una gran abertura lateral, que dejaba a la vista la totalidad de la pierna torneada y piel bronceada de Helena.

—Es tan fácil quitarla del medio, como dijiste, que no me resulta tentador siquiera. ¿No lo ves, Davide? Es una inconsciente que no sabe ni dónde está metida —le recordó Andrea, que acababa de llegar, entre dientes—. Me motiva más castigar a la princesa a mi manera. ¡Vete! Ya me encargo yo.

CAPÍTULO

XV

30 días - Serás mía

—¿Tardarás mucho en traerme ese vesti...? —Helena se asomó tras la cortina de terciopelo blanco, y guardó silencio al ver a Andrea en aquella pequeña sala, dominada en el centro por un par de sofás blancos mirando en dirección a los dos probadores.

—¡La *puttana*! —expresó Andrea—. ¿Eso es lo que te pondrás para la inauguración?

—¡¿*Puttana*?! —Helena terminó de abrir la cortina y lo observó, colocando las manos en las caderas y alzando el pecho, causando que sus tetas, embutidas y apretadas en aquel vestido, llamasen más la atención dentro de un escote que aparentaba un par de tallas más de las que ella tenía, de lo apretada que le estaba la prenda—. No sé italiano, pero esa palabra la reconozco hasta en árabe. —Lo señaló y, al ver la sonrisa chulesca de Andrea, guardó el índice en el puño.

Andrea se quitó la chaqueta del traje y la dejó, con cuidado, en uno de los sofás. Se lamió el labio inferior y después se lo mordió. Planeando, mentalmente, qué iba a hacer con Helena, por atreverse a pensar que podría vestir algo tan ajustado y escotado, mirase por donde lo mirase, para acudir de su brazo a la inauguración de sus clínicas.

—*Puttana, troia, zoccola, balracca, meretrice...* —Se acercó a ella al tiempo que nombraba, en cada paso, algunas de las muchas formas de referirse a una prostituta—. Es lo que pareces vestida así. Hay rameritas con más clase que esto. —La recorrió con la vista, con desgana y desprecio, de abajo arriba.

—A mí me parece *sexy*, no de putas —insistió ella, cruzándose de brazos y levantando, aún más, su pecho.

—La cuestión no es cómo te veas tú, sino cómo te ve el resto, y ningún hombre que te contemple, verá a una dama. —Andrea se detuvo en la entrada del probador y se relamió—. Todos querrán follarte y me preguntarán tu tarifa, eso es vergonzoso para mí.

—¡¿Perdón?! —Expresó sin saber cómo tomarse lo que Andrea acababa de decirle.

—Yo no perdono, Helena. Me cobro las ofensas y tú me debes dos.

A pesar de que Helena esperaba una explicación, Andrea no añadió nada más y la empujó, paso a paso, consiguiendo que su trasero hiciese tope contra el espejo. El italiano echó las manos al escote del vestido y tiró, rasgándolo hasta dejar el ombligo de Rapunzel al

aire, liberando sus pechos de la presión que la tela ejercía sobre ellos.

En un acto reflejo, Helena intentó taparse, pero Andrea agarró sus manos y se las subió por encima de la cabeza, acorralándola en aquel amplio cubículo que, con ellos dos en el interior, se quedó pequeño.

Helena no opuso resistencia al asalto de Andrea y se mostró pasiva ante la excitante arremetida que el italiano llevó contra su boca. En donde parecía buscar la compensación a unos daños que Helena ni siquiera comprendía.

Él, deseando impedir que la española pudiera decir algo más, tomó posesión de sus labios, de su lengua y de su voluntad para actuar con libertad. Saboreó la vainilla del *gloss* que ella se había puesto en los morros y, pese al odio que sentía hacia ese gusto, sonrió socarrón sin detener el morreo, al tiempo que reflexionaba sobre uno de sus pensamientos más arraigados: «en la variedad está el gusto, aunque nunca lo encontrarás en lo común».

Andrea, igual que la mayoría de la humanidad, creía que la vainilla era justamente eso que él odiaba: la rutina. Un mal al que debía poner fin en la vida de Helena o, al menos, mientras ella estuviera en su vida. Ya que, desde su punto de vista, la española era como una macedonia de frutas y, por supuesto, a él le encantaba, porque aspiraba a poder comérsela entera. Helena poseía un buen y gran melocotón, además de suave y duro; un par de melones Galia, redonditos, tersos y maravillosos, y una papaya en su punto perfecto de madurez, de la cual, con seguridad, podría extraer un jugo exquisito.

Abarcó el cuello de Helena con la mano que le quedaba libre y la obligó a elevar el rostro. Andrea descendió con su lengua, desde los labios hasta el canalillo, lamiendo cada centímetro de su piel, y soltó las manos de Rapunzel, confiando en que ella seguiría portándose bien, o mal, dependiendo del punto de vista desde el que se mirase aquella escena sexual en los probadores de la *boutique*.

Tanteó el peso de una de las tetas de Helena y la estrujó antes de recorrer la aureola con la lengua. Succionó el pezón y, como si aquello fuera una travesura y él un niño pequeño, mamó, obteniendo el placer del erotismo que le proporcionaba la visión de la escena en su mente, mientras sentía cómo su pene cobraba fuerza, tras el glorioso despertar que había tenido minutos antes, al verla desnuda. Ya que, para Andrea, el vestido que acababa de romper no era estar vestida.

Helena jadeó con fuerza al sentir los dientes de Andrea rozándole el pezón, sensibilizado por toda la atención que el italiano le estaba dedicando.

—¿Quieres que todo el mundo sepa que estás follando aquí? —pronunció sin dificultad, como si él no estuviera excitado por la situación—. Chupa —exigió, metiéndole dos dedos en la boca y moviéndolos de adentro afuera con la misma cadencia que si la estuviera embistiendo con la polla—. Ábrete para mí.

Las expectativas de Helena aumentaron con aquella petición, creyendo con firmeza, tal como apuntaba la escena, que Andrea bajaría al pilón para comerle la almeja con la misma dedicación que tuvo para las pechugas. En cambio, notó la mano de él tanteando, por encima de la braga, el terreno sexual que ella guarecía entre sus piernas. Una tierra que, desde que lo conoció, parecía más un cenagal.

Si existía algo que entregara a Andrea un disfrute extremo, era la excitación de una mujer mojando su ropa interior, y él había descubierto que el frenesí de Helena tenía algo que lo hacía especial. Por ese motivo quiso empaparse aún más de ella, y deslizó los dedos por encima de la tela para masturbarla.

Helena volvió a jadear, aunque en esa ocasión, los dedos de Andrea embistiendo su boca

no permitieron que fuera una respiración sonora. Aquella acción hizo que Andrea recordara la forma en que ella lo había saboreado en el jardín y, por simple que pareciera, rememorar esa escena le estaba poniendo más duro que si una puta, de las de verdad, le estuviera haciendo una mamada.

Succionó y mordisqueó el pezón, embriagado por el éxtasis del goce que le generaba el cuerpo de Helena, moviéndose al ritmo que sus dedos marcaban entre sus labios, jugando con su lengua y la otra mano con su clítoris.

Andrea aumentó la presión que sus yemas ejercían sobre el sexo de Helena y buscó que ella tuviera un primer orgasmo sobre el algodón que acariciaba la delicada piel de su intimidad.

Ella se dejó llevar por lo excitante de la situación, al tiempo que pensaba en que Andrea tenía un punto exhibicionista, pues no le importaba tener sexo pese a que se encontraban en un lugar público, a pesar de que algo le decía que nadie se atrevería a acercarse a aquella zona de la tienda, al menos, mientras Neri estuviera en ella. Así era como Helena se imaginaba la vida de los ricos. Convencida de que el dinero no solo podía proporcionar la exclusividad de una prenda, un bolso, o unos zapatos, sino también la privacidad de echar un polvo en cualquier lugar y momento sin tener la preocupación de que alguien los viera.

Inconsciente y guiada por el ardor entre sus piernas, Helena se agarró a la mano que Andrea movía con fervor en su sexo y, meneando las caderas, se rozó con desesperación contra sus dedos, al tiempo que chupaba los que él mantenía dentro de su boca, igual que si le estuviera haciendo una felación.

La lujuria que cubría los ojos de Helena puso a cien a Andrea, que retiró los dedos de su boca para poder volver a besarla, teniendo en mente la idea de devorarse los gemidos del orgasmo que empezaba a dominarla, y que se percibía por el temblor de sus piernas y por la tela cada vez más mojada de sus bragas.

La urgencia por hacerla suya le vino en el mismo segundo en que estuvo seguro de que ella se había corrido. Un detalle extraño, porque en su egoísmo, Andrea cogía lo que deseaba sin pensar jamás en la persona a quien se lo quitaba. Por eso mismo, no recordaba que en alguna ocasión se hubiera preocupado por el disfrute de sus acompañantes sexuales, tan solo lo hacía con Helena.

La giró, obligándola a contemplar en el espejo el rostro de una mujer satisfecha sexualmente. Desde atrás, le masajeó los pechos, alternando la suavidad de las caricias con lo rudo de pellizcarla en los pezones, mientras que ella, en su mente, pugnaba por salir de aquel trance de gloria en el que Andrea la metía cada vez que la tocaba.

Sin ninguna delicadeza, él terminó de rasgar el frente del vestido, tirando de la tela, y expuso la desnudez del cuerpo de la española a la imagen de ambos que se proyectaba en el reflejo. Coló las manos en el interior de la braga y la empujó a lo largo de las piernas de ella hasta quitársela, para, de nuevo, guardarse la prenda en el bolsillo del pantalón.

—Si los pecados capitales tuvieran forma humana, tú serías la envidia —recitó, bajándose la cremallera del pantalón para dejar libre su pene—, porque será lo que provocarás en todas las mujeres cuando te vean de mi brazo.

Andrea flexionó un poco las rodillas y, sin más preámbulos, entró en ella de una sola estocada que la empujó contra el espejo.

Helena no esperaba tanta brutalidad en ese momento por parte del italiano, aunque tampoco se extrañaba, sobre todo, si pensaba en cómo se comportaba con ella habitualmente. Puesto que, desde su punto de vista, Andrea no entendía de la sutilidad natural del sexo

femenino, a pesar de que en algunas ocasiones se había mostrado suave y atento con ella.

El chirrido que sus tetas hacían en el incesante movimiento de su cuerpo contra el cristal, acompañaba a los gemidos que ambos dejaban escapar de su pecho.

Con Andrea, Helena experimentaba el sexo en otro nivel. Pues, al tiempo que sentía de qué forma cobijaba el pene del italiano en su interior, apreciaba el ímpetu que él empleaba para llegar al máximo de su profundidad en las incursiones que llevaba a cabo en su sexo. Entradas que tenían el propósito de hacerla disfrutar de la única maravilla del mundo que estaba bajo el poder del hombre: el sexo.

Respirar era una tarea constante que se ralentizaba a medida que se aceleraba el baile de pelvis de Andrea. Las prisas por sentirse vacío, como si la carga que transportaba entre las piernas fuera pesada, urgente y caduca, apremiaron la velocidad por vaciarse en el puerto de descarga en el que estaba incursionando.

La fricción entre sus cuerpos proporcionaba el calor que sus sexos necesitaban para combustionar y, tras varios golpes, el italiano disfrutó de las llamas que embargaron, durante unos segundos, el centro de sus cuerpos aunados por el zenit del éxtasis que sentían cuando estaban juntos.

—Cazzo, Helena —murmuró contra su nuca—. *Voglio bruciare con te*^[10].

Andrea salió despacio de Helena y se separó de ella, dejando que el frío se instalara en sus cuerpos al poner un paso de distancia entre ellos.

El italiano se limpió en la cortina y guardó su pene dentro de los pantalones, volviendo a verse como un hombre decente, aunque lo único decoroso que conservaba era su herencia materna.

—Andrea —susurró Helena—. ¿Qué has querido decir? —preguntó pensando que aquellas palabras significaban algo muy romántico.

—Que te quites ese pedazo de tela, te limpies y busques un vestido de dama de alta sociedad. Nada de escotes pronunciados, ni rajas hasta el culo y, por supuesto, el rojo está prohibido, es de putas.

—Pero... ¿por qué lo has roto? —inquirió, ignorando si Andrea había respondido, o no, a su primera pregunta.

—Porque no vas a llevar puesto eso en la inauguración.

—Podría haberlo usado en casa —sonrió pícara, activando la imaginación de ambos con aquella imagen. Andrea le devolvió el gesto travieso acompañado de un guiño.

—Cómpralos todos, incluso los rojos. Estaré encantado de romperlos cuando te los pongas.

Él le dio la espalda y salió de allí sin dedicar ni una palabra más a Helena, ni siquiera se giró para mirarla, como haría un enamorado. Ella suspiró al verlo irse, pensando en la química sexual que había entre ellos, porque aquello que se respiraba en el ambiente no era solo físico.

Al salir a la zona de la tienda, Andrea vio a Davide tonteando de forma descarada con la dependienta y, a pesar de que no le gustaba interrumpir un posible lío de su amigo, decidió intervenir, porque ellos dos, mejor que nadie, sabían que el *lavoro* estaba antes que el *piacere*^[11].

—Davide —lo llamó sin alzar la voz.

—Dime, Andrea, estaba...

—Solo necesitabas cerrar el local para follártela. No des tantas vueltas al cortejo —habló alto para que la chica lo escuchara y sonrió descarado—. Yo ya terminé con Helena. Estará cansada, así que, no creo que le queden ganas de muchos paseos. Compra todos los vestidos

de fulana que hay en la tienda, ayúdala a escoger un vestido acorde a mí y, lo más importante, lleva contigo la cortina del probador. Ya sabes que no me gusta dejar nada mío por ahí tirado.

—Está bien, Andrea. ¿Necesitarás algo de mí cuando salgamos de aquí?

—No, cógete la noche libre.

CAPÍTULO

XVII

30 días - Serás mía

—Antes como puta y ahora como monja —expresó Andrea en voz baja, con el puño apretado, al ver a Helena ocupando el asiento en su avión privado, con el cinturón abrochado, lista para el despegue.

Le echó una mirada de soslayo al pasar junto a ella, acompañado de Chiara della Rocca, una explosiva italiana de cabello largo, negro y liso, que presumía de sonrisa perfecta, motivo por el que había sido seleccionada como imagen de las clínicas Neri; culo prieto y dos buenas tetas, que asomaban por el borde de un corsé de color escarlata, a las que Andrea ya les había tomado la medida, con sus manos, durante la larga noche que habían compartido en un hotel de Nápoles unos meses atrás.

Sin que se dignara a presentar a ambas mujeres, Chiara ocupó su lugar junto a Davide, y Andrea se detuvo delante de Helena, con las piernas separadas, los brazos cruzados y los ojos ocultos tras sus gafas de lentes de color caramelo oscuro.

—Te advertí que no me gusta el color rojo. —Alzó el mentón, señalando el atuendo que Helena había elegido, y que era un *total look* en rojo oscuro, compuesto por una blusa de seda anudada al cuello por un sugerente lazo, que dejaba sus brazos al descubierto; una falda lápiz, con el largo por debajo de las rodillas y con una pequeña apertura por detrás, y unas sandalias con un tacón de vértigo que la hacían ganar más de diez centímetros de estatura.

Ella lo ignoró y echó un vistazo por la ventanilla, alcanzando a ver un avión de pasajeros que descendía en ese momento.

—Me suplicarás que siempre vista de rojo a partir de esta noche —sonrió con una seguridad que a él le hizo arder por dentro, al sonarle a sugerente augurio.

Andrea, pensando en qué esconderían aquellas monacales prendas, tomó asiento a su lado, aunque dedicó más de treinta minutos del trayecto a ignorarla, buscando poner a prueba su paciencia una vez más. Y es que no podía negarlo, las discusiones con Helena lo ponían irremediablemente caliente.

—¿Qué hiciste ayer? —preguntó él, al fin, para romper el silencio.

—Me follaron en el probador de una tienda, compré esto y alguna que otra cosilla más, y dormí. —Se pasó las uñas rojas por su cuello fino, en una caricia intencionada, clavando la

mirada en él.

—¿Y entre las compras y dormir? —insistió Neri, volviendo su cuerpo hacia ella.

—Si hubieras pasado por tu casa, lo habrías visto —sus labios esbozaron una arrebatadora curva ascendente roja, a la vez que enredaba la cinta del lazo de forma juguetona en su índice.

—¿Estás pidiéndome explicaciones por algo? —Andrea alzó las cejas, comenzando a mosquearse con los juegos de la chica.

—En absoluto. Sé que estarías con la mujer con la que llegaste. Deberías sentarte junto a ella, en lugar de estar aquí fastidiándome el viaje.

—¡Vamos a brindar! —Se acercó Chiara, con dos copas de champán en las manos. Una repentina turbulencia causó que la modelo se fuera hacia adelante, derramando parte de la bebida helada en el pantalón de Andrea, que respondió con un gruñido de desagrado, aunque cambió de actitud al segundo, al reconocer aquella circunstancia como una nueva oportunidad de mortificar a Helena.

—Vas a limpiármela hasta que te diga que es suficiente. —La sujetó con brusquedad por el antebrazo e hizo que lo acompañase hasta el aseo.

Helena se sujetó a los reposabrazos para no levantarse y montar una escena ante los cuatro hombres de seguridad que los acompañaban en el viaje.

Casi cinco minutos soportó estoicamente, hasta que, no pudiendo aguantarse más, caminó con disimulo hasta llegar a la puerta que ocultaba lo que su anfitrión hacía con aquella mujer despampanante.

—¿Ves? Así, sí. Perfecto. Lo hiciste genial, preciosa. —Escuchó la voz de Andrea.

—¿Necesita algo? —preguntó Davide a Helena, llegando sin que ella lo hubiera oído.

—No, nada. Solo quería moverme un poco —disimuló con inocencia.

—Ya... —divertido, el hombre la observó con curiosidad.

—El capitán acaba de anunciar que aterrizaremos en breve, será mejor que regresemos a los asientos. —Fue la excusa que se le ocurrió para alejarse de esa maldita puerta y calmar las ganas de asestarle un puñetazo al italiano en su atractiva nariz.

Al descender por la escalerilla, Andrea ofreció su mano a Helena para bajar los últimos dos escalones, pero ella se limitó a asir su bolso con las suyas y a girar la cara, mostrándole así lo que se propuso callar.

—Te ofrecí ayuda como el perfecto caballero italiano que soy —susurró, contrariado, mientras subían al vehículo que los esperaba a pie de pista.

—Ofrécesela a Chiara della Rocca.

—¿Quién te habló de ella? —Helena despertaba continuamente su curiosidad.

—Nunca desvelo mis fuentes. —Le lanzó una mueca de suficiencia que taladró el pecho de Andrea, derritiéndolo un poco más.

—Davide, más tarde hablaremos tú y yo —advirtió a su empleado, que ocupó directamente el lugar del conductor.

—Él no me contó nada. —Helena intentó disculparlo, pues lo último que deseaba era que él pagara las consecuencias de ser agradable con ella.

—Eres una blanda. No sabes mantener tu fachada de mujer dura. No serías respetada en un mundo como el mío —rio Andrea, abriéndole la puerta trasera para que subiera al coche.

—¿Qué tiene que ver comportarse como un capullo con ser dentista? ¿Hay que ser un tipo duro para eso? —Helena achicó los ojos, a la espera de una respuesta a la tontería que acababa de escuchar.

—Olvidalo. —Se puso serio de repente. Entre bromas, casi le había revelado una parte de su verdad—. Disfrutemos de la fiesta.

CAPÍTULO

XVIII

30 días - Serás mía

Helena entró junto con Chiara en el salón del hotel, desde cuyos ventanales se podían apreciar unas vistas sobrecogedoras de la Ciudad Eterna.

Andrea, flanqueado por dos de sus hombres, iba y venía saludando a algunos de los asistentes, a los que parecía tener en alta estima, dada la amplitud de la sonrisa que portaba mientras estrechaba sus manos y palmeaba sus hombros.

Ella, con la vista puesta en los frescos de estilo renacentista de la bóveda, suspiró, con una mezcla entre la satisfacción y la tristeza, al verse en otro escenario de sus sueños viajeros de adolescencia. Siempre pensó que recorrería Italia con una simple mochila y en buena compañía, pero su situación distaba bastante de la que había imaginado. Ni Andrea era el amor bohemio con el que ella había fantaseado ni el lugar, que más se asemejaba a un museo, era una estación de trenes en la que hacer parte de la madrugada, durmiendo con la cabeza en los muslos de su amante, para coger el primer tren de la mañana cuando no contasen con presupuesto suficiente para pasar una noche más en cualquier hostel. Para otras, ese punto podría rozar lo angustioso, pero Helena respiraba tramando aventuras.

Se había perdido una parte del discurso de Andrea, quien ya estaba brindando después de que hubiese finalizado un corto vídeo de presentación de las dos nuevas clínicas en la ciudad.

—¿Te gustaron los raviolis de cordero con salsa de tomate confitado y espuma afrutada de *ricotta*^[12]? —el susurro de la voz grave de Andrea la sobrecogió, sacándola de unos pensamientos que parecía esperar ver flotar en la copa de tinto que tenía desde hacía rato en su mano.

—Sí. Todo estuvo bien —afirmó, con ganas de marcharse a disfrutar de la vida de la ciudad.

—Te sirvieron cinco, y siguen en el plato. —Apartó la silla y se sentó a su lado—. *Non mi stai dicendo la verità*^[13], Helena. —Su nombre, saliendo de los labios apetecibles de Andrea, se coló por su oído y estalló en forma de lluvia fresca en su pecho, aunque las palabras que lo precedieron la hicieron rechazar la placentera sensación—. ¿Sabes que a Pinocho le crecía la nariz cada vez que mentía? —insistió.

—Tienes buena polla. ¿Te creció por mentiroso? Para saber a qué atenerme.

—Andrea, nos esperan para las fotografías oficiales del acto —interrumpió Chiara, quien se acercó en una graciosa carrera que provocó que sus pechos botasen con alegría dentro del corsé.

Andrea deseó mandar todo aquello a la mierda, coger a Helena en sus brazos y cargarla hasta la *suite* que tenía reservada para esa noche, en la última planta del hotel, y allí poseerla una y mil veces, hasta hacer que confesara sus celos. Sin embargo, de mala gana, se abrochó la chaqueta, ajustó el nudo de la corbata y acompañó a la modelo hasta el *photocall* que habían preparado para la ocasión.

Andrea recorría el salón con la mirada, sin dejar ningún rincón atrás, pero no encontraba a Helena, y Sandro, uno de sus hombres, tampoco estaba por allí.

—Lo mataré. Juro por la memoria de mi madre que le cortaré la cabeza si se atrevió a tocar a Rapunzel —masculló, rabioso, saliendo hacia el bar, donde volvió a subir en una montaña rusa emocional al ver a Sandro en una de las mesas, sin quitarle el ojo de encima a Helena, mientras ella mantenía una animada conversación con uno de los empresarios del sector que había acudido a la cena.

Su alivio, al comprobar la inocencia de Sandro, el más joven e inocente de sus hombres, fue sustituido por el ardor que ascendió por sus tripas, hasta hacer que su cara enrojeciera, cuando fue testigo de las sonrisas que Helena le brindaba a aquel desgraciado que a ella parecía caerle tan en gracia.

—Eres muy divertida —la piropeó el hombre que pretendía robarle lo que le pertenecía.

—Ella no ha cenado. Además, se pasó con el champán. Su simpatía es producto de las burbujas —irrumpió Andrea, quitándole a Helena, de malas maneras, la copa de la mano. Ella se levantó y se encaró con él, pero Andrea se la llevó a uno de los rincones, sujeta por el brazo.

—Eres un maldito hijo de...

—¡Si acabas esa frase, te mato! —soltó con desprecio, algo que hizo que ella se encogiera y retrocediera hasta dar con la espalda en la pared de espejos.

—Me hablas mal, me confundes y, a veces, como ahora, me das miedo —balbuceó, comenzando a temblar ante la amenazante actitud del hombre enorme que actuaba como una despiadada fiera con ella.

Andrea quiso atraerla contra su pecho y abrazarla hasta que el mundo desapareciera, pero fue él quien se marchó, con Sandro siguiéndole los pasos, y dejó a Helena sin saber qué hacer y sintiéndose en la más absoluta soledad a pesar de estar en el mismo lugar que más de cien invitados.

La inquietud por lo que estaba viviendo comenzó a apropiarse de ella, algo que la empujó a salir de allí con intención de detener un taxi, idea que desechó de inmediato, al no tener con qué pagar ni a dónde dirigirse. Alterada, caminó por calles en las que sus ojos no se detuvieron a apreciar el arte de sus edificios, hasta que, con los pies adoloridos, se agachó para abrir el cierre de la pulsera de sus sandalias.

—Helena, el señor Neri siente lo sucedido.

Ella levantó la cabeza para encontrarse con Sandro, que conducía el coche en el que habían llegado.

—No quiero verlo. ¡Dile que me deje en paz!

—Vuelva conmigo y disfrute de la fiesta. El señor Neri dijo que la vería mañana. Por favor, es peligroso que esté sola por la calle a estas horas.

Helena, ante la perspectiva de pasar la noche tirada en cualquier parte, sola y sin dinero, se tragó el orgullo y se metió en el vehículo. Por su parte, Andrea respiró aliviado al recibir el mensaje de Sandro, en el que lo informaba de que la había encontrado y regresaba con ella al hotel.

A Helena le habría gustado que él estuviera allí al volver al bar, o no. Le temía, lo deseaba, la apasionaba, pero le creaba rechazo con algunas de sus actitudes. No entendía qué buscaba de ella, ni qué era lo que ella podía esperar de él. La enfurecía, pero la encendía. Pensó en Chiara y en sus largos minutos con él en el baño.

—Sé perfectamente que no sientes lo mismo con ella, Andrea Neri —musitó, y le dio un último sorbo a su cuarta copa de champán.

Acompañada por la sombra de Sandro, subió en el ascensor hasta la *suite*, introdujo la tarjeta en el dispositivo y entró sin encender la luz, quitándose las horquillas del pelo para mover la cabeza, haciendo que el cabello castaño cayera en una ondulada cascada sobre sus hombros y su espalda.

CAPÍTULO

XVIII

30 días - Serás mía

La escasa luz que iluminaba el saloncito desapareció cuando Sandro cerró la puerta a su espalda, y Helena, al sentirse sola, empezó a desatar el lazo de la blusa con la poca calma que le quedaba después de haber pasado la noche pensando en dónde estaría el señor Neri, como para haberla dejado con la única compañía de su empleado y sin la presencia de la señorita Chiara della Rocca, nombre que recordó con retintín.

—Con un puñetazo a la española, te dejo sin piños y se te acabó el chollo —rumió con desdén, al mismo tiempo que veía cómo algo o, mejor dicho, alguien, se movía frente a ella.

—Agresiva, barriobajera y mal hablada. —Andrea, excitado por lo que acababa de oír, la sorprendió con una voz profunda y ronca.

El italiano rodeó el sofá y, sin quitar los ojos de la figura de Helena, se sentó en el centro, maravillado con la imagen de diosa que, iluminada por la blanquecina luz de la luna que se filtraba a través del ventanal de la habitación, transmitía Rapunzel.

No obstante, no era su imagen lo que lograba ponerle la polla más dura que un palo de regaliz; eran ella, su mal carácter y la amenaza que Helena soltó a la nada cuando entró en la estancia. Andrea no sabía qué eran los piños, porque su español era bueno, pero no tanto; sin embargo, había entendido perfectamente que Helena quería pegarle un puñetazo a la modelo que los había acompañado esa noche, porque estaba celosa, aunque se empeñara en negarlo.

—Sandro dijo que hasta mañana no te vería.

—Helena... —Con cadencia, Andrea movió el vaso que tenía en la mano y agitó el whisky con hielo que se había servido mientras ella abría la puerta—. Sandro dice lo que le ordenan. —Dio un trago a la bebida—. ¿Te has divertido?

—Os eché de menos. A ti y a doña sonrisa Profidén. Pensé que pasarías la noche con ella.

Y ahí estaba de nuevo Helena y la incontrolable de su lengua, echándole en cara cosas que no tenía derecho a reprochar, pero que Andrea le permitía debido a que le resultaban gratamente satisfactorias las disputas con ella.

—¿Quién ha dicho que no haya estado con ella hasta ahora? —habló en un tono bajo y velado—. Quizá por eso me fui. Para que tú pudieras divertirte a tu manera, sin que mi presencia te coartara, mientras yo disfrutaba a la mía.

—Y, ¿cuál es la tuya, Andrea? —soltó con rabia, empezando, de nuevo, a desnudarse.

—¡Oh, Helena! —En esa ocasión fue él quien la señaló, alzando el dedo índice de la mano que sostenía el whisky—. Conoces de sobra cómo me divierto.

Ella lo miró y, aunque no podía ver su rostro, porque Andrea tenía la luna a su espalda, supo que estaba sonriendo de forma burlona y, ser consciente de que se estaba riendo de ella, la enfadó aún más. Tiró la blusa roja al suelo y caminó hacia el italiano, bajando la cremallera de la falda que aún llevaba puesta.

—Pues yo no me he divertido. Estaba demasiado... sola. —Se detuvo a medio paso de él y movió las caderas con suavidad, empujando la falda hacia abajo, buscando que se deslizase por sus piernas de forma sensual.

—¿Quieres un compañero de juegos? —Andrea le siguió la corriente, con ganas de ver cómo, en esa ocasión, Helena llevaba el control de sus cuerpos.

—No. —Levantó los pies y, saliendo de la circunferencia que había formado la falda alrededor de ella, se puso a horcajadas sobre él—. Querías que jugara sola y eso voy a hacer.

Helena pegó su sexo, cubierto por un minúsculo tanga de encaje rojo, a conjunto con el sujetador y el ligero que Andrea había tenido el gusto de pagar la tarde anterior en una exclusiva tienda de lencería, a la abultada entrepierna del italiano.

Que el rojo era el color de las putas, había sido, desde siempre, una creencia de Andrea, pero también lo era la de que la mujer perfecta debía ser una dama de cara a la sociedad, y la más puta de todas en la privacidad.

Babeó, inconscientemente, al ver cómo el dichoso color predominaba entre ellos y sobre el cuerpo de Helena, quien había tenido la dicha de ponerse un ligero que deseaba arrancarle con los dientes, para después follársela solo con aquellas sandalias de tacón fino que se dejó puestas.

La española era la imagen de la dulzura, mezclada con un comportamiento de bárbara, al tiempo que sacaba su lengua de víbora y, como no, paseaba a su zorra interior cuando estaba con él a solas.

Se le escapó una respiración pesada al ver cómo Helena colaba la mano dentro de aquel tanga que no tapaba nada, y se contuvo cuando la sintió entre sus cuerpos; acariciándose el clítoris al tiempo que lo cabalgaba sin haberse metido su polla en el coño, porque ni siquiera le había desabrochado la cremallera del pantalón.

Una parte de él deseaba arrancarle la poca tela que cubría su cuerpo y penetrarla. Levantarse del sofá con ella a horcajadas y follársela de pie en aquel mismo lugar. En cambio, se contuvo y dio un nuevo trago a su whisky, mientras ella, apoyada en su hombro, seguía masturbándose.

Pese a que el italiano no daba signos de debilidad, manteniéndose estoico y sin inmutarse ante aquella situación, Helena sentía su mirada hambrienta sobre ella, haciéndola creer que, por una vez, podía hacerle pagar los instantes en los que Andrea la hizo verse poca cosa.

Abrigar el calor del cuerpo del italiano entre sus piernas, al tiempo que percibía la dureza de su pene tras la tela del pantalón rozándose contra sus labios inferiores, inspiró a Helena para encontrar una gustosa y maravillosa forma de autocomplacerse, al tiempo que le iba a entregar a él la visión de sus tetas. Por los polvos que habían echado, Helena estaba convencida de que Andrea estaba obsesionado con esa parte de la anatomía femenina, más concretamente con manosearlas y mordisquearlas.

La española se abrió más y bajó la pelvis, apretando sus sexos más de lo que ya lo estaban y, con un movimiento suave y sensual, balanceó la cadera adelante y atrás; frotándose

contra la erección más dura de todas las que Andrea le había mostrado hasta ese momento.

Sacó las tetas por encima de la tela del sujetador y, tal como estaba, con la viscosa excitación que empapaba su sexo entre los dedos de la mano con la que segundos antes se daba placer, se las agarró con fuerza; alternando estrujones, caricias y pellizcos en sus pezones, sin dejar de bailar encima de la polla de Andrea, igual que si él fuera un muñeco hinchable.

—Mi satisfyer —gimió, percibiendo cómo el placer se extendía por su cuerpo mucho mejor que si estuviera usando el dichoso aparatito que, a diferencia de Andrea, se quedaba sin batería en el peor momento posible, no la tocaba de la misma forma que él le tenía agarrado el culo, y mucho menos, le lamía las tetas con devoción.

Sentirse ofendido y enfadarse, o alegrarse por el posesivo que había usado y reírse porque aquel detalle era real. Helena lo estaba usando como si fuera un consolador, aunque la ola de placer que la movía a ella a continuar frotándose contra su verga, también lo estaba volviendo loco a él, a pesar de que, por orgullo, se negaba a que Helena viera lo mucho que le estaba gustando; motivo por el cual se mordía la lengua cada vez que un gemido intentaba escaparse de su boca, o contenía las ganas de dejar de ser un caballo al que la española estaba montando, para convertirla a ella en una perra a la que poder follarse a cuatro patas.

Verla ruborizada, con el pelo alocado y la boca entreabierta, gimiendo y humedeciéndose los labios con la punta de la lengua a cada segundo, le recordó a Gloria Guida, su icono sexual de la adolescencia, en la maravillosa película *La edad de la inocencia*, en donde una chica inexperta descubre el placer del sexo a manos de un hombre experimentado.

Helena no podía más. Percibía el ardor inicial del orgasmo acumularse entre sus piernas y sabía que iba a correrse, por lo que detenerse, en ese momento, ya no era una opción. Aunque a una parte de ella le hubiera gustado sentir a Andrea de nuevo en su interior, llenándola con su fuerza bruta y poseyéndola con aura autoritaria, necesitaba, de alguna forma, decirle que estaba enfadada por dejarla sola e irse con otra.

Gimió. Echó la cabeza hacia atrás y contempló el techo sin dejar de frotarse contra él, a la vez que pellizcaba sus pezones con más fuerza. Aceleró el vaivén de sus caderas y aumentó la presión contra el falo del italiano cuando el temblor del frenesí se hizo presente en sus muslos, al mismo tiempo que empapaba la bragueta de Andrea, quien empezaba a ser más una obsesión que el simple deseo de ligarse a un italiano.

—*Sono come un fottuto adolescente*^[14] —soltó Andrea en medio de una respiración irregular cuando Helena se desplomó sobre él, justo después de que ella hubiera disfrutado de su orgasmo y él del suyo.

Aunque él se había corrido dentro de los calzoncillos, como cuando era un chiquillo al que se le escapaba la baba por la boca y el escupitajo por la polla al espiar a la niñera que su padre había contratado para cuidarlo, mientras ella se duchaba.

—¿Acabas de llamarme adolescente? —Helena se incorporó, aunque hubiera preferido quedarse quieta sobre él y que al final fuera Andrea quien la llevara a la cama en sus brazos.

—Te has frotado contra mí como si estuvieras en celo y con las hormonas revolucionadas. ¿Qué quieres que piense? —Le dio la vuelta a la frase que había dicho.

—Creo que, en vez de dentista, deberías haber sido juez. —Helena se levantó y se alejó de Andrea, caminando hacia la habitación.

—¿Por qué? —Andrea sonrió complacido, al admirar a Helena con su conjunto liguero en color rojo, meneando el culo en cada paso que daba sobre aquellos tacones que él esperaba poder ver, en sus pies, en más ocasiones.

—Porque te encanta juzgar a la gente, aunque se te da muy mal.

Helena agarró los finos hilos que sostenían el tanga sobre sus caderas y se quitó la prenda, agachándose y regalando, así, una visión de su trasero en pompa a Andrea, que notó cómo su polla volvía a ponerse completamente dura tras el pequeño instante de relax que estaba teniendo.

—Andrea. —Helena movió el tanga, que colgaba sobre su dedo índice, delante de ella—. Otro más para tu colección. —Triste, aunque convencida de que él no podría verla, tiró el tanga en su dirección—. Me gustaría dormir sola, tal como estuve toda la noche de hoy. — Cruzó el umbral de la puerta de su dormitorio y cerró la puerta a su espalda.

Andrea giró el rostro hacia su izquierda y, sorprendido por la puntería, contempló el tanga de Helena, que había aterrizado sobre su hombro. Lo cogió y estrujó en su puño, notando la humedad de su orgasmo en la tela.

—Ni puta, ni monja. Es la reina del inframundo que vino para quemarme las entrañas.

CAPÍTULO

XIX

30 días - Serás mía

Helena se estiró en la cama, dio un par de vueltas, buscando no sabía bien qué con la mano, y entreabrió los ojos para volver a cerrarlos, cegada por la luz del sol que entraba a raudales por la ventana. Con un gemido, por la punzada que sintió en la sien, volvió a recostar la cabeza sobre la almohada blanca, suave y fresca, tras su intento frustrado de levantarse para ir al baño.

El tejido ligero de las sábanas acarició la piel de su cuerpo desnudo. Algo tan simple y cotidiano le trajo el recuerdo del placer que sentía cuando Andrea lamía su cuello, amasaba sus pechos con sus grandes manos y arrasaba su sexo, haciendo que perdiera la noción del tiempo y la cordura de la que siempre había hecho gala.

Varias imágenes de la noche anterior, como fotografías desenfocadas, pasaron por su mente. Andrea; las copas de champán; los platos ostentosos; las lámparas de cristal; los invitados, algunos de ellos con la misma aura de poder que emanaba de su italiano, y el sonido de los jadeos, entre los que se corrió sobre las piernas del hombre que la volvía loca.

Se sonrojó sin remedio al volver a revivir la placentera sensación que experimentó cuando vio que él se corría sin que ella lo tocara, y eso hizo que se levantara de golpe, entrara al aseo para darse una ducha rápida y saliera, solo cubierta por el albornoz del hotel, para ir a tocar a la puerta que separaba su habitación de la de Andrea.

—Buenos días. ¿Estás despierto? —preguntó sin alzar demasiado la voz—. Andrea, ¿me oyes? ¿Estás enfadado por lo de anoche? No debiste hacerme caso. Te pedí que me dejases dormir, pero no quería eso. —Se mordió la uña roja de su pulgar con nerviosismo. Al ver que no respondía, abrió la puerta, encontrándose la cama perfectamente hecha, como si él no hubiera dormido allí—. ¿Dónde pasaste la noche?

—¿Helena? —reconoció la voz de Sandro, llamándola desde el salón—. Le dejo aquí las pastillas y el zumo. El señor está en el gimnasio, desde allí, irá al restaurante. La espera para desayunar en unos treinta minutos.

—¿Pastillas? —Intrigada, se acercó para coger el blíster que Sandro dejó sobre la mesa.

—El señor Neri me informó de que las necesita para el dolor de cabeza. —Se encogió de hombros, y Helena no supo cómo tomarse aquel gesto que Andrea acababa de tener con ella.

Él la cuidaba.

En el gimnasio de la última planta, con vistas panorámicas a la ciudad, Davide aguantaba el saco de boxeo mientras Andrea le asestaba un golpe tras otro.

—Te aviso de que el saco es un objeto sin vida. Digo, por si tu intención es matarlo a golpes.

—Suéltalo y ponte tú —jadeó, lanzando el último gancho.

—¿Qué? —Davide, incrédulo, puso las manos en alto—. No tengo guantes.

Andrea se quitó los suyos y se los lanzó.

—Ahora, ya los tienes —. Sin darle tiempo a acabar de abrochárselos, Andrea dio por terminada la sesión con un *uppercut*^[15] que impactó con fuerza en el mentón de su hombre de confianza, haciendo que retrocediese, con un filo hilo escarlata descendiendo por la comisura de su boca.

—Acabas de romperme un diente, ¡maldito cabrón! —gruñó malhumorado, sacando su mano del guante para limpiarse la sangre que comenzaba a gotear en el suelo.

—Eso es lo que sucede si bajas la guardia. ¿Así pretendes protegerme? —Andrea rio socarrón—. Avisa a Sandro de que cubra tu puesto y ve a la clínica más cercana para que te lo arreglen —ofreció despreocupado, yéndose hacia la zona de duchas.

Abrió el grifo del agua, y una lluvia templada comenzó a mojar su espalda, ancha y fuerte, en la que cada músculo, perfectamente definido, componía una atractiva y maravillosa obra de arte.

Apoyó las palmas de las manos en los azulejos grises de la pared, y cerró los ojos, recreándose en el recuerdo de Helena, con su pecho libre y levemente rosado por el efecto de los rayos solares, sentada en la hamaca del jardín de su casa, al que salió con un zumo de naranjas recién exprimidas en una copa azul, como la braga del minúsculo bikini con el que caminaba despreocupada por el lugar, ajena a la mirada del vecino de la casa de enfrente, siempre atento a las novedades que se paseaban por allí.

El comentario que ella le había hecho durante el vuelo, lo animó a buscar el móvil, en la oscuridad de la habitación de la *suite*, para buscar las grabaciones de las cámaras de seguridad y presenciar así el sensual espectáculo con el que consiguió dormir relajado tras dejar en las sábanas de la cama una gran parte del deseo, hecho líquido, que sentía por la mujer que había llegado a su vida para tentarlo, logrando que pasara las veinticuatro horas del día en modo combustión.

Puso un poco de jabón de naranja y bergamota en su mano y enjabonó su polla, dura solo de pensar en su Rapunzel, princesa raptada que ni siquiera llegó a estar custodiada bajo llave en la torre en la que su carcelero tenía intención de encerrarla en cuanto la tuviera en su poder, y dejó escapar un sonido gutural, ronco y breve, al preguntarse cómo sería el tacto de las tetas de Helena envolviendo su falo. Fastidiado, se enjuagó sin finalizar lo que había comenzado, y se envolvió la cintura con la toalla que colgaba de un pequeño gancho de marfil.

Sacó de su bolsa de deporte la ropa que llevaba para cambiarse y, aparcando la absurda idea de subir a buscar a Helena para que satisficiera su capricho, se dirigió al restaurante, donde sonrió complacido, al verla con una falda corta de vuelo, en color amarillo, estampada de diminutas mariposas azules, y una camiseta blanca que mostraba la parte justa de su generoso y provocativo escote.

—Buenos días, Rapunzel —saludó de buen humor, bajándose las gafas de sol.

—Buenos días, Pinocho. —Lo observó por encima del borde superior de la carta.

—Si te portas bien, pronto tendrás mi nariz hurgando entre tus piernas —la gustosa amenaza que dejó en el oído de Helena, hizo que ella soltara un suspiro.

—¿Qué consideras que es portarse bien? —Alzó la ceja, aguardando escuchar la lista de requisitos, mientras él tomaba asiento a su lado y metía la mano bajo el mantel de lino blanco, para colarse, directamente, entre sus muslos, ayudado por la escasa tela de su falda, algo que la cogió de improviso.

—Desayunaremos, haremos turismo, iremos a comer a un lugar bonito, te practicaré el exorcismo de la diablesa que anoche se apoderó de ti —enumeró, sin dejar de mover su dedo medio sobre la tela de sus braguitas finas de un suave tono vainilla, ante lo que Helena miraba a uno y otro lado de la sala, por si alguien estaba siendo consciente de lo que él le hacía—, y volarás de regreso a Florencia, porque yo debo ocuparme de ciertos asuntos en Nápoles. Tardaré unos días en verte, por lo que hoy me aprovecharé de ti.

—No quiero —balbuceó, apretando los puños que se sujetaban con fuerza al asiento de la silla.

—No he parado de acariciarte —se acercó a ella, con los labios a escasos milímetros de su frente.

—Que no quiero que me dejes sola —expresó, con la mirada brillando de necesidad.

—Voy a mirar el expositor de los dulces. El rollo de pistachos tiene una pinta realmente buena. —Se alejó de pronto de ella.

No era bueno lo que vio en los ojos de Rapunzel. Ella se iría en cuanto él cobrase su deuda. Era solo un polvo. Carraspeó, admitiéndose a sí mismo que eran unos polvos gloriosos, pero debían quedarse solo en eso; sexo, sin mayor implicación.

CAPÍTULO

XX

30 días - Serás mía

Estaba siendo un día idílico, en el que Andrea y Helena recorrieron el centro de la ciudad, visitando los monumentos más importantes, además de aquellos menos conocidos por el turismo, pero que poseían más encanto que el gran Coliseo romano, con toda la fama que tenía. Al menos esa era la opinión de Andrea y lo que pensaba Helena cada vez que miraba, con todo el disimulo que tenía, que no era ninguno, al italiano, quien era el monumento más imponente de Roma para ella.

Él ni siquiera se detuvo a pensar en el porqué de haber organizado aquel día con Helena, cuando, al principio de secuestrarla, en su mente bailaba la idea de follársela, porque estaba buena, pero nada más. Sin embargo, acabó paseando con ella por las calles más románticas de la Ciudad Eterna, entregando a Rapunzel todos los detalles de una cita oficial, aunque evitando, en todo momento, tomar la mano de la española, a pesar de que ella rozaba la suya buscando su contacto en cada uno de sus pasos.

Lo último que Andrea programó para ese día, fue una visita a una parte de los Museos Vaticanos, los cuales era imposible ver en su totalidad en la misma jornada, y, al igual que hizo con el resto de los lugares que vieron, en ese, planeó al detalle todo lo que iban a hacer. Pues allí, Andrea deseaba cumplir una de sus atrevidas fantasías. Un deseo que no había llevado a cabo con anterioridad, porque la tentación que lo acompañaba, no era tan jugosa como para correr el riesgo. No obstante, en su mente rondaba la pregunta de si Helena estaría dispuesta a participar en su peculiar manera de ver el sexo para hacerla realidad.

—Menos mal que estamos en el Vaticano —murmuró Helena, esperando que solo Andrea estuviera atento a ella y no los guardaespaldas, que no quería que la escucharan—. He visto más hombres desnudos hoy que en toda mi vida.

—¿Hombres desnudos en un lugar santo?! —Andrea elevó la voz usando un tono burlón, como si estuviera escandalizado.

—Sí —susurró Helena, ruborizada, al ver que un vigilante los observaba.

—Y, ¿eso lo dices por este, que es todo polla? —señaló el Torso del Belvedere—. ¿O por... —se mostró pensativo— el valiente de Laocoonte, que se pone a luchar contra unas serpientes con la suya suelta?

Helena rio por lo bajo y, buscando con Andrea un contacto que él llevaba esquivando todo el día, se escondió contra su pecho, simulando un nivel de vergüenza que, en realidad, no sentía. El italiano, en un primer momento, y sorprendido por el gesto de Helena, alzó las manos y a punto estuvo de abrazarla; sin embargo, tardó poco en decidir que el mejor lugar para ponerlas, eran los bolsillos del pantalón.

—Las estatuas son impresionantes. Están hechas con tanto detalle que alguna parece tener vida —habló, alzando el rostro hacia el italiano y apoyada contra su pecho.

—Para vida, la que tengo entre mis piernas. Si te pegas un poco más a mí, podrás sentirla a la altura de tu ombligo.

—No te entiendo. —Helena apoyó, de nuevo, la cabeza en su pecho, aprovechando que en esa ocasión no se alejó de ella, aunque tampoco le devolvió el abrazo—. Llevas todo el día evitando tocarme, y ahora, de repente, quieres que me pegue a ti para sentirte.

—No, Helena. —La agarró por el mentón y la obligó a mirarlo—. Llevo todo el día evitando agarrar tu mano, porque ese es un gesto de pareja enamorada... —sonrió atrevido—, nosotros follamos, no hacemos el amor. Además, siempre he pensado que las parejas que muestran públicamente cuánto se quieren, es porque, en privado, ni se miran.

—Está bien. —Helena dio un paso hacia atrás, alejándose de Andrea—. Ya sé que no somos nada, no hacía falta que me lo recordaras.

No estaba enfadada, pero sí defraudada consigo misma por haber soñado con que un hombre como Andrea Neri, quien rompía vestidos de miles de euros porque los veía ofensivos, pudiera fijarse en una limpiadora que a duras penas llegaba a fin de mes, a pesar de que toda la ropa que tenía en su maleta, había salido de un mercadillo de los de tres bragas a cinco euros.

—¡Oh, Helena! —Andrea, viendo que su fantasía podía esfumarse por una tontería, dio dos pasos y la atrapó, pasando su brazo por encima de sus hombros—. Tú eres una damisela en apuros y yo tu héroe. Como Rapunzel y... —sonrió pícaro.

—¿Flynn? —Helena se mostró entusiasmada—. El príncipe que rescata a Rapunzel, y después se enamoran.

—También era ladrón, ¿recuerdas? —Helena asintió—. Pues sí, creo que puedo ser Flynn, porque, de alguna forma, encajamos.

Y sin más aclaraciones por parte de Andrea, puesto que sentía que Helena ya estaba feliz, y con eso predispuesta a cualquier locura que se le pudiera ocurrir a él, pasó a la siguiente sala con ella caminando bajo su brazo.

Helena era consciente de que, por mucho que Andrea le diera la razón, ellos no eran Rapunzel y Flynn, aunque él la hubiera salvado de los malos. Aun así, se dejó llevar por el italiano, sabiendo que, de su mano, el mundo se bailaba con una banda sonora distinta a la que ella había escuchado toda su vida, y sentía que era una pena no practicar esa coreografía mientras él quisiera compartirla con ella.

La visita continuó guiada por el italiano, que parecía conocer la historia de cada obra de arte de las que iban viendo a su paso. Primero, recorrieron un largo pasillo, al que él llamó la Galería de los Telares; donde Helena pudo contemplar algunos momentos de la historia religiosa, confeccionados con un asombroso nivel de detalle y plasmados en lienzos de tela del tamaño de una pared. Después de eso, pasaron a la Galería de los Mapas, y allí, observando los frescos que decoraban sus paredes, la española conoció la cartografía de las regiones que formaban la península. Además, supo, sin sorprenderse, que Andrea conocía cada rincón de su país natal, pues la hizo partícipe de anécdotas, curiosidades y lugares

que captaron su atención, in situ, de las ciudades principales.

Rapunzel se sentía arropada por su caballero. Él, a pesar de la aglomeración de gente que había en el Vaticano, no la soltó en ningún momento. Pero daba igual que Helena pensara que aquella zona estaba a rebosar de visitantes, porque la sorpresa se la llevó al llegar a la antesala de la Capilla Sixtina, donde los visitantes esperaban, amontonados y con paciencia, a que fuera su turno para poder entrar al lugar más reconocido de aquel minúsculo país.

—¿Necesitas ir al servicio? —preguntó Andrea señalando hacia un pasillo en el que Helena pudo ver una discreta indicación que anunciaba un baño público.

—No, y ¿tú? —Lo miró, achicando los ojos con desconfianza.

—Puede ser.

Como no la había soltado, cuando Andrea empezó a caminar en esa dirección, ella siguió sus pasos, pero, al estar en la puerta del servicio, él hizo que se fijara en un nuevo cartel.

—Estoy pensando que podemos tomarnos algo fresco en la zona de descanso que hay ahí —cabeceó hacia el letrero.

—¿De verdad hay una cafetería abierta al público aquí?

—No es una cafetería al uso, pero sí, podremos aliviar nuestra sed...

Helena estaba avisada por Andrea, pero, aun así, se sorprendió al salir y ver que habían construido una pequeña terraza con servicio de bar en un jardincito situado en la parte trasera de la capilla. Un lugar en el que, a pesar de no tener una extensa variedad de bebidas, podían tomarse algo fresco, y tranquilos, porque tampoco era mucha la gente que había en aquel espacio.

Andrea la guio hacia un extremo del mostrador y allí esperaron unos segundos a que uno de los camareros los atendiera. Sin embargo, no ocurrió nada de lo que Helena creía que iba a tener lugar, ya que, de pronto, Andrea tiró de ella y la llevó hasta el lateral de la pequeña caseta que hacía de bar.

—¿Confías en mí? —El italiano la miró con complicidad y mostrando su sonrisa más canalla.

Helena asintió como respuesta y muda por la sorpresa, pensando en la fragilidad que caracterizaba a la confianza ciega que tenía depositada sobre Andrea, quien, sin perder el tiempo, la arrastró hasta la parte trasera del local, un lugar apartado de ojos curiosos, aunque a un paso de miradas obscenas y con ganas de disfrutar del placer ajeno.

—¿Qué hacemos aquí? —susurró ella, desconcertada.

—Follar, Helena —susurró Andrea, con los labios rozando la piel del cuello de Rapunzel, al tiempo que colaba una mano por debajo de su camiseta—. ¿Te haces una idea de lo caro que me ha salido que te dejaran entrar con esta ropa?

—Debiste haberme dicho que me pusiera otra cosa, no hacía falta que... —Helena no pudo continuar al notar la fuerza de los dedos de Andrea apretando la delicada carne de su pezón.

—En el Vaticano, no están permitidos los escotes, ni las camisetas de tirantes, y mucho menos, las minifaldas. —Helena respondió con un jadeo al notar la mano de Neri acariciando el centro de su sexo por encima de la braga—. Pero a mí me encanta romper las reglas, saltarme las normas y encontrar el valor que la gente pone a su lealtad y a sus convicciones.

—Andrea, yo...

—Desde que te he visto... esta mañana —añadió después de una pequeña pausa—, he deseado romper con todo decoro y cumplir una fantasía. Así que, no me detengas, Helena, porque follarte en el Vaticano es invaluable y mi mejor inversión.

No hubo tiempo para Helena y su idea de rebatir aquella frase que no sabía cómo interpretar.

Andrea se apoderó de su boca al tiempo que aumentaba su excitación frotándole el clítoris. Haciéndole sentir aquel instante de pasión como un arrebató de lujuria rápido y sin tiempo para preliminares tontos, en los que ella disfrutaría de él y su cuerpo, o él de acariciarla con el detenimiento y la maestría de otras ocasiones.

Percibió algo húmedo rozándole el interior del muslo e imaginó que en aquel escenario tampoco se desharían de su ropa, y que, como siempre, Andrea tan solo dejaría salir su pene del interior de sus pantalones.

La agarró de la pierna y la ayudó a alzarla justo antes de apartar la braga a un lado de su sexo y penetrarla sin compasión, fuerte, rudo y hasta el fondo. Provocándole un gemido que se podía considerar demasiado elevado para el riesgo que estaban corriendo.

La mano de Andrea encerró su boca y a Helena la alzó, sin abandonar el abrigo de su vagina, hasta que su espalda tocó la pared, permitiendo que ella encontrase un punto firme donde apoyarse mientras él embestía su coño con necesidad.

—*Silenzio*, Rapunzel. *Non vogliamo finire nelle segrete del Vaticano*^[16] —susurró entre gemidos suaves y sin liberar los labios de Helena para que ella dejara salir la demostración sonora del placer que le estaba proporcionando todo aquello.

Helena sentía la adrenalina de que los pillaran y también de que los espieran. Además, en su mente, se imaginaba que alguien pudiera estar masturbándose a cuenta de ellos, lo cual causaba que se excitara aún más. A mayores, presentía el goce extremo que estaba teniendo Andrea, su pasión y el mimo que le estaba entregando en ese momento a través de cada uno de sus envites.

Helena, en su despiste, se había dado cuenta de que anhelaba muchas cosas que él no iba a entregarle porque no quería dárselas y porque, seguramente, tampoco estaba dispuesto a renunciar a su libertinaje por nadie, y mucho menos por ella. Por lo tanto, en su deseo por él, ella tenía claro que iba a agarrar cada segundo que Andrea estuviera dispuesto a darle, aunque todo lo que compartieran, se resumiera en follar.

La mano de él volvió a pasar de sus labios a su clítoris, entregando caricias de fuego al centro de su cuerpo, mientras que su lengua tomaba posesión de los jadeos de Helena, deseando saciar el apetito que sentía por ella.

Como si se hubiera pasado toda una vida a dieta y muerto de hambre por sentir cómo se corría ella, Andrea la penetraba idolatrando una comodidad que solo disfrutaba entre las paredes de su sexo.

Andrea notó, debido al orgasmo que empezaba a tomar el control de sus movimientos, la presión en la base del pene, la dureza a lo largo y el palpar de sus venas hinchadas en el falo, y Helena tembló ante el cosquilleo que le producía toda la lascivia que él descargaba dentro de ella y fuera, logrando, sin dejar de masturbarla, que ella alcanzara el clímax del vicio.

Fue rápido, pero planeado y cargado de deseo por parte de Andrea, y admitido y ansiado por Helena, quien, en su afán de coger todo de él, era capaz de consentir sus caprichos. Y, además, fue admirado por quien se dio cuenta de que una pareja se había perdido en una zona del Vaticano vetada al público.

—*Cazzo*, Helena. *Potrei stare così, con te, tutto il giorno*^[17].

—Yo te nece... —empezó a hablar, pero se detuvo cuando se dio cuenta de que estaba a punto de decir algo que no debía—. Te echaré de menos, espero que no me dejes sola mucho tiempo.

CAPÍTULO

XXII

30 días - Serás mía

Andrea no sabía exactamente lo que era, pero había algo en aquel idílico paisaje que se extendía ante sus ojos, que conseguía ponerle el vello de punta. El azul radiante del cielo, en contraste con el verde de las suaves colinas, y la calma que respiraba, totalmente opuesta al rugido de su Ferrari. El conjunto, aunque contradictorio, le parecía descaradamente reconfortante, demasiado, para el asunto al que acudía a la ciudad como un reo que camina hacia el patíbulo.

—Patrizio se empeña en achacarle a Ben la pérdida de tres de sus mejores hombres. — Andrea se dirigió a Davide, que ocupaba el asiento del copiloto, mientras que Sandro, detrás de ellos, permanecía ajeno a la conversación, con los ojos cerrados tras las gafas de sol.

—¿Le crees? —Davide, incómodo, se pasó el pulgar por la nariz, y ganas no le faltaban de partírsela a Patrizio Di Martino en cuanto lo tuviera delante.

—Seguramente exigirá una reparación importante por lo sucedido. Me temo que Ben deberá pagar un alto precio por la traición que, según Di Martino, cometió.

—No te pregunté el precio, sino si tú también piensas que Ben nos la jugó.

—En ningún momento dudé de él. Sé que cuento con su total lealtad. Su padre trabajó para mi tío Dante, y estoy seguro de que jamás nos vendería. Es mucho lo que le deben a mi familia. —Se aferró con fuerza al volante, como si por ello fuera a encontrar la salida a la situación que debía enfrentar.

—¿Entonces? —Davide quería estar preparado para afrontar lo que viniera, y necesitaba saber qué pensaba su jefe y amigo, para apoyarlo en lo que necesitara.

—Ver, oír, y negociar. Ya veremos lo que encontramos en la mansión de Di Martino. Escucharé lo que tenga que decirme y negociaré para que el acuerdo sea lo más favorable posible para nosotros —torció el gesto. No deseaba desmoralizar a Davide anticipando lo que él pensaba que no sería un encuentro agradable ni fácil.

—¿Entregarás a Ben? —insistió, quitándose las gafas oscuras para buscar la mirada de Andrea.

—No se traiciona a la familia, Davide. Y, hablando de todo un poco, ¿recuerdas tu llegada a casa? —desvió el tema a su niñez, un asunto que siempre conseguía ponerlo de buen

humor.

—No. Éramos pequeños. No creo que te acuerdes tú tampoco.

—¿Que no lo recuerdo? —Andrea soltó una carcajada que espabiló de golpe a Sandro, que comenzó a sacudirse la camisa con nerviosismo, esperando no haber sido descubierto durmiendo.

—La conversación no va contigo, puedes seguir roncando —expresó, burlón, Andrea, con la mirada fija en él a través del retrovisor—. Salí a despedir al maestro que venía a casa, y nada más poner los pies fuera del porche, vi un raro ejemplar de simio colgado de uno de los frutales. —Davide achicó los ojos, ya que Andrea jamás le había hablado de aquello.

—Es cierto, me gustaba trepar a los árboles, sin embargo, el primer recuerdo que tengo de ti, es tu cara de fastidio cuando la profesora de música te exigió repetir por tercera vez aquella pieza con el chelo.

—Tenía un buen culo.

—¿En eso pensabas con once años? —lo provocó, con una sonrisa divertida.

—Es más interesante tocar un culo redondo y prieto, con disimulo, que colgar bocabajo de la rama de un árbol.

—¿Un culo como el de Rapunzel? —volvió a picar, mencionando esta vez a la prisionera más libre que había conocido.

—Ella es la que cuelga de mi rama. Formamos un tándem interesante —expresó sin apartar la atención de la carretera.

—Te la cepillaste en un lugar en el que había unas mil personas en ese momento, supongo que sí, que sientes algo por ella...

—No te confundas, Davide. No siento nada más allá del alivio de mis huevos cuando descargo en ella.

—¿Cuándo? —una simple palabra, pero una pregunta que Andrea sabía perfectamente a lo que iba referida.

—Aún no tengo las escrituras del hermano ludópata.

—¿Me la entregarás a mí, o la dejarás en manos de Nico, como a la puta que te follaste aquella noche?

Andrea golpeó el volante, furioso, y su respiración se agitó, a la vez que soltaba una maldición tras otra contra su amigo.

—Rapunzel es mía. Seré yo quien se encargue de ella.

Davide asintió, esperanzado, al comprobar que su amigo estaba comenzando a sentir algo especial por la española. Puestos a servirle a la mujer de su jefe, prefería la inocencia y los arrebatos de Helena a los de cualquier otra con la que pudiera implicarse Andrea.

—Al fin en Nápoles —indicó Sandro, que intervino al ver que ambos callaban.

—El lugar perfecto para comenzar o morir —musitó Andrea, sin poder desprenderse de las malas vibraciones que le apretaban el pecho.

CAPÍTULO

XXIII

30 días - Serás mía

El abrazo del calor sofocante recibió a Andrea al apearse del Ferrari, justo en la entrada de la mansión propiedad de su tío en Nápoles. Antes de su reunión con Di Martino, debía conversar con él para conocer su opinión y cómo él afrontaría todo lo que había sucedido con el que, hasta hacía unos días, era uno de sus más poderosos aliados en aquel territorio.

Sandro le ofreció la chaqueta que había dejado en el asiento trasero y allí, con mirada gélida y la mandíbula tensa, se la puso y se ajustó el nudo de la corbata negra antes de decidirse a llamar al timbre.

Dante los recibió, bajando las escaleras de mármol blanco con una sonrisa en el rostro por la dicha que le producía volver a ver a su sobrino y estrechó a Andrea entre sus brazos, poniendo el mismo cariño con el que lo hacía con sus dos hijos.

—No pude asistir a la inauguración de Roma. Sabes cómo está aquí la situación —se disculpó el hombre, bastante más bajo que Andrea, pasando la mano por su cabello corto y plateado—. ¿Qué tal está tu hermana?

—Ella está bien. Lo sé. Yo también estuve pendiente, aunque no podía suspender la fiesta ni ausentarme. La imagen que debemos mostrar es de completa normalidad. —Comenzó a caminar tras los pasos de su tío, que se dirigía al despacho para que pudiesen conversar con mayor privacidad.

Tan solo cerrar la puerta, Anna entró sin llamar, yendo directamente a saludar con dos impetuosos besos a su sobrino.

—¡Cuánto tiempo sin pisar esta casa! —Los ojos verdes de la mujer brillaban de emoción, contemplando al hijo de su fallecida hermana Camilla.

—Puedo decir lo mismo de ti. Hace mucho que no te veo por Florencia. —respondió seductor.

—Disculpad la intromisión, pero tenía que venir a verte. Os dejo ahora para que tratéis vuestros asuntos. —Cogió la mano de su sobrino entre las suyas y se acercó para despedirse con un último beso, que le dio, poniéndose de puntillas a pesar de llevar unos salones de considerable tacón.

—Davide está en la sala. Sé que tienes debilidad por él. —Andrea le guiñó el ojo con

complicidad, y Anna salió para ir a abrazar al hombre que acompañaba a su sobrino desde que eran niños, y a quien consideraba un miembro más de la familia.

—¡Oh, las mujeres! —resopló Dante, y tomó asiento en su sillón de cuero marrón que pareció querer engullirlo.

—¿Qué sería de nosotros sin ellas? —soltó Andrea, sin ser consciente, mientras se abría la chaqueta para sentarse en una de las butacas frente a su tío.

—Interesante... —Dante se inclinó hacia delante, poniendo los codos en la mesa.

—¿Qué es lo que te lo pareció?

—¿Estás enamorado?

—Tío, no tengo tiempo para esas cosas. Pensé en mi madre. Sin ella, yo no estaría aquí. Mi afirmación no iba por el lado romántico de nada.

—Salvatore hablaba de forma parecida, y ahora no piensa en nada que no sea la hora de las citas con su novia Valeria —meneó la cabeza como señal de disgusto.

—No conocía la relación de mi primo.

—Es una Russo.

Andrea dejó escapar una carcajada, ya que, aunque a su tío no le agradara que Salvatore se dispersara, la relación con esa mujer le aseguraba nuevas alianzas.

—No te quejes, tío. Te suponen socios fiables.

—Eso sí —concedió Dante, apoyando la espalda en el respaldo.

—Y enemigos de cuidado en el caso de que mi primo la joda con ella. Sabes que no se andan con tonterías. —El rostro de su tío adquirió un repentino tono pálido ante la evidencia en la que no había caído hasta ese momento.

—Es complicado, sí —musitó al fin.

—En vez de molestarte que él esté pendiente de ella, procura que le lleve flores a diario para que la tal Valeria esté contenta —afirmó socarrón, sacando el teléfono para leer de un vistazo el breve informe de actividad de Helena que le había enviado su hombre de seguridad en Florencia.

—¿Todo bien?

«Con Helena, la calma es extraña» pensó, pero se limitó a afirmar con la cabeza.

—Mañana visitaré a Di Martino.

—¿Quién te acompañará? —se interesó Dante, crujiéndose los dedos con nerviosismo.

—Davide y Sandro. No traje a nadie más.

—Llévate a los hombres que consideres necesarios. Para eso está la familia.

—Me basto solo. No tengo intención de comenzar ninguna guerra con nadie. —Andrea se levantó y se dirigió a la estantería en la que había una foto de Anna con él cuando era niño.

—Tienes los mismos huevos que tu padre...

—Espero usarlos para otros fines. No es ningún halago y lo sabes —aseguró, cortante.

—¿Qué harás con lo de Ben?

—Ben está llegando a Florencia. Está bajo mi amparo y lejos de Di Martino —informó, con su mirada más inexpressiva.

—Ya conoces a Patrizio, puede ser temible. Sigue mi consejo y escoge a los hombres que necesites. En ningún momento bajas la guardia.

—No te preocupes, sé a qué atenerme.

—Hablaremos con calma tras la cena. Tu tía lleva todo el día organizando todo para darte una perfecta bienvenida, ya la conoces. —Dante se levantó y fue hacia la puerta.

—Tenía pensado quedarme en un hotel.

—Le dices a Anna que no te quedarás aquí y te aseguro que te iría peor que con Di Martino —rio, destensando el ambiente—. Salgamos, que los demás nos esperan.

CAPÍTULO

XXIII

30 días - Serás mía

La mansión de la familia Di Martino era una sobria construcción que, desde el punto de vista de Andrea, rozaba lo horterá, por lo ostentoso de todo lo que la rodeaba. Empezando por sus altos muros acompañados de unas rejas con detalles dorados que ni por asomo se veían elegantes; continuando por los arbustos que decoraban el extenso jardín, cada cual más llamativo debido a la multitud de formas que les daban los jardineros cuando los podaban, y terminando por el llamador de la puerta, hecho en cobre y con forma de langosta.

—Las excentricidades de los ricos no tienen límites —comentó Andrea antes de que un anciano, con suficientes años como para moverse encorvado, abriese la puerta de la casona.

—Tienes razón. Algunos, incluso, decoran su jardín con margaritas de los colores de la bandera de nuestra patria —se burló Davide.

—*Benvenuto, signor Neri, il signor Di Martino l'aspetta nel suo ufficio*^[18]. —Señaló la escalera.

El trío entró en la casa aparentando una tranquilidad que ninguno de ellos sentía en realidad, y esperaron a que el anciano, lento de movimientos, guiara la comitiva hacia el aburrido estudio de Patrizio di Martino, uno de los socios de Andrea.

—¿Por qué los despachos siempre están en la primera planta? —preguntó Andrea, más para sí, que para Davide o Sandro.

—Para que la tierra y la gravedad sean quienes decidan si sus enemigos mueren o viven después de una accidentada caída desde la ventana.

Andrea, que caminaba tras el mayordomo y a la cabeza de sus dos hombres, se giró y observó a Davide, al tiempo que asomaba una perspicaz sonrisa en su rostro.

—La cabeza abierta y los sesos esparcidos no me favorecen. —Andrea guardó las manos en los bolsillos del pantalón y continuó subiendo la escalera que los llevaba directamente al despacho de Di Martino.

—Yo creo que es por seguridad —expuso Sandro, como si Andrea les hubiera hecho una pregunta de examen—. La planta baja es más susceptible de ser atacada. Por eso, las dependencias privadas de la familia y el lugar donde se sitúa la caja fuerte con lo que pudieran necesitar en caso de huida, se encuentran en la primera planta. Quien llegue al hogar

dispuesto a hacer daño a la familia, deberá superar la barrera de la seguridad que haya en el domicilio.

Andrea se detuvo ante la explicación de Sandro y asintió, conforme, mirando al más joven de sus hombres.

—¿Cómo llegaste a una conclusión tan acertada? —curioseó.

—Por la señorita Helena. Usted eligió para ella la habitación de la torre, que es la más alejada a las entradas de la casa de campo.

Davide rompió a reír cuando Sandro expuso sus conclusiones y al ver la cara de póquer que se le quedó a Andrea cuando lo escuchó, consciente de que, para todo el personal, Helena no aparentaba ser esa prisionera que Neri se empeñaba en decir que era.

—*Signor Di Martino, il signor Neri è arrivato accompagnato da due dei suoi uomini*^[19].

—*Che entri.* —Di Martino, que estaba en su despacho dando indicaciones a dos de sus hombres, les hizo un gesto para que se fueran—. *Lasciateci*^[20].

—Ya lo habéis escuchado. —Andrea miró a Davide y a Sandro—. Esperadme aquí.

El amplio despacho era un espacio sombrío, a pesar del gran ventanal que ocupaba la pared frente al escritorio de roble oscuro; donde, acomodado en un sillón de piel marrón, lo esperaba Di Martino, un hombre tan alto como barrigón y con una barba tan espesa que dificultaba la visión de sus facciones.

—Siéntate —ordenó.

Andrea negó, al tiempo que observaba algo en su dirección, aunque con la vista fija en un punto por encima de la cabeza de Patrizio.

—No he venido a ponerme cómodo —respondió, apoyándose en el respaldo de una de las butacas que ofrecían descanso a las visitas del dueño de la casa.

No eran muchas las cosas que pudieran distraer a Andrea de sus objetivos y, hasta hacía poco tiempo, solo había una, el arte. Por lo tanto, el cuadro que tenía frente a él, dominando la pared central de la habitación, se robó todos sus pensamientos.

En él se representaba el nacimiento de Jesús con todos los detalles, buey y ángel incluidos, además de dos santos. No obstante, lejos de mostrar la alegría que se solía relacionar con la natividad, en ese lienzo se apreciaba la oscuridad que, para algunos, significaba ese pedazo de la historia católica, pues si algo se conocía de Caravaggio, era su falta de fe en la iglesia y su carácter pesimista ante la vida en general.

—Una buena réplica de la Natividad de Caravaggio —habló Andrea, poniendo, por primera vez, su mirada en Patrizio—. Espero que tengas a ese pintor en nómina, porque no es nada fácil reproducir un cuadro que lleva desaparecido más de cincuenta años.

—Quien lo pintó está muerto —Patrizio sonrió de lado mirando a Andrea con burla.

—¿Qué insinúas?

—Soy demasiado viejo para andar insinuando nada. —Patrizio se acomodó en su sillón, apoyándose de forma relajada en el respaldo—. Vayamos al asunto que te trajo aquí. Había cuatro hombres en aquel transporte, tres de mis chicos y el tuyo, que era quien conducía. Dijiste que aportabas el mejor, y demostró que lo es. Fue el único que salió vivo...

—Pero no ileso —interrumpió Andrea.

—Está vivo, esa es la clave.

—No voy a discutir su condición, Di Martino. Dime qué quieres —exigió.

—Su vida —dijo rotundo.

—No.

—Pido una vida a cambio de tres. Perdono la traición y tendrás una nueva oportunidad

para demostrarme tu lealtad.

En cuanto Patrizio terminó con su pequeño discurso, Andrea resopló, irguiéndose en toda su altura, sacando pecho y dándole la espalda al hombre que pedía la vida de uno de los suyos, mientras caminaba en dirección a la ventana para hacerse una idea de cómo de aparatosa podía ser la caída.

—Como ya sabes, únicamente me acompañan dos de mis hombres, así que, estoy a tu merced. —Andrea detectó posibilidades de supervivencia si caía encima de uno de los arbustos y se giró para observar a Patrizio desde la distancia—. He venido a tu casa para solucionar un contratiempo, no para iniciar una guerra. Me hablas de vidas y yo pienso que son suficientes las que hemos perdido, porque en nuestros tratos, tus hombres también son los míos. —Soltó sin creerlo, puesto que, para él, Di Martino y esos hombres solo significaban euros en su cuenta—. Me hablas de traición y me pides que yo cometa una y, para finalizar, deseas que te demuestre mi lealtad, entregándote a uno de los míos. —Andrea se desabrochó la chaqueta, la echó hacia atrás y, despreocupado, metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Conozco a Ben desde niños, ha sido un compañero de juegos en cada una de mis visitas a Nápoles y a él le juré, igual que él a mí, total lealtad. No voy a darte la vida de alguien de mi familia para que tú te cobres la vida de tres hombres de los que ni recuerdas sus nombres, Di Martino —dijo con seguridad, sabiendo que era cierto—. Pero si insistes en que necesitas resarcir sus muertes, puedo ofrecerte mi vida —soltó una bomba, consciente de que, en toda Italia, solo existía un hombre capaz de enfrentarse a un Neri y, sin duda, no era Patrizio Di Martino.

Los ojos de Patrizio se iluminaron como si tuvieran miles de estrellas titilando en su interior, y, en dos segundos, Andrea comprendió que «sabe más el perro por viejo que por perro». Además, se dio cuenta de que, como un pardillo que aún se encontraba de prácticas en el oficio, él acababa de caer en la trampa de un hombre que sería capaz de matar a los suyos por conseguir un objetivo, y, aunque no tenía pruebas, solo por el gesto de Di Martino, estaba seguro de su conclusión.

—Andrea Neri, eres un buen hombre y deseo para ti un largo recorrido. —Patrizio se levantó y rodeó la mesa hasta quedar al frente, apoyado sobre ella—. Además, me suena bien eso de tomar tu vida, y yo, particularmente, conozco muchas formas de disponer de la lealtad de un hombre. —Andrea empezó a tomar conciencia de los derroteros que llevaba esa conversación—. Y para un padre como yo, no hay mayor dicha que tener un yerno como tú.

—No sabía que tuvieras una hija. —«Hubiera sido mejor que me tirara por la ventana», pensó.

—Isabella es mi mayor tesoro y no quería que creciera rodeada de nuestra maldad, por eso la envié a estudiar a un internado católico.

«¡Cazzo! Una mujer madurada entre monjas. O es la más puta de Nápoles, o es tan fea que ni Dios la quiso de esposa», Andrea se burló mentalmente.

—Di Martino, no es que no pueda o no quiera aceptar a tu hija por esposa, pero... ¿ella aceptará unirse a alguien como yo?

—Mi pequeña Isabella hará lo que yo le ordene, y tú eres un hombre con planta, te pareces a mí. Sé que le gustarás.

«Como él, dice. Ya quisiera», Andrea volteó los ojos mentalmente.

—Está bien, Di Martino. Solo espero que nos des un tiempo para conocernos.

—¡Por supuesto! —Patrizio alzó los brazos caminando en su dirección—. ¡No pensé que te lo fueras a tomar así de bien! —celebró abrazando a Andrea al tiempo que palmeaba su

hombro, gesto al que Neri no respondió.

—Te ofrecí mi vida y no voy a regatearla. Sería complicado continuarla sin el corazón, ¿no crees? —respondió con desgana.

—Eso es...

—¡Papiiii! —Una voz estridente irrumpió en el despacho, captando la atención de los dos hombres.

Andrea se quedó absorto cuando vio a la pequeña Isabella, como acababa de llamarla su padre. La mujer se presentó embutida en un vestido blanco extremadamente corto, decorado en la falda con una multitud de plumas que se movían al ritmo de sus caderas, y un escote que hacía destacar el maxi volumen de sus pechugas. A mayores, Neri se fijó en que la estancia adquirió un ambiente tropical debido al aroma que desprendía su persona. Sin embargo, lo que se robó toda su cordura, fue el tupé, con cuatro dedos de altura, que decoraba la cabeza de aquella mujer rubia. Isabella llevaba la melena recogida en una cola trenzada, tan apretada, que hacía ver la piel de su rostro tensada hacia atrás, además de destacar su nariz aguileña.

Un conjunto de atributos que lo hicieron visualizar, sin querer desprestigiar la hermosura de esos pájaros, a una cacatúa.

—Disculpa que me haya retrasado —continuó hablando al tiempo que daba dos besos al aire, saludando a su padre—. Deseaba estar hermosa para... ¡oh!, Andrea Neri —dijo en un jadeo con fuga de baba incluida—. Yo soy Bella, tu prometida...

«¡Cazzo, Andrea! Toma una segunda princesa de cuento, por si no tenías suficiente con Rapunzel. ¡Mierda!, Helena», Andrea cerró los ojos y rememoró la figura curvilínea y el rostro aniñado de su princesa guerrera, encerrada en la torre más alta de su casa en Florencia, pero entonces, unos labios posándose en los suyos difuminaron su ilusión.

CAPÍTULO

XXIV

30 días - Serás mía

Andrea bajó los dos escalones de la *suite* del hotel, situado en la Galleria Umberto I, al que se había trasladado en busca de privacidad. No es que no se sintiera bien recibido en la mansión de sus tíos, pero era un hombre acostumbrado a disponer de un amplio espacio personal en el que hacer y deshacer a su antojo y necesidad.

Aún no sabía bien cuánto tiempo permanecería en la ciudad, ni qué haría exactamente para reconducir el camino que parecía habersele torcido de un momento a otro. Pensó en Bella, otro nombre de mujer perteneciente a princesa de cuento, pero que distaba mucho de poseer la apariencia, fuerza y dulzura de Rapunzel, la española de cabellos de color miel que protagonizaba cada una de sus fantasías eróticas desde que la había conocido, y que era la dueña del resultado de sus solitarios desahogos.

Se desanudó la corbata gris oscura y la lanzó sobre la cama, donde se mimetizó con el tono de la colcha. Se miró en el espejo cuadrado que había colocado sobre la mesa del escritorio, se quitó la chaqueta, quedándose con el chaleco, con los cuatro botones abrochados, que abrazaba perfectamente su cintura afinada, resaltando su vientre plano, y se subió las mangas de la camisa, de idéntico gris al de la corbata.

En un impulso, alentado por el rayo plateado de la luna que se filtraba a través de la apertura que separaba las cortinas de la ventana con vistas a la ciudad, sacó el teléfono del bolsillo interior de la americana y marcó el número de Gina, para saber cómo iban las cosas por la casa, y, en concreto, qué era lo que Helena estaba haciendo. Necesitaba expulsar de su mente la idea absurda del matrimonio forzoso con Bella, y nadie mejor que la española para convertirse en el último pensamiento que tuviera esa noche antes de meterse en la cama para intentar dormir.

—Ciao, tata. *¿Come vanno le cose lì?*^[21]

—Helena è qui in cucina, con me.^[22]

—*¿Tutto bene?*^[23]

—Nessun problema.^[24]

—Dalle il tuo telefono, voglio parlare un minuto.^[25]

Gina le entregó el móvil a Helena y ella lo tomó con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Andrea?

—*Non sono Andrea. Chiamo dal distretto per dirti che il Papa l'ha denunciata per aver scopato al museo.*^[26]

—No entendí nada, tan solo lo del museo. Yo también lo pasé bien contigo. Eres todo un experto, y viene bien acudir a visitar esos lugares con alguien que te haga de guía. —Andrea rio al recordar el rato que compartieron en el jardín—. ¿Qué tal estás?

—Seguro que has visto la cámara de seguridad que hay en el cuarto que ocupas. Voy a activar la pantalla. Sube y muéstrame algo que me alegre la noche.

—¿Perdón? —se sorprendió Helena, y su cara se tiñó de rosado.

—Quisiera poder tenerte esta noche, pero estoy lejos. Déjame verte de la forma que sabes que me excita.

La orden de Andrea, con voz enronquecida por el deseo, persuadió sin necesidad de más explicaciones a Helena, quien, tras varios días alejada del italiano, le devolvió el teléfono a Gina. La mujer la contempló extrañada, y ella subió a la carrera las escaleras hasta el dormitorio.

Una vez en el interior, Helena habló a la cámara que custodiaba la estancia desde el rincón superior del muro en el que se hallaba la ventana.

—Necesito que me des un par de minutos. Quiero ponerme algo especial para ti. —Le lanzó un guiño, tomó algunas prendas del cajón de la mesita de noche y entró en el aseo, de donde salió pocos minutos después con la piel hidratada y brillante, con un seductor olor a cerezas y cacao a pesar de que Andrea no pudiera percibirlo, el cabello húmedo, fijado hacia atrás, y una bata de satén blanca cubriendo su curvilínea figura hasta la altura de las rodillas.

Como la visión del ángel más sexy del cielo, Helena apareció justo cuando Andrea, en la cama de su habitación en Nápoles, se deshacía de la ropa, dejándose puesto un bóxer negro, con el que le era imposible disimular la excitación que comenzaba a experimentar ante la sola visión de la española en la imagen.

Helena, empoderada al saber que Andrea estaría contemplándola, e imaginando sus pupilas clavadas en su piel, alentándola y calentándola, se relajó, proponiéndose disfrutar de esos minutos que el italiano le regalaba de su tiempo para compartir el placer que sabía que alcanzarían. Sonrió y se mordió el labio, venciendo la timidez inicial, y se paseó insinuante por delante del dispositivo. Con una mirada coqueta, que a Andrea le provocó una punzada en la polla y un latido extra en el corazón, desanudó el cinturón de la bata, y esta se deslizó con suavidad hasta caer al suelo.

Andrea se relamió al contemplar el conjunto de ropa interior con encajes y transparencias de un inmaculado blanco. Helena pasó la uña roja de su dedo índice por sus labios.

—Andrea, necesito que me enciendas con tus besos, así, como tú sabes hacerlo. —Su dedo bajó por su garganta, hasta terminar paseando por el borde de su sostén.

Él, a su vez, acariciaba con suavidad el tronco de su sexo, sin poder apartar los ojos de los movimientos de la princesa que habitaba en su torre.

—Dime que te gusta —ronroneó ella, bajando la mano hasta los ligeros que sujetaban unas medias del color de la piel.

Andrea, a cientos de kilómetros de Helena, asintió embobado, soltando un gruñido cuando intensificó las sensaciones cerrando un poco más la mano alrededor de su pene.

—¿Te excita ver lo que compraste? —preguntó Helena, refiriéndose a la lencería, pero a Andrea no le importaría entregar una parte de su fortuna si con ello consiguiera tenerla en ese

instante en su cama, soportando gustosa las embestidas de su cuerpo.

Helena se abrió los cierres del sujetador y lo lanzó a la cámara, mostrándole una vista maravillosa de sus tetas, gloriosas, desafiantes y redondas. Andrea aumentó la velocidad con la que subía y bajaba la mano por su polla, que, a esas alturas, soltaba lágrimas de necesidad por ser cobijada por el sexo de la mujer que la levantaba con su sola presencia.

Ella se tocaba para él. Rodeaba los pezones, despacio, con sus dedos, después de haberlos lamido, imaginando que era la humedad de la lengua de Andrea la que saboreaba aquella parte ya sensible de su anatomía.

—Me encanta que me las comas, que las pellizques, que hagas con ellas lo que quieras, Andrea —susurraba, con el rostro encendido y el coño palpitante, extrañando ser llenado por el hombre que despertaba deseos en ella que nunca antes se había detenido a escuchar.

Subió un pie al borde de la cama y bajó con una tortuosa lentitud una de sus medias, mientras miraba con picardía a la cámara, como si esta fueran los ojos de Andrea.

Primero una y luego otra, y Helena jugó con ellas, enrollándolas alrededor de sus muñecas.

—Átame, soy tuya. No me dejes ir —suplicó, con la voz tomada por la aceleración que estaba comenzando a sentir en su sexo mojado, ante el pensamiento de que su hombre estaba gozando también de ese momento en el que ella tenía el poder y el control de su deseo.

Andrea, en la soledad de su habitación, soltó un gruñido, imaginando cómo la ataba con ellas al cabecero de la cama para tenerla a su total disposición. Cerró unos segundos los ojos, abrumado por el calor que subía por su vientre. Cuando los abrió, Helena no llevaba las bragas y mostraba altanera su sexo depilado, por el que pasaba su dedo medio antes de situarse en la cama, dándole la espalda, pero obsequiándole una visión perturbadora de sus nalgas, duras y aterciopeladas.

—Hoy le pedí a Gina el uniforme. Estuve limpiando la sala del billar y el salón —expresó, sabiendo que eso le molestaría, ya que había contradicho sus órdenes—. Sé que te encantaría hacer esto. —Reuniendo valor y dejando a un lado la poca vergüenza que aún le quedaba, alzó su mano derecha para asestar un sonoro golpe en su trasero, algo que repitió en alguna ocasión más tras lo que se le escapaba un gemido, a la vez que también lo hacía Andrea, viendo la imagen de su ángel diabólico autocastigándose.

Con una sonrisa juguetona y la mirada turbia, Helena se sentó en la cama, con las piernas abiertas para frotar su clítoris mientras pellizcaba su pecho. Regaló así su orgasmo a Andrea, quien se corrió abundantemente pensando que lo hacía sobre las voluptuosas tetas de Helena, que terminó en la cama, laxa y con la respiración agitada, hasta que la poseyó una repentina oleada de pudor y se cubrió con la sábana.

—Te extraño, Andrea Neri —confesó, lanzando un beso a la cámara, y apagó la luz para dormir.

Andrea, aún acelerado, respiró profundamente, atrapó aquel beso volado y se abrazó a la almohada sin desconectar la aplicación del sistema de seguridad.

CAPÍTULO

XXV

30 días - Serás mía

Las horas pasaban y caían sobre el humor de Andrea como los granos de un reloj de arena. Habían pasado casi tres días y seguían sin obtener información sobre Bella di Martino; nada que le resultase provechoso y que lo ayudase a cambiar el rumbo de los acontecimientos que el destino se había empeñado en trazar para él.

No volvió a hablar con Helena, a pesar de que Gina lo mantenía puntualmente informado de lo que la española hacía en la casa. Prefería no escucharla, para evitar subirse al Ferrari y volver a Florencia, destrozando su honor, pisando su propia palabra y ganándose un peligroso enemigo del que cuidarse el resto de su vida.

—Nada. —Davide negó con la cabeza, sentándose frente a Andrea en la mesa del lujoso restaurante del puerto del nuevo hotel al que se habían trasladado.

—No hay nadie sin un pasado y del que todo sean bondades. Hasta a los santos se les eleva a los altares después de muertos —apretó la mandíbula, enervado ante la impotencia que le producía la ausencia de buenas noticias que con las que Davide acudía.

Incómodo, Andrea se puso de pie para quitarse la chaqueta beis del traje, que dejó en el respaldo de la silla, quedándose tan solo con la camiseta blanca de manga corta que aliviase el calor que lo agobiaba.

—Hace tiempo que no la ven con nadie. Trabaja en la fundación de su padre, sale con su grupo de amigas y hace una vida de lo más casera.

—Mi mujercita ideal. Una esposa así es lo que me conviene —chasqueó la lengua—. Lástima que a mí me gusten guerreras.

—¿Hablas de Rapunzel?

—Si te centraras en lo que se te pide, en vez de dispersarte en lo que no te afecta, tu trabajo me aportaría las soluciones que necesito —zanjó, con la mirada clavada en los ojos verde musgo de Davide.

—Si quieres, y te viene bien, puedo tirarme a la rubia en la cama de sus padres. Yo echo un polvo y tú te ves liberado del compromiso —ironizó.

—No sería tan descabellado. Tendré en cuenta tu oferta... —Andrea se quedó pensativo—. Bella no le hace justicia a su nombre, pero tampoco está tan mal. Es *follable* si te la

encuentras en un momento de larga abstinencia. Pero... —Dio un sorbo a la copa de vino blanco que tenía en la mesa—, me hiciste pensar en que, si Bella no folla fuera, es porque lo hace dentro de su casa.

—¿En qué piensas exactamente? —preguntó en tono confidencial, inclinándose hacia adelante.

—En que le haré una visita inesperada a los Di Martino —sonrió complacido con su idea.

—Avisaré a Sandro y te acompañaremos. —Davide se levantó de forma repentina, sin embargo, Andrea lo contempló divertido.

—Voy a comer primero. Acabo de pedir *parmigiana di melanzane*^[27] y quiero saborearla con calma. Te avisaré cuando tenga intención de salir.

—Yo ya comí algo de camino. Si no te importa, le pediré a Sandro que baje e iré a descansar un rato hasta la hora de salir.

—*Vai tranquillo*^[28] —asintió, y le hizo un gesto con la mano para que subiera a su habitación.

En cuanto Davide entró en el ascensor y antes de que Sandro bajase al salón, Andrea salió apresurado con la intención de acudir solo a la mansión de los Di Martino, de forma que Patrizio pensara que era una visita de total cortesía y comenzara a considerarlo de la familia al acudir a su mansión sin la compañía de sus hombres.

Andrea bajó del Ferrari en la entrada de la mansión de los Di Martino, toda una muestra del poder que habían ostentado en Nápoles durante décadas, y esta vez pudo apreciar nuevos detalles en los que no había reparado en su anterior visita, aunque no sirvieron para mejorar su impresión del lugar.

Arrugando la nariz, como si le resultara molesto hasta el perfume de las flores del jardín, se puso la chaqueta y llamó al timbre, siendo recibido, apenas un minuto más tarde, por la persona de servicio que se encargó de entrar en el comedor, con total solemnidad, para anunciar a su jefe la visita de Neri.

—No es señal de buena educación acudir a casas ajenas a la hora de comer —Patrizio salió al recibidor, observando a Andrea, que se acercaba a él totalmente solo y con un aplomo que asociaba perfectamente a la figura de su padre.

—Ni tampoco lo es negarse a poner un plato en tu mesa para el amigo que te visita.

El hombre relajó su postura y acortó el par de metros que los separaban para recibirlo con un abrazo efusivo.

—¡Siempre habrá lugar para ti en mi mesa, y más, cuando te cases con Bella, muchacho! —Le ofreció paso hasta el suntuoso comedor, en el que el matrimonio almorzaba junto con sus tres hijos menores y su hija, acompañados por un par de hombres que custodiaban la entrada desde que habían visto subir por el camino el Ferrari.

Andrea saludó caballerosamente con un beso en el dorso de la mano a Bella y a su madre, y ocupó un puesto frente a ella, que le hacía ojitos, embobada en las líneas de los músculos de sus brazos cuando su prometido se quitó la chaqueta para poder saborear con más comodidad el plato de verduras a la parrilla que le habían servido.

—Me siento complacido de verte comer con ese apetito en mi casa —expresó Patrizio, halagado por la confianza que demostraba Andrea en su presencia.

—Sería una estupidez pensar que quisieras dañarme cuando vamos a ser familia —le

devolvió la sonrisa, buscando a continuación la mirada de Bella, aunque ella parecía más interesada en apuñalar con la suya a uno de los hombres de su padre.

Tenía que ir más allá para comprobar qué sucedía entre ellos. Con su dedo índice, acarició la mano de su forzosa prometida cuando fue a coger un trozo de pan del cesto.

—¿Aceptas salir a cenar conmigo esta noche? —La chica, emocionada, se apresuró a responderle que sí, mientras al guardia le daba un ataque de tos repentina, logrando captar la atención de todos los presentes.

—Mi esposa os acompañará. —intervino Patrizio.

—Soy un hombre de honor. Igual que yo tomé lo que me ofreciste, te pido que confíes en mí para salir con tu hija. Supongo que acudirá con sus guardias—. Señaló al chico de pelo rubio que había estado interactuando con disimulo con ella—. Te doy mi palabra de que sabré cuidarla.

Patrizio se recolocó la corbata roja que llevaba y les dio su bendición.

CAPÍTULO

XXVI

30 días - Serás mía

Esa noche, las luces de los pesqueros titilaban como estrellas sobre un infinito pedazo de suave raso negro en el golfo.

Andrea se ajustó el reloj en su muñeca, bajándolo para que no lo cubriese la manga de su impoluta camisa blanca que contrastaba con la oscuridad de su traje y de la corbata que había elegido para la ocasión, y se sentó en el sillón que decoraba la suite del hotel.

Sacó el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y abrió la aplicación de seguridad, buscando por las distintas estancias a Helena, al no encontrarla en el cuarto que ocupaba.

—¿Dove sei, Helena^[29]? —rugió, impacientándose al hacer un barrido por las habitaciones, el salón y la cocina, y no verla tampoco con Gina.

Al fin, se detuvo en la sala de juego, y allí, Helena jugaba al billar, a su manera, porque no seguía ninguna de las reglas del juego, mientras escuchaba música pop española en el altavoz inteligente. Con el cabello recogido en una sencilla coleta, su minifalda de tejido vaquero y una camiseta básica de manga corta, Andrea admiró el fuego que contenía aquel exterior, con nada que fuera llamativo en exceso a simple vista. Pero Helena era un camaleón que lucía sus colores más hermosos cuando se desataba en los momentos de pasión.

—Espero verte pronto, Gabriel —musitó ella, y él frunció el ceño. Le desagradaban las escenas sentimentales, sin embargo, allí permaneció, escuchando cómo Helena le daba vueltas a su soledad, para concluir con un grito que salió en forma de susurro, en el que le pedía a su hermano que arreglase pronto su situación, ya que necesitaba alejarse de Andrea cuanto antes.

—Eres una desagradecida. —Andrea tragó saliva y apretó el puño de la mano que tenía libre—. Te he dado más de lo que han tenido la mayoría, y solo piensas en marcharte. —Asumió con una extraña combinación de tristeza y rabia—. Serás mía hasta que tu hermano aparezca... Si es que vuelve con vida —sonrió con expresión sombría.

Un rato más tarde, Andrea siguió al empleado del restaurante y se sentó en una de las mesas más apartadas de la entrada. En la contigua, Davide y Sandro vigilaban de cerca que

todo saliera en esa cita como su jefe esperaba. Davide acercó la silla a la de Andrea, de manera que los respaldos quedaron casi pegados.

—No te creas que se me pasó el mosqueo por lo que hiciste esta tarde —reprochó a su amigo.

—Necesitaba jugármela para que Patrizio confiara en mí. Ya te dije lo que vi. Sé que, si fuerzo un poco la situación, podré contar con las pruebas suficientes para pasárselas a ese viejo por la cara.

—¿Y si no es lo que piensas? —la insinuación hizo que, por un segundo, Andrea reconsiderase su plan inicial.

—Te tocará tirarte a mi prometida en la cama de sus padres —sonrió con suficiencia, y se levantó para recibir a Bella, que entraba en el local atrayendo alguna que otra mirada por lo ajustado de su escotado vestido negro, que realzaba con un ostentoso collar de oro y esmeraldas.

—Buenas noches —saludó ella, con el corazón agitado por la atracción que sentía por el hombre, caballeroso y atractivo, que tenía enfrente.

—Ya pensaba que no vendrías. —Andrea le dejó un beso breve en el dorso de la mano y le retiró la silla para que tomara asiento—. Te veo deslumbrante —la halagó, aunque más que un cumplido a la mujer, era una referencia al destello de las joyas que portaba.

Los hombres de Di Martino tomaron discretas posiciones en la sala, que mantuvieron durante toda la cena, en la que Andrea se mostró especialmente atento con su futura esposa, si la suerte y los celos no lo remediaban, disfrutando a la vez de las caras que mostraba el guardia de joven cada vez que él se acercaba a susurrarle algo al oído y ella dejaba escapar unas risitas tontas.

La intención de Andrea era que Bella se dejara llevar por el ambiente, sus palabras seductoras y el vino. En cambio, a la tercera copa, la chica se despidió de él con un apretado beso en la boca, dando por concluida la cita, y se marchó, poniendo la excusa de que se encontraba un poco mareada y necesitaba descansar.

—Te veo mañana, hermosa Isabella. Iremos a un lugar especial que sé que te gustará —le dijo al oído, y ella asintió con expresión soñadora.

—No creo que funcione lo de follármela. No me ha mirado en toda la noche. Está loca por tus encantos. —Davide palmeó el hombro de Andrea, que resopló cansado.

—Y yo por el Caravaggio de su padre. Pensé que esto sería más rápido. Lamentablemente, deberemos insistir mañana.

—¿Qué tal besa? Se te notaron ganas de volver a verla para profundizar y dar el siguiente paso —rio Davide, fanfarrón.

Andrea alzó las cejas y guardó silencio. Se levantó, se abrochó la chaqueta negra y caminó hacia la salida.

—Paga la cuenta —ordenó, y subió al ascensor para irse directo a su habitación, en donde luchó contra sus propios deseos de volver a ver a Helena.

Quiso responderle a Davide que Bella no besaba igual que la española, ni se movía, ni lo excitaba sin tocarlo, pero decidió mantener la compostura, como si no reconocer ciertos puntos en voz alta, lo fuese a librar del tormento de tener a Rapunzel paseándose desnuda por sus pensamientos.

CAPÍTULO

XXVIII

30 días - Serás mía

Andrea contemplaba el amanecer desde el balcón del hotel. Un nuevo día, veinticuatro horas más para intentar conseguir su ansiada libertad, salvaguardando la vida de Ben. Sabía que no todos aceptarían un trato así para librar de la muerte a uno de sus hombres, pero, para él, aquellos que lo rodeaban eran su familia, y, tal como le recordaban en casa de pequeño, a la familia no se la abandona ni se la traiciona.

El aire corría perfumado a mar. Andrea cerró los ojos, sintiendo la necesidad de visitar a su madre en cuanto regresara a Florencia. Su mente necesitaba la paz que le proporcionaban sus conversaciones en el más absoluto silencio. La piel se le erizó al pensar que, con el paso de los años, el olor de la mujer que le dio la vida, se le desvanecía del recuerdo, y llegaría el momento en el que desaparecería hasta no quedar rastro en su memoria, llevándose lo único que le quedaba de ella, a parte del color de sus ojos, de un oscuro esmeralda muy parecido también al de las joyas que Bella lucía en la cena de la noche anterior.

—Dame una noticia que me alegre el día —dijo, directamente, al coger la llamada que vibraba en el bolsillo de su pantalón de lino blanco.

—En menos de una semana tendremos la documentación lista para recogerla en la notaría. Todo está conforme usted ordenó.

—¿Estás seguro, Fabrizio?

—Todo, según dispuso, señor.

Una extraña sensación de vértigo se apoderó del pecho de Andrea, que no sabía cómo reaccionar a aquella llamada, ante la que se suponía que debería estar satisfecho al recibir el pago de la deuda de Gabriel Santos. Sin embargo, le inquietaba ser consciente de que, conforme el dinero se acercaba, Rapunzel se alejaba de él.

—Buen trabajo. Organiza el regreso para el mismo día en que tengáis los papeles.

Cortó la conversación, no había vuelta atrás: la española deseaba irse y a él le urgía alejarse de ella lo más pronto posible. No podía permitir que continuara adquiriendo importancia en su vida.

El reloj avanzaba, y Andrea cada vez se mostraba más irascible e impaciente. Quería cobrar la deuda y terminar con la historia de Rapunzel. Se imaginaba regresando a Florencia y colándose entre sus piernas. Deseaba castigarla por querer abandonarlo. Verla destrozada, llorando amargas lágrimas e incluso suplicando por su vida. ¿A quién pretendía engañar? En lo único que pensaba era en entrar en su casa, arrastrarla por el pelo hasta su cuarto, al que nadie entraba excepto él, y hacerla suya una y otra vez sin descanso.

Desesperado, golpeó la mesa con el puño, olvidando que se encontraba en el salón de Patrizio Di Martino, a donde había llegado hacía unos minutos y se encontraba aguardando a que Isabella bajase para salir con ella esa noche, con la esperanza de tener más suerte que en la anterior y que el sacrificio de soportar su compañía sirviera para algo.

—¿Impaciente? —Bella rodeó la cintura de Andrea, y las uñas rojas de la chica, sobre la tela de su camisa negra, le recordaron a las de Helena.

—Claro. Hay muchos temas que aún no hemos tratado. —Se giró para contemplarla de frente, y la respiración se le cortó al no saber cómo interpretar el modelito de lentejuelas verdes que Bella llevaba, y que la hacía parecer un destello de Navidad anticipada.

—¿Te gusta? —preguntó, mimosa.

—Es espectacular —afirmó él, con la mente puesta en el Caravaggio que Patrizio guardaba en el despacho.

Con una sonrisa radiante y el ego en niveles estratosféricos, ella se colgó del brazo de su futuro esposo para ir con él en el Ferrari, seguidos por los hombres de seguridad de ambas familias.

A la llegada al local, al que les dieron la bienvenida la casi media docena de palmeras de la entrada, vestidas con cálidos *leds* de color melocotón, Bella corrió hacia su grupo de amigas, ante quienes presumió con orgullo de su prometido, Andrea Neri, que fue admirado por todas y cada una de las mujeres, que aprovecharon la ocasión para acercarse a él y saludarlo con un par de besos, arrimándose alguna de ellas más de lo que la situación requería.

La velada acababa de comenzar, pero Andrea ya estaba saturado del tono chillón de su acompañante, la mujer cacatúa, que hablaba sin descanso, lo mismo que si no necesitara detenerse a tomar aire para respirar. Sus bromas tontas y sus risas fingidas le martilleaban el cerebro y las ganas de seguir con el plan trazado, pero, cuando la necesidad acucia, no hay precio a pagar que resulte excesivo.

Las luces del club se reflejaban en las gruesas lentejuelas del vestido de Isabella, convirtiéndola en una bola de espejos de alguna discoteca setentera que deslumbraba, literalmente, a todo aquel con el que se cruzaba.

Andrea abrió la segunda botella de champán, y Bella, a esas alturas, acaramelada, se aproximó más a él, llegando a besarle el cuello. Un gesto inesperado ante el que el italiano solo pudo carraspear por la incomodidad.

—Estás muy serio. —Ella le pasó el índice por los labios.

—Soy serio.

—He oído maravillas de ti. —Ni se sonrojó al soltar aquello por el efecto del alcohol.

—Es grato escuchar eso... Además de sorprendente. ¿Me contarás qué es eso que te han dicho?

—Ninguna chica que haya estado contigo, ha acabado insatisfecha. —Buscó su boca y lo besó con intensidad, metiendo sus dedos entre el pelo negro y corto de Andrea, que miraba de reojo hacia donde se encontraba Tomasso, el joven guardián de la heredera de Di Martino.

Un par de amigas, igual de escandalosas que ella, se acercaron, interrumpiendo el beso de la pareja para informar a Bella de que alguien acababa de entrar en el local. La chica frunció el ceño al ver a una mujer de pelo oscuro y llamativo escote que se contoneaba al pasar, con una sonrisita tonta, ante Tomasso.

Aunque la verdadera motivación de Andrea estuviera lejos de allí, su atención estaba totalmente puesta en lo que estaba sucediendo a su alrededor.

—No sabes cuánto deseo estar a solas contigo. —Se fingió apasionado, susurrándole al oído un ruego de intimidad que no precisaba más que para que su plan pudiera seguir el rumbo adecuado.

Bella, con los ojos brillantes y el interior ardiendo, se levantó y lo condujo de la mano hasta uno de los reservados, yendo siempre acompañados por Tomasso, que se quedó junto a la puerta vigilando a su protegida, a la vez que le pedía a Dios, en el que creía con absoluta fe, no tener que presenciar el revolcón de su amante con Neri.

Champán, risas, besos, el intento de Bella de desabrocharle a Andrea el cinturón para palpar el tesoro que escondía y el odio que consumía a Tomasso, eran acordes que componían la canción de una pasión no correspondida que tomaba vida en aquel espacio privado.

—Vayamos a tu casa. —Bella sacó la lengua del interior de la boca de Andrea para proponerle, atrevida, ir a un lugar más cómodo.

—No tengo casa en Nápoles. —Fue la fría respuesta del italiano.

—Pues a tu hotel —rio idiotizada por el alcohol.

—No necesitas ir a ningún lugar. —Andrea la empujó con suavidad en el sofá, haciendo que ella quedase recostada, para colocarse él encima.

Las manos de Neri amasaron las tetas de la chica, sacándolas por la parte superior del escote. Tal y como pensaba, sus pechos eran enormes. Él tenía las manos de un tamaño considerable, pero aquel pecho rebosaba carne entre sus dedos.

No era cómoda de amar. En cambio, Helena estaba hecha para sus manos y para sus dedos, y los oídos de él, para escuchar y gozar con sus gemidos.

De pronto, Andrea se incorporó y se disculpó ante Bella, quien lo contemplaba atónita sin comprender qué sucedía.

—Voy a pedir otra copa, ahora regreso —murmuró, saliendo al pasillo que conducía a las escaleras que bajaban a las pistas—. «Ni todo el champán del mundo se me hace suficiente para que yo me excite con ella».

Al verse a solas con la mujer que encendía sus deseos, Tomasso se abrió la chaqueta y se acercó a ella con la indignación abrasando su pecho.

—Dijiste que era un negocio y que no sentías nada por este hombre. Si llego a saber lo que iba a pasar, jamás habría accedido a traicionar a tu padre dando el chivatazo a la policía —masculló apretando los dientes, a la vez que agarraba a Bella por el cuello con actitud violenta.

—Me encantas cuando te pones así. —Ella se mordió el labio y le palpó la bragueta en busca de la polla que necesitaba para sofocar el fuego que había prendido Neri.

—No. Contigo siempre es igual. —La zarandeaba sin soltarla—. Me dijiste que, al unirme a este tío, tu padre reconsideraría la idea de dejarte el control de la empresa, pero te gusta, Bella. ¡Jugaste conmigo! —alzó la voz, sin percatarse de que Andrea transmitía aquello en directo, en una videollamada, a Patrizio. El hombre permanecía inmóvil en el sillón de su despacho, sin poder dar crédito a lo que le estaban mostrando.

—Fóllame, Tomasso —suplicó, dejando escapar un gemido, y Patrizio abrió los ojos

como platos al oír aquello de labios de su casta niña mimada.

El guardia se abrió el pantalón, sacó su pene erecto y oscuro, e hizo que Bella se subiera a horcajadas sobre sus piernas, ensartándose en él de una sola vez, al estar totalmente mojada.

—¡Suficiente, Neri! —ordenó Di Martino fuera de sí.

La voz de su padre hizo que Bella se volviera, encontrándose de frente con Andrea, que le mostró la imagen congelada de los minutos de la videollamada.

—No creo que tengas futuro ejerciendo de hombre de confianza de Di Martino, pero sí como actor porno. Piénsalo. Si vives después de esto, puede ser una buena opción para ti — soltó sin quitar los ojos de los de Tomasso, tratando de obviar el vaivén con el que Bella seguía buscando su ansiado orgasmo.

CAPÍTULO

XXVIII

30 días - Serás mía

Hizo girar el vino blanco en su copa antes de darle un último trago. Andrea se marchaba de Nápoles y en su fuero interno esperaba no tener que volver pronto a la ciudad. Y no porque no le gustara, simplemente no tenía ganas de regresar después de lo vivido en los últimos días.

Esa mañana, Andrea acudió a casa de sus tíos para despedirse, y allí, en compañía de su familia, disfrutó de un buen y largo desayuno amenizado con los recuerdos de las vacaciones que pasaba con ellos, siendo solamente un niño.

Pero despedirse de sus tíos, Dante y Anna, y de sus primos, no fue lo más interesante que hizo en Nápoles; ya que eso estaba a punto de suceder y con la persona que, en ese momento, se dirigía hacia él, escoltado por sus hombres.

—¡Neri! —alzó el tono y los brazos a modo de saludo—. Pensé que esta mañana vendrías a mi hogar. Nunca creí que fuera a tener una reunión contigo en un lugar tan impersonal.

—Di Martino, yo ya acudí a tu casa con mi vida en las manos y dispuesto a aceptar la sentencia que tú me quisieras imponer —habló, temiblemente suave y bajo—. Ahora, yo no soy el condenado... —Andrea se giró y dejó la copa en el mostrador de la cafetería del hotel en el que se alojaba y, viendo que Davide llegaba con el Ferrari y Sandro con sus bolsos de viaje, comenzó a caminar, seguro de que Patrizio lo seguiría.

—Tienes razón, Neri. Solo que... —Miró a ambos lados y dejó escapar todo el aire que había estado conteniendo—. Nunca me gustó hacer negocios en lugares públicos.

—No sé de qué negocios me hablas, Di Martino. —Andrea lo miró con descaro—. Tenemos algo a medias que tendrás que terminar por tu cuenta, sea como sea, porque yo no voy a volver a poner en riesgo la vida de ninguno de mis hombres. Además, tendrás que resarcir el daño infligido a Ben y a mí.

—Lo sé, Neri. De nuevo te pido disculpas. Te doy mi palabra de que encontraré a Tomasso y lo pondré a tus pies, no lo dudes.

—No, no, no. —Andrea se puso las gafas de sol y metió un pie en el coche, pensando en irse de allí cuanto antes—. Pon a Caravaggio a mis pies durante la Navidad y puede que te

perdone.

—Pero eso...

—Si te apuras, quizás consigas que él llegue a mi casa de Florencia antes que yo. — Andrea se acomodó en el asiento del conductor del Ferrari y Davide cerró la puerta del coche antes de que Patrizio pudiera replicar.

Andrea acababa de añadir un mal recuerdo a la crónica de su vida napolitana, como casi siempre que visitaba ese lugar. Por lo tanto, cuando salió de la ciudad y pisó el acelerador, haciendo rugir el motor de su coche, sintió que el oxígeno regresaba a sus pulmones con pureza. Notaba que el aire que lo rodeaba pasaba de estar turbio y denso, a estar solamente turbio, como ya era habitual en él.

—Si no fuera porque tardaríamos una hora más en llegar, iría por la costa.

Soltó el pensamiento en voz alta de forma inconsciente, bajo la atención de Sandro y con una mueca burlona de Davide encima.

—¿Desde cuándo te importa el tiempo que tardas en llegar a los sitios? —cuestionó Davide, queriendo hacerle ver un hecho más que evidente.

Andrea Neri nunca había dado un paso con temor; sin embargo, desde hacía un tiempo, admitir ciertas cosas o responder determinadas preguntas, independientemente de quién las hiciera, le generaba un estado de cierta ansiedad. Para él era extraño, ya que, por momentos, sentía cómo la incertidumbre lo perseguía, igual que si fuera una nube negra deseosa de soltar su carga en forma de tormenta y justo encima de su cabeza.

—Desde que tú me tocas tanto los huevos como para tener ganas de tirarte del coche en marcha a doscientos por la autopista. —Andrea sonrió y miró a Davide de reojo.

—Por la boca muere el...

El Ferrari empezó a dar bandazos antes de que Davide terminara de hablar y, en un gesto rápido, alzó las manos hacia el techo del coche para protegerse. Sandro se encogió y escondió la cabeza entre las piernas, y Andrea agarró con firmeza el volante, intentando dominar la dirección del vehículo.

«Estás muerto, Di Martino», prometió sin pronunciar palabra. Acababan de arrancar, estaban a punto de entrar en la autopista, y Patrizio ya estaba defendiendo, con un comportamiento inconsciente, a su Caravaggio.

—Veo cuatro motoristas —anunció Davide.

—Y un coche con dos ocupantes desde el puerto —dijo él.

—Debiste deshacerte de ellos —bramó Davide.

—Pensé que Di Martino solo quería asegurarse de que nos íbamos —explicó Neri en un jadeo frenando el Ferrari—. Debí matarlo a él y a toda su familia.

—*Figlio di puttana*^[30]! —maldijo Sandro mientras la luna trasera se hacía añicos encima de él tras recibir un disparo.

Davide, quien siempre llevaba un arma encima, no pudo empuñarla, porque uno de los motoristas disparó a la puerta del Ferrari y lo sacó del coche, tirando de él hasta dejarlo tendido sobre el asfalto antes de que pudiera reaccionar.

Andrea, viendo que aquella gente tenía sus fusiles pegados a las cabezas de sus hombres y que a él le apuntaban con otro, elevó los brazos con las palmas de las manos hacia delante, en señal de rendición.

—Te has vuelto distraído. —Fue lo primero que escuchó, después de que le abrieran la puerta del coche para que se bajara.

Andrea giró el rostro hacia el lugar de procedencia de aquella voz y sonrió al ver a un

viejo amigo.

—Te he visto en el puerto, Luigi —despreocupado, Andrea metió las manos en los bolsillos, falseando que no tenía ni idea de quién lo seguía—, así que, no me he vuelto distraído. —Se encogió de hombros—. Creí que me escoltabas por seguridad, ya sabes, para que no me pasara nada mientras me iba.

—Tan capullo como siempre —rompió a reír el otro hombre.

—Soy un Neri, mi sangre me precede.

—Bianchi quiere verte —anunció Luigi.

—No es el único. —Andrea se rio elevando el rostro al cielo—. Que se ponga a la puta cola. ¡*Stronzo*^[31]! —se quejó.

Neri encajó un golpe en las costillas que le dio el motorista con el casco que acababa de quitarse y se encogió sobre sí mismo, al tiempo que se abrigaba la zona con los brazos.

—Vengo en son de paz —dijo Luigi.

—Se nota —respondió con ironía.

Andrea alternó la mirada entre el hombre que acababa de dañarle, el conductor del coche y Luigi, que era la mano derecha de Francesco Bianchi.

—¿Por qué no viene Bianchi en persona? ¿Me teme? —sonrió y, pese al dolor, recuperó la postura, observando al resto de los hombres.

—Ya sabes, Andrea, Bianchi no...

—*Bianchi è un pezzo di merda*^[32]. —Andrea lo interrumpió.

En esa ocasión, también con el casco, el motorista lo golpeó en la sien, provocando que Andrea perdiera el equilibrio y acabara cayendo sobre su Ferrari, donde se quedó apoyado por unos segundos, intentando recuperarse, pues se sentía aturdido.

Contempló a Davide. El hombre esperaba una señal para actuar, y de reojo vio que Sandro tenía su mano a escasos centímetros de una de las armas que guardaban bajo los asientos del coche. Neri era consciente de que sus hombres siempre estarían preparados para defenderlo, independientemente del nombre que portara su enemigo.

En el mismo segundo en que Andrea sonrió, Sandro cogió el arma y disparó por encima de su hombro, acertando en el pecho del motorista que lo tenía encañonado a él y, ante el aluvión de disparos en su dirección, se agazapó entre los asientos del coche, protegiéndose.

—¡*Vaffanculo*^[33]! —gritó Andrea al tiempo que se incorporaba y lanzaba una patada al motorista que estaba a su lado disparando hacia su Ferrari.

Era un tres contra seis, en el que los otros iban armados, vestidos con ropa de seguridad para las motos y cascos, mientras que Andrea, Davide y Sandro parecían salidos de una pasarela de moda masculina de Milán. Aun así, a huevos no les ganaban ni esos seis ni todos los hombres que Bianchi decidiera enviar para frenarlos.

El motorista golpeó a Andrea en el estómago con el fusil con el que segundos antes había acribillado la parte trasera del coche. Sin embargo, y a pesar del dolor, él no se amilanó. Neri era consciente de que, si no le habían pegado un tiro desde el principio, era porque el jefe de la mafia siciliana aún no lo quería muerto. Respondió asestando al otro un puñetazo en el pecho y, justo después, un rodillazo en el abdomen, causando que se doblara del dolor. Cuando el chico bajó la cabeza, Neri le atizó un codazo en la nuca con el que acabó tirado en el suelo, inconsciente.

Davide no perdió el tiempo y, a la par del grito de Andrea, agarró el arma que siempre llevaba consigo y disparó en los testículos al chico que lo retenía, el cual estaba más atento a lo que le acababa de suceder a su compañero que a Davide, quien no esperó a que cayera para

rematarlo. No obstante, antes de conseguir levantarse, otro de los motoristas le propinó una patada en la espalda.

Sandro no supo ni cómo lo hizo, pero cuando consiguió incorporarse de nuevo, no sin esfuerzo, disparó al conductor del otro coche, justo antes de que se asomara al Ferrari, y después se llevó la mano al vientre en un intento de conservar su vida con él, luchando, también, por mantenerse despierto.

—*Fottuto*^[34] Bianchi —murmuró antes de dejarse caer en el asiento.

Mientras Davide se enfrentaba al último motorista que quedaba en pie, en un uno contra uno en el que estaban muy igualados, Andrea se encaraba con Luigi, que mostraba una destreza en la pelea igual a la de Neri, quien disfrutaba de un cuerpo a cuerpo casi tanto como del sexo, sobre todo, si este último era con Helena y en cualquier lugar en el que surgiera.

Ese pensamiento le dio a Andrea un último empujón para acabar con la pelea y poder volver a Florencia, el único lugar en el que deseaba estar.

Neri atrapó a Luigi por el brazo y giró alrededor de él, buscando ahorcarlo con su propia extremidad. Sin embargo, el hombre se agachó y provocó un pequeño cambio de trayectoria con un simple giro; consiguiendo, con ese movimiento, retorcer el brazo a Andrea, quien rugió de dolor al verse arrastrado hacia el suelo, empujado por Luigi.

Solo fue necesario un segundo para que toda su suerte cambiara, pero para mal. Luigi le pateó las costillas y lo pisó en la cara cuando lo tuvo en el suelo. Después tiró de su brazo hacia arriba y le retorció el hombro, al tiempo que le empujaba los dedos hacia atrás; sobrepasando el propio límite de las articulaciones, consiguiendo que Andrea terminara gritando por el dolor, hasta que el crac de sus huesos resonó entre ellos, a la vez que el estallido de un arma de fuego dominaba el horizonte a través del eco.

—Ni se te ocurra morirte, Sandro —gritó Davide, rodeando lo que quedaba del Ferrari.

Si Luigi se sabía una lección al dedillo, esa era la de la retirada a tiempo, que era lo que le tocaba en ese momento. Pues aquella era una batalla perdida en la que todos sus hombres habían caído y todavía quedaban en pie dos enemigos, y a uno de ellos no lo podía tocar, aún. Luigi corrió hacia el vehículo justo antes de que Davide disparara en su dirección y consiguiera darle en un hombro, haciéndole sisear del dolor.

Andrea no perdió el tiempo en el suelo y se levantó rápidamente para ver cómo estaba Sandro.

—Llama a mi tío y que nos envíe a alguien. ¡Ya! —ordenó entrando en el coche, horrorizado al contemplar a uno de los suyos cubierto por su propia sangre.

CAPÍTULO

XXIX

30 días - Serás mía

Helena daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. No había sabido nada de Andrea desde aquella noche en la que jugaron a través de la cámara de seguridad de su cuarto. Pensaba que su actitud habría podido incomodar al italiano, pero desechó esa idea al recordar su momento de lujuria en el jardín de los Museos Vaticanos.

¿Le habría sucedido algo? Se incorporó inquieta ante aquella posibilidad, sin embargo, consideró que él debía estar bien, pues la casa se había mantenido en calma, y Gina, hasta hacía poco más de una hora, estaba empeñada en prepararle a Andrea unos rollos dulces de pistachos para cuando regresara.

Seguramente, el italiano estaría con alguna mujer en Nápoles, viviendo lo mismo que experimentó con ella. Un hombre como él no podía estar solo. Un gemido lastimero salió de su garganta, que, de pronto, notó reseca. Helena se levantó, se cubrió con una bata fina en tono rosa palo, que se puso sobre el pijama corto del mismo color, y bajó a la cocina.

Las luces ya estaban apagadas, y ella comenzó a trastear en la cocina intentando no despertar a nadie. Sacó un cartón de leche, con la intención de calentarse un vaso que la reconfortara, a pesar de que el ambiente no era frío, y fue a sentarse a uno de los taburetes que rodeaban la isla.

—Que sean dos. El mío, doble, por favor —la voz de Andrea hizo que Helena se levantara, sustituyendo la euforia inicial por un cabreo que no recordaba haber experimentado nunca.

—Estuve aquí sola. Que sepas que me sentí mal, que te extrañé, que no debería hacerlo, ya lo sé. —Lo apuntaba con su dedo índice acusador—. No pude evitar contar las horas. Si no te gustó lo que viste, si crees que fue demasiado...

Helena se detuvo en seco al mirar a Andrea a la cara y comprobar el estado en el que regresaba.

Conmovida, se aproximó a él, y el mismo dedo con el que lo había increpado, lo pasó con cuidado sobre los dos puntos de aproximación que cerraban una herida sobre su ceja. Tras esa primera caricia, siguió bajando por su pómulo amoratado, y se sobresaltó al ver la férula que llevaba en la mano.

—Me encantó lo que vi. Me hice a la idea de que eras mía, pero sé que te irás. —«Había evitado darle vueltas a ese momento, hasta que te escuché expresar tus deseos en voz alta», se reconoció esto último como un temor no verbalizado.

—¿Te duele mucho? —Helena parecía ajena a sus palabras, examinando, asustada, las evidentes heridas con las que Andrea había regresado.

—No es nada. —Aguantó el dolor en la costilla al caminar en dirección hacia una de las sillas.

—Llévame en brazos hasta el dormitorio —propuso ella componiendo una mueca escéptica.

—Vale, lo admito. Me duele un poco la costilla. Tengo una pequeña fisura.

Ella lo ayudó a sentarse y buscó sus ojos en un intento desesperado de saber la verdad que le pediría en su siguiente pregunta.

—¿El asunto de mi hermano tiene algo que ver en lo que te hicieron? —fue directa.

—No pretendía decirte nada para no preocuparte, pero te vieron en Roma conmigo y unos hombres me exigieron que te entregase.

Helena, inquieta, comenzó a temblar, a la vez que se frotaba los brazos en un intento de buscar el calor que se le esfumó del cuerpo de golpe.

—¿Vas a dejarme en manos de esa gente? Siento mucho lo que te sucedió, pero, por favor, por favor...—suplicó juntando sus manos, desesperada, al considerar que él estaba en su total derecho a vivir con calma sin que le afectaran sus problemas—. Iré arriba, recogeré mis cosas y me marcharé a casa. No quiero que vuelvan a hacerte daño por mi culpa.

Sin perder el tiempo, Helena se giró para ir a preparar su maleta, pero Andrea, en un esfuerzo sobrehumano por la molestia que sentía en el costado, se levantó y la sujetó rodeando su cintura, e hizo que se girase para que lo escuchara con atención.

—Jamás, Rapunzel. Nunca permitiré que nadie te saque a la fuerza de tu torre. Aquí estás a salvo —aseguró él, a la vez que le acariciaba el pelo con ternura.

—Pero ellos te han golpeado. Deja que llame a mi hermano, por favor —balbuceó.

—Helena. Necesito que te calmes. Tu hermano solucionará esto. Ya lo llamaremos mañana. Aquí nadie va a dañarte. Confía en mí. —La expresión sincera del italiano logró calmarla, y terminaron fundidos en un abrazo que ella se resistía a abandonar.

Andrea comenzó a valorar qué hacer con Gabriel Santos. Quizá lo mejor sería que no regresara a Florencia. La deuda saldada significaba la libertad de Rapunzel, aunque, por otra parte, no podía permitir que se cuestionase entre sus hombres el valor que tenía su palabra.

Ella puso la leche a calentar y se sentaron a conversar sobre lo sucedido. Andrea mantuvo su versión, relatándole que, a su paso por Roma, de regreso de Nápoles, unos hombres con el rostro cubierto los habían asaltado, así como las horas que pasó en una clínica hasta que le hicieron los exámenes oportunos y le pusieron la férula en los dos dedos que se rompió al asestarle un puñetazo a uno de los atacantes. Helena, emocionada, escuchaba las aventuras de su superhéroe particular y, distraídos con la conversación, se terminaron sus bebidas sin darse cuenta.

Él, inclinándose hacia delante, supo que era su oportunidad de volver a sentirla suya. Se había ganado la admiración de Helena una vez más, aunque este fuera un sentimiento producto de la más rastrea manipulación de la verdad. Llevó el dedo pulgar de su mano sana a los labios de Helena y le limpió el gracioso bigotito de leche que se le había marcado, para luego pasar él la lengua por el líquido blanco, al tiempo que su Rapunzel lo contemplaba fascinada.

—¿Quieres más leche? —susurró en tono ronco, acercando sus labios a los de la española que había llegado para trastornar sus sentidos.

—Yo... —Helena arrugó el ceño—, solo quería tomar un poco de leche caliente para conciliar el sueño.

—No me has entendido, Rapunzel —sonrió con la picardía reluciendo en sus ojos—. Desde que estuvimos en Roma, todo fue muy solitario para mí. —Miró hacia su entrepierna, donde el prominente bulto de su erección dejaba claro cuál era su deseo—. No puedo hacerlo solo —levantó el brazo mostrándole la mano derecha y el par de dedos que Luigi le había roto—, pero todos estos días en Nápoles no he podido aplacar las ganas de tenerte solo para mí.

—No puedo creerte, Andrea. Los hombres como tú no pasan solos las noches. —Helena suspiró.

—Los hombres como yo pasamos demasiadas noches solos, Helena.

—Me llamaste la primera de ellas, y después...

—El trabajo me absorbió y no tuve ni tiempo para empalmarme. Pero fue verte así vestida y... —se mordió el labio—. Eres una película porno en vivo y en directo. Te veo y me pongo igual de cachondo que un adolescente mirando unos pezones erectos.

—¡Qué exagerado eres! —Helena le dio un suave manotazo en el hombro.

—¡Auch! —se quejó de forma teatral.

—¡Oh, no! Lo siento. —ella se alarmó—. Lo siento mucho.

—Nada de disculparte, Helena.

Andrea siguió la línea de los labios de su Rapunzel con el pulgar y acarició su rostro con la mano buena hasta que enredó los dedos en su melena. Tiró de ella y la acercó a su cuerpo. Sus bocas quedaron peligrosamente una junto a la otra y, con un jadeo de necesidad, se apoderó de su lengua, sometiéndola al deseo de saborearla con la suya.

Helena era para él lo más apetitoso que estaba en la cocina. La veía jugosa, la sentía tierna y la degustaba sabrosa cada vez que alguna parte de su cuerpo entraba en contacto con su lengua, y eso que aún no había podido probarla de todas las formas en que anhelaba hacerlo.

Profundizó con fiereza el beso al recordar que su tiempo se acababa. Una parte de él deseaba que se quedara, porque aún no había terminado de probar con ella los lugares, las posturas y las prácticas que rondaban su mente. Andrea separó sus labios y jadeó a un centímetro de ella.

—No me pidas perdón, demuéstreme que lo sientes —gimió.

La española percibió, en las palabras de Andrea, un ruego camuflado de exigencia, y en cierta forma entendió que él la había añorado durante su estancia en Nápoles. Por lo tanto, acabó viendo en su petición la forma que él tenía de decirle que le gustaba tenerla a su lado, sin verse arrastrado a demostrar que, como cualquier humano, Neri también tenía debilidades.

Ese comportamiento ascendió a Helena a la cumbre de la pirámide emocional, haciéndola sentirse importante para el italiano y, pese a estar en la cima, decidió que la mejor forma que tenía de mostrar a su salvador lo mucho que significaba para ella, era descendiendo a la base.

Con delicadeza, Helena desabrochó el cinturón y los pantalones de Andrea y los dejó caer. Se relamió y jugó con la cinturilla del bóxer pijo y de color negro que llevaba puesto, y disfrutó de lo bien que quedaba ese color, ya fuera en el traje, en la camisa o abrigando el péndulo de la lujuria, con el tono de su piel.

Andrea estaba a un par de toques de correrse y eso era algo que solo le pasaba con

Helena, quien tenía la capacidad de llevarlo a su límite de resistencia sin ni siquiera haberlo tocado.

Ella le bajó el calzoncillo, y su verga se empinó frente al rostro emocionado y sonriente de Rapunzel, quien no dudó en abrir la boca y tragarse, de golpe, la mitad de su falo. Él jadeó al sentir el ardor húmedo de la boca de la española.

Embistió. Para Neri era un acto reflejo tomar posesión de cualquier cavidad en la que entrara su pene, y, Helena, pese a sufrir una arcada al percibir el fuego que consumía a Andrea en ese segundo, lo acogió.

Independientemente de su apellido, Helena no era una santa, y antes de que Andrea apareciese en su vida para salvarla de los malos, vestido con su brillante armadura de príncipe valiente, ella ya había hecho alguna que otra mamada a algunos de sus rollos. No obstante, no fue hasta que conoció a Neri, que la española empezó a plantearse lo de permitir que él practicara con ella una garganta profunda. Sobre todo, después de aquella primera vez en la que Andrea la penetró hasta que sus huevos hicieron tope en sus labios y su placer chocó contra el límite de lo permitido, llegando a rozar un clímax prohibido que causaba que Helena empapara su braga.

El orgasmo emocional acuciaba a Helena, al tiempo que sentía la dureza del pene de Neri reclamando más de ella.

Helena masturbaba a Andrea con la boca, al ritmo que marcaba él con el vaivén de sus caderas. Ella gimió sin dejar que él abandonara el calor de su aliento y, en una retirada larga, besó el glándulo justo antes de que él entrara con brusquedad en toda su longitud y se detuviera en ese punto, forzando a Helena a soportar la totalidad de todo su falo en su boca.

Andrea se cegaba cuando se trataba de ella y el placer, sin llegar a tener control de sus reacciones y pensando, solamente, en disfrutar de lo que ella le ofrecía con su cuerpo.

—*Il paradiso è in fondo alla tua gola*^[35] —gimió justo antes de empezar a moverse.

En esa ocasión, el baile de caderas de Andrea empezó siendo rápido y corto; buscando avivar las llamas que recorrían su verga, para que la leche que le había ofrecido a Helena, alcanzara el punto de ebullición antes de llegar a ella.

Helena era consciente del descontrol que Andrea tenía sobre sí mismo esa noche, como si la necesidad de un orgasmo fuera vital en él. Así que, sintiéndose capaz de resistir los embates de Neri, además de poder tolerar su corrida, la española aguantó la fuerza de la presión que él ejercía agarrándola del pelo con su mano buena, de los empujones de sus caderas cada vez que entraba en su boca y, sobre todo, soportó y tragó cada golpe de semen que llegaba hasta su campanilla.

—*Nutriti, mia principessa*^[36] —jadeó Andrea al llegar al cenit de su orgasmo y sintiendo un calor especial en el pecho al contemplarla desmadejada a sus pies, con cara de haber disfrutado tanto como él y limpiándose la boca con el dorso de la mano.

CAPÍTULO

XXX

30 días - Serás mía

Helena observaba desde el balcón de su dormitorio a Andrea, que aparentaba toda la paz que su interior no sentía, sentado en la butaca de mimbre junto a la piscina, frente a la mesa preparada con dos servicios para el desayuno.

—¿Todo esto es por mí? —irrumpió Davide, que se había acercado sin que su jefe lo esperase y mostrando una más que evidente cojera, para agarrar una de las manzanas del frutero, que mordió a la vez que le hizo un simpático guiño de ojos a su amigo.

—Pensé que hoy estarías peor que yo, pero te encuentro feliz y lozano como un fresco capullo. —Le dirigió una mirada desdeñosa y asió su taza de porcelana blanca para darle un sorbo a su café ya tibio.

—Dicen que mala hierba nunca muere. —Davide se encogió de hombros, sin atreverse a ocupar la otra butaca.

—¿Lo dices por ti o por Bianchi? —Andrea alzó la ceja, aguardando la contestación que sabía que Davide soltaría.

—Por nosotros y por él. Sandro fue quien acabó más jodido. El doctor volverá a verlo más tarde. Su recuperación será larga —informó.

—Perfecto. Vete a desayunar con las chicas. Gina preparó la tarta de manzana que sabe que te gusta.

—¿Y Rapunzel? —indagó, asestándole otro bocado a la fruta jugosa que tenía en la mano.

—Satisfecha y relajada. Ahora, ve a la cocina —ordenó, puesto que no quería que, si bajaba, Helena escuchara según qué conversaciones entre ellos.

Ella se aproximaba dando un rodeo por el porche lateral. El frescor de la mañana le erizó la piel y se detuvo, en silencio, en el borde de la piscina, contemplando su reflejo distorsionado sobre las leves ondas de la superficie.

Andrea le hizo un gesto con la mano, y ella caminó intentando mostrar la sonrisa con la alegría que su corazón no sentía al pensar en dónde estaría su hermano.

—Estás preciosa. —La admiró, no perdiéndose ni un milímetro de su figura bajo el sol de la mañana, que brillaba sobre el cabello de la española, otorgándole una especie de aura

mágica que bordeaba su cabeza.

—Me lo regalaste tú. —Tiró con suavidad de su vestido corto de color vainilla.

—Soy un gran comprador, siempre acierto —bromeó, pero Helena, desganada, se limitó a sentarse en la butaca frente a él.

—Necesito hablar con Gabriel —murmuró sin atreverse a poner sus ojos en los de Andrea.

Él, siempre dispuesto a cumplir sus caprichos, dejó su teléfono sobre la mesa después de marcar el patrón de desbloqueo.

—Helena, iré a por ti en un par de días. Aguanta —soltó el chico, de carrerilla, y luego sonaron los tonos de desconexión de la llamada.

Muy despacio y sin saber cómo reaccionar, Helena le devolvió el dispositivo a Andrea, que se levantó para ir hacia ella con expresión de preocupación.

—Gabriel zanjará el asunto en pocas horas. ¿Sabes lo que significa eso? —sonrió esperanzada en que todo volviera a la normalidad.

—Que te alejarás de mí —sentenció sombrío.

—¿Quieres que me vaya? —confundida, se puso de pie para acercarse más a él.

—Es tu elección. *Chi costruisce il presente sulla menzogna, ne futuro trovera solo il vuoto della solitudine*^[37] —suspiró, viendo imposible alcanzar la resignación que precisaba.

—No entendí —Helena ladeó la cabeza, pero no recibió ninguna traducción.

—Mi hermana inaugurará su local de fiestas en Florencia esta noche. Prepara tu maleta y mete algo apropiado para acompañarme al evento.

Andrea no preguntaba, él siempre imponía, aunque en esa ocasión, su orden llenaba de emoción a Helena, al saber que él quería presentarle a alguien de su familia a pesar de que no la hubiera mencionado con anterioridad.

CAPÍTULO

XXXII

30 días - Serás mía

Andrea bajó del Ferrari, con su impecable traje oscuro, con camisa del mismo color, y rodeó el auto para ir a abrir la puerta de Helena, que lo enloqueció con la visión de su empeine, extendido sobre el tacón de diez centímetros de su sandalia dorada, que aportaba sofisticación al sobrio vestido negro, corto por las rodillas, y con un escote trasero de vértigo que llegaba justo a la altura de su cintura, aunque por la parte delantera luciese una elegante transparencia sobre la que parecían revolotear unas diminutas mariposas en el mismo tono.

—Estoy pensando que será mejor que nos vayamos. No estoy dispuesto a compartirte —susurró con la voz tomada por las ganas de poseerla allí mismo.

—Vamos a pasarlo bien. Lo otro, lo dejaremos para cuando lleguemos a tu casa. —Helena se percató de que había olvidado la cartera en el lateral del asiento, y se inclinó delante de Andrea, mostrándole una explícita panorámica de las formas de su culo, que él palmeó provocando que ella riera.

—¿En casa? Sabes perfectamente que no me detengo a la hora de demostrarte cuánto te deseo, Helena. —La sujetó con firmeza del cuello, esbelto y delicado, para atraerla hacia él y devorar su boca con ansia, como si temiese que ella fuera a esfumarse de su vida como el mago una vez que finaliza el truco.

La mirada de muchos de los presentes en la sala se quedó prendida en ellos durante su paso hacia la barra, donde Andrea saludó con familiaridad al camarero, y Helena trataba de disimular su nerviosismo debido al importante momento que se avecinaba.

Andrea no le había hablado nada más acerca de su hermana, por lo que no sabía cómo acercarse a ella o establecer ese primer contacto que generase buen rollo y simpatía entre ambas.

—Pide lo que te apetezca. Debo atender un asunto en uno de los reservados.

Andrea desapareció tras unas cortinas negras que protegían el interior de uno de los espacios privados, situados detrás de un cordón rojo que separaba a los mundanos como ella de los vips como él; una zona vigilada por el personal de seguridad del local.

Segundos después, al ver que el guardaespaldas de Neri daba paso a un grupo de hombres al espacio, Helena se pidió un cóctel sin alcohol, pues algo le decía que aquello iba para largo. y ella deseaba estar en pleno uso de su libido y sus facultades para gozar de la promesa velada que él le hizo minutos antes, en plena calle.

Dos combinados más tarde, vio salir a aquellos con los que Andrea estaba compartiendo la velada, y Helena suspiró al darse cuenta de que él la había dejado sola desde su llegada. Ese pensamiento la hizo reflexionar en el motivo que podría tener él para abandonarla al aburrimiento, mientras que él acudía a lo que parecía ser un congreso nocturno de odontología.

Se levantó del taburete, dejando su copa en la barra, y se dirigió hacia la zona privada. Una vez allí, vio cómo una llamativa mujer con el pelo teñido de un fulgurante azul eléctrico entraba en el reservado, con el beneplácito del hombre de Neri. Así que, con toda la seguridad fingida que pudo reunir, se acercó a él, creyendo que, al igual que la otra, solo necesitaba aparentar ser alguien sin tener que serlo.

—No puede pasar, la detuvo el guardia.

—Necesito hablar con tu jefe. Por favor... —puso ojos dulces y sacó morritos.

—No me lo haga más difícil. —El hombre le suplicaba en tono suave que se retirase, ya que no deseaba discutir con ella.

Helena se dio media vuelta, pero regresó en un quiebro y abrió la cortina, sin que el empleado pudiera impedir que pusiera sus pies dentro de la sala. La mujer del cabello azul acababa de besar a Andrea en la boca, un roce breve, según lo que Helena alcanzó a presenciar, y se soltó de su abrazo al abrirse la cortina y ver que alguien entraba sin llamar.

—Que sepas que eres un... un... —Lo señalaba Helena con su dedo acusador—, un impresentable. Eso es. ¡Me traes aquí, y te lías con una fulana, aun sabiendo que yo estoy fuera! —gritó, y se aproximó al traidor para golpearle el pecho con su dedo, ante la espontánea carcajada que salió de los labios finos de la mujer que presuntamente se estaba liando con Andrea.

Él sujetó su muñeca con una furia fingida, porque la verdad es que su interior bullía de indignación y excitación, y en esa mezcla había más de lo segundo que de lo primero.

—Ella es mi hermana —expresó entre dientes, con los iris chispeando de deseo por su rebelde Rapunzel.

—Ginevra, te presento a Helena, mi invitada estos días.

La española arrugó la nariz, rogando que el suelo se abriera y se la tragase la grieta. Ginevra le regaló un cariñoso abrazo, contemplándola risueña, y la invitó a salir a tomar algo con ella en la sala.

—*Lasciaci soli*^[38], Ginevra.

Su hermana abandonó el lugar, y Andrea comenzó a caminar frente a Helena, mientras ella retrocedía hasta chocar con uno de los sofás que tenía el reservado.

Andrea y Helena formaban un tándem perfecto, tanto a la vista de los demás como en su privacidad pública. Ya que, para Neri, la intimidad no era un requisito indispensable para disfrutar de un momento íntimo con Helena, quien, a pesar de tener un punto de vergüenza, no dudaba en provocarlo, para después dejarse llevar por sus locuras, deseos, gustos y caprichos.

Ella era consciente de que él odiaba que lo señalaran, aunque para Andrea, cuando el gesto provenía de ella, más que hacerle rechinar los dientes, se los ponía largos al pensar en cómo podría compensarle esa ofensa. Y Helena, que toda su vida se había condenado por esa mala costumbre, le estaba cogiendo el gusto a eso de levantar el dedo índice en dirección al italiano y, si tenía oportunidad, también a toquetearlo con él, tal como hacía en ese instante, en el que la punta de su dedo índice se colaba entre la abertura de su camisa.

—¿Estás enfadado? —cuestionó Helena—. Puedo entenderlo, pero... la vi entrar aquí y yo estaba allí... —señaló hacia afuera—, y... sentí celos —admitió.

—No tienes derecho a sentir celos. Eso es para las parejas. —Andrea agarró a Helena por la nuca y la obligó a alzar el rostro para unir sus miradas—. A nosotros se nos da bien follar. A ti te gusta provocarme y a mí me excita que lo hagas. No lo estropees con tonterías como hacer el amor, dormir abrazados y despertarnos juntos cada mañana.

—Yo... —se mostró pensativa unos segundos—. Cuando llegamos, dijiste que no querías compartirme, así que pensé que lo nuestro...

—No tienes que pensar, Helena. El sexo contigo es adictivo. —Andrea agarró una mano de Rapunzel y la puso en su paquete—. Mi polla se vuelve loca cuando te sientes cerca y babea por encontrarse contigo; con tu boca, tus tetas y, sobre todo, con tu coño. —Andrea aproximó la boca a la oreja de Rapunzel—. Aun así, a pesar de que no somos nada, puedes confiar en mí, Helena. Te prometo exclusividad sexual siempre que tú accedas al dónde, cuándo y cómo yo quiera.

Helena reflexionó durante unos escasos segundos en las palabras de Andrea. Ella llevaba días imaginando que el italiano era ese príncipe con el que soñaba desde niña. Que se enamoraban, casaban y formaban una familia, pero eso era algo que ocurría, únicamente, en su cabeza. Ya que, en el fondo, era consciente de que los hombres como él no se comprometían. Sin embargo, Neri acababa de hacerle una promesa, y algo en su interior le decía que, para Andrea, su palabra era muy importante y ella se merecía, aunque solo fuera durante un tiempo, vivir en esa fantasía infantil.

—Acepto —concedió, a pesar de que él no estuviera esperando su respuesta—. Pero, ¿puedo pedirte una cosa? —Andrea asintió con una sonrisa de suficiencia adornando su rostro—. Ahora sé que es tu hermana y... —Cerró los ojos, apartando el rostro de la visión de Andrea—. ¿Podrías guardar distancias con el resto de las mujeres? Aunque no seamos nada, me gustaría...

—No voy a hacerlo, tendrás que conformarte con mi promesa de no sacar mi polla para el resto de las féminas.

—Vale —asintió, mirándolo a los ojos—. Total, ¿cuánto tiempo más puede durar esto?, ¿una semana?

—No pienses en el tiempo que nos queda juntos. —Andrea se puso serio al recordar que no había planeado nada que impidiera que Helena se marchara cuando su hermano regresara con la deuda saldada y eso, en cierta forma, lo enfureció y excitó a partes iguales—. Debes centrarte en el polvo que me vas a echar para compensarme por desconfiar de mí y por interrumpirme mientras estaba con mi hermana.

Andrea abrazó a Helena por la cintura y cambió sus posiciones para dejarse caer en el sofá, recostándose contra el respaldo, al tiempo que abría sus brazos, esperando a que su Rapunzel le otorgara un orgasmo más de los muchos que le estaba dando desde que él había regresado de Nápoles.

Los desnudos de Andrea eran una visión que se cotizaba cara. Tan cara que, a pesar de

convivir con él y de, como decía Neri, follar mañana, tarde y noche, Helena aún no lo había visto sin ninguna prenda.

Ella disfrutaba del pensamiento de que alguien los espiaba y sabía que a él le encantaba ese riesgo de ser pillados. Aunque estaba segura de que nadie se atrevería a irrumpir en un lugar en el que Andrea estuviera, nadie salvo ella misma.

Se subió a horcajadas sobre él y le desabotonó la camisa, pausada y sensualmente, hasta llegar al pantalón. Helena quería hacer las cosas lentas, estirar siempre su tiempo con Andrea, sin embargo, él apuraba cada instante como si los segundos se le escaparan de las manos y tuviera la necesidad de hacer todo rápido para poder hacer más cosas. Helena aún no había terminado de desabrochar el pantalón cuando Andrea alzó la pelvis y retiró la ropa, liberando su verga, que ya apuntaba al techo sin que Helena tuviera que estimularla más.

Era consciente, porque Neri se lo decía constantemente, de que su sola presencia causaba ese estado en él, y, a pesar de que se lo creía, prefería afirmar que no era por atracción, sino porque, pese al tiempo que llevaban juntos, aún seguía siendo una novedad de la que el italiano pronto se cansaría.

—*Avanti, principessa, fottimi*^[39] —reclamó Andrea con voz ronca, metiendo la mano bajo la falda del vestido de Helena para apartarle la braga y dejar al descubierto lo justo de su sexo.

Helena rozó la humedad de su excitación con el glande baboso de Andrea y gozó del placer que le producía ser ella quien tuviera la batuta de aquella orquesta de exhalaciones. Se apoyó en los hombros de Neri y, en una bajada lenta, poniendo a prueba la presión de sus músculos internos, se ensartó en el falo de Andrea, quien gimió con fuerza al sentir la bienvenida que Helena le daba en un lugar que él, aunque no confesara nada, ni siquiera para sí mismo, sentía como su hogar.

Sus sexos protagonizaban una danza lenta en la que, el armonioso movimiento de sus pelvis era la introducción de la coreografía. Helena se movía sobre Andrea y él perseguía sus movimientos, acunando el trasero de su princesa con sus manos, al tiempo que se embebía de la lujuria que se reflejaba en su expresión.

Andrea deseaba verla así siempre. Disfrutarla de esa forma. Entrar en ella con libertad. Tenerla para él y no volver a pensar nunca más en la posibilidad de perderla.

—*Più, Rapunzel, di più*^[40] —jadeó.

Poco era lo que Helena había aprendido en italiano, pero cada vez que Andrea quería más de ella, porque su orgasmo se acercaba, era una lección que se sabía. Helena metió la mano entre sus cuerpos y, al sentir el ardor que desprendían sus sexos en el ascenso a la cima del placer, se vio apurada por la necesidad de correrse que acuciaba a Andrea y, en un acto reflejo, presionó su clítoris para masturbarse al ritmo que marcaban sus caderas y poder acompañarlo en su estado de éxtasis sexual.

Andrea observó a Helena embelesado por la belleza que envolvía su cuerpo cuando se rendía al placer de la carne, y gimió al notar la presión que ejercía sobre su pene y el temblor que la dominaba a ella mientras el inicio de su orgasmo tomaba el control de sus reacciones.

Cuando Andrea percibió el palpito de la eyaculación recorriendo el largo de su verga, para mezclarse con la culminación de Helena, abrazó el cuerpo de la española, pegándolo al suyo como si fueran uno.

—*Sarai mia*^[41], Helena.

CAPÍTULO

XXXIII

30 días - Serás mía

Andrea salió de la casa de la ciudad cuando aún era noche cerrada, dejando allí a Helena, quien, ajena a lo que sucedía, dormía plácidamente en su cuarto.

Al amanecer, despertó y salió de la habitación con la intención de preparar ella misma un rico desayuno con el que sorprender a Andrea, sin embargo, antes de que pudiera llegar a la cocina, sintió un fuerte estruendo procedente del jardín junto con un batiburrillo de voces masculinas que no llegó a reconocer. Asustada, entró en el despacho del italiano, que permanecía con la puerta entreabierta, y la aseguró por dentro, confiando en que aquel fuera un lugar seguro.

Mientras, aferrado a la barandilla de hierro forjado del balcón de la mansión en el campo, la mirada de Andrea se paseaba por las suaves ondulaciones toscanas que se extendían a sus pies. Sus ojos claros, afectados por el sol anaranjado del amanecer, se entrecerraron, deslumbrados. En ese momento, idílico para cualquiera que no habitara en su piel, pensó que el movimiento de las briznas verdes alentadas por la brisa suave, eran un lienzo más valioso que el famoso Caravaggio de Di Martino.

El aire fresco erizó la piel de sus brazos que su camisa remangada exponía. Se pasó la mano por el pelo, intentando estar presentable para recibir a su invitado, como buen anfitrión, y fijó la vista en la viña: unas cuantas parras viejas, de troncos retorcidos y considerable altura, que liaban sus ramas alrededor de las guías de alambre.

Andrea vivía en una impresionante casa que había pertenecido a su familia materna, situada en un escenario de postal, aunque su realidad era bien distinta, ya que una parte importante de aquel terreno la dedicaba a fines menos estéticos y más rentables que la insignificante cantidad de vino que se producía en la antigua bodega.

Para Andrea, que Santos saldase su deuda, significaba más un martirio que callar, que una satisfacción que expresar. Que él recibiera ese pago, suponía que Helena volaría de su lado. Ya no tenía excusas para retenerla, ni argumentos con los que convencerla de que él era el camino más acertado para que ella dejara su vida en España y se quedase en Florencia.

Helena. Su nombre resonó en su mente. La mujer que él había tomado como rehén y simple objeto de satisfacción sexual, consiguió pasar a ser bastante más que un simple aval de la deuda. Él había elegido a la hermana de Gabriel por el amor que el chico le profesaba, y esa iba a ser su mejor arma a la hora de exigirle el dinero, sin embargo, también era consciente de que su garantía para el cobro pasó a ser una de sus mayores debilidades, ya que, gustoso, cambiaría esa cantidad de dinero por volver a tener a la española durante otros treinta días.

El ruido de unas ruedas sobre la grava hizo que Andrea saliera de sus pensamientos. La respiración se le aceleró y sus nudillos se tornaron blancos por la fuerza con la que agarraba la barandilla. Tras unos segundos que juzgó eternos, uno de sus vehículos apareció en la subida de la suave pendiente de la viña.

Contempló cómo sus hombres salían con Santos, quien, con curiosidad, se giró mirando a su alrededor.

—Te impresiona el lujo y te pierden los sueños de riqueza. Mal negociante sería yo si no te ofreciera un nuevo trato —murmuró mientras bajaba a recibirlo con una sonrisa perversa en los labios.

Si a Gabriel le preguntasen a qué olía el miedo, seguro que respondería que a humedad, a tierra mojada y a madera vieja. Fabrizio lo empujó al entrar en la sala, excavada directamente en el suelo, con las paredes sin vestir y en la que únicamente había una mesa baja de roble maciza. Allí se arrastró, sintiendo el punzante dolor de las piedras en las rodillas a través de sus vaqueros, para cumplir la orden del guardia sin rechistar.

—De rodillas en todo momento, con las manos sobre la mesa y no se te ocurra hacer ninguna tontería, o tu hermana tendrá que venir a traerte flores a este lugar que se convertirá en tu tumba.

Santos asintió, no podía hacer otra cosa, pues su vida y la de Helena aún estaban en las manos de esa gente.

El chirrido de las bisagras de la puerta hizo que Gabriel elevara los ojos, a la espera de encontrarse con los de Neri. Inundando el lugar con una luz tenue procedente de la zona dedicada a las barricadas, apareció Andrea, a quien Santos veía imponente desde la posición en la que se encontraba.

—Fabrizio, el español dirá que no supimos atenderlo en su visita a Florencia —reprendió a su empleado en el tono de un maestro a un alumno de primaria—. Déjanos a solas. Y tú, Santos, levántate, hoy eres mi invitado. —El tono amable con el que el italiano le hablaba, le produjo a Gabriel peor sensación que si lo estuviese encañonando con un arma.

—Tus hombres tienen la documentación. Pagué la deuda en el plazo que me diste —soltó de carrerilla, poniéndose de pie a la vez que se sacudía los pantalones.

—¿Qué pasó con tu idea de negocio? ¿Te rendiste? —inquirió Andrea, dándole la espalda con total tranquilidad.

—Quise volar demasiado alto. Entendí que debo comenzar con algo más simple —reconoció, finalizando con un simple balbuceo—. ¿Dónde está mi hermana?

Andrea se giró para quedar cara a cara en mitad de la penumbra del lugar.

—El ritmo de la conversación lo llevo yo. Es de mala educación interrumpir a tu anfitrión. En cuanto a lo del negocio, siempre hay que soñar en grande, hacerlo en pequeño es de perdedores. ¿Te consideras un perdedor, Santos? —El soniquete de perdonavidas de su voz estaba poniendo a Gabriel de los nervios, aunque intentase ocultar el temblor de su pierna

metiéndose la mano en el bolsillo para calmarse.

—No es eso...

Una carcajada burlona resonó entre ellos.

—Pues deberías. Te quedaste sin nada, y todo por actuar como un auténtico imbécil.

—Ya pagué —Gabriel lo interrumpió, pero Andrea se acercó a él en un par de pasos y lo sujetó con rabia por la botonadura de su camisa celeste.

—Tienes un problema, y es que no aceptas las verdades. Eres un perdedor y lo sabes —sonrió de medio lado, complacido por la inquietud que veía en el chico—. Pero, para que veas que no soy mala persona, te haré una oferta por la única posesión que te queda con cierto valor. Treinta mil euros por tu hermana. —Le tendió la mano con la palma hacia arriba, esperando sellar el trato con aquel español que lo miraba atónito, sin saber qué tipo de broma era aquella.

—¿Estás loco? ¿Cómo puedes pensar que te vendería a Helena? —Andrea usó la mano tendida para darle una bofetada en la mejilla que hizo que Gabriel cayera al suelo.

—Te estoy ofreciendo demasiado. Hasta tú sabes que no vale más. Este tiempo aquí, Lena se hizo la digna y se negó siquiera a hacerme una mamada. La usaré para trabajar en la cocina del personal. Escucha —se puso en cuclillas ante él, que seguía sentado con la mano en el rostro—: la llamarás, le dirás que aún no solucionaste tu asunto, le suplicarás que se quede conmigo, porque yo la protegeré de la mafia que te persigue, y yo prometo que le daré una vida aceptable, sin grandes lujos, al ser una más de mis empleadas, pero sí cómoda. A cambio de algo tan simple... ¡Davide, trae el maletín! —ordenó alzando la voz, y Davide apareció cargando lo que Andrea le había pedido—. Te llevarás en efectivo una buena cantidad. Treinta mil euros para no volver a España siendo el asqueroso perdedor que eres.

Andrea lo sostuvo, abierto en sus manos, mostrándole a Gabriel los billetes, de los que sentía hasta el olor al tenerlos tan cerca.

—De acuer... —musitó hipnotizado por el dinero.

—Señor —irrumpió Fabrizio, entrando como si viniera de correr una maratón—, Rapunzel ha desaparecido.

—Te jodieron. —Se incorporó ante el chico, que no se atrevió a moverse—. No hay trato, por ahora. Tú serás mi aval hasta que Helena vuelva a mí. ¡Davide, Fabrizio, llevadlo al sótano! —escupió furioso.

CAPÍTULO

EPÍLOGO

30 días - Serás mía

Tiempo después.

Cada uno de sus pasos resonaba en mitad del silencio más absoluto en el que se hallaba la mansión a esas horas. Andrea caminaba sin prisa por el pasillo. Sus ojos vidriosos se posaron en la puerta cerrada del cuarto de Rapunzel, la inocente princesa que había logrado escapar de la torre. Resignado, bajó la manilla y entró.

Apreció la habitación como la jaula vacía en la que faltaba el ave exótica que lo alegraba con su plumaje y su canto. Y, aunque la luz del sol inundaba la habitación, Andrea sintió un escalofrío que subió por su espalda al experimentar la frialdad que había dejado allí la ausencia de Helena.

En un arranque de ira, fue al armario y lo abrió de par en par. El olor de la lavanda seca que contenían las dos bolsitas de seda que colgaban de las barras impregnó el aire, pero aquel no era el olor de Rapunzel. Su princesa lo había dejado tirado y lo estaría maldiciendo por lo sucedido.

Admiró los vestidos, las blusas, las faldas y, al final, se agachó para abrir los cajones, quedando a la vista varios de los conjuntos de ropa interior que ella había elegido y él pagó con gusto. Con suavidad, como si estuviera fabricado en el más delicado cristal, agarró el sujetador blanco que Helena llevaba puesto la noche que lo lució para él a través de la cámara de seguridad, y se lo llevó a la nariz para aspirar su olor, pero lo lanzó sobre la cama, violentamente, al comprobar que era el perfume del suavizante que usaban las empleadas para el lavado de las prendas.

Sacó una de las braguitas, blancas e inmaculadas, y el suave tacto de la tela lo llevó a pensar en que Rapunzel era lo único limpio que había tenido, dentro de que las veces que estuvo en su interior, fueron motivadas y manipuladas por la mentira.

—¡Helena! —bramó con voz desgarradora apretando los puños.

¿Cómo se había atrevido a huir? ¿Acaso pensaba que sería fácil escapar de él? Helena era suya, y siempre lo sería. Al menos, hasta que fuera él quien le dijera que el juego había terminado.

Abrió la ventana y se asomó para coger algo de aire fresco. Los cipreses del jardín se mecían con la brisa. Andrea tragó saliva, en un intento de disipar su ira.

—Te encontraré, Helena, y cuando lo haga, te arrepentirás de haberte ido de mi lado — cerró los ojos y soltó un suave gemido ronco—. Volverás a mí. Eres y serás mía, no lo dudes, no podrás esconderte de mí.

—Andrea, Luigi tiene a Matteo. —habló Davide, aproximándose a él, no sin cierta indecisión, debido al estado en el que se encontraba su amigo.

La posibilidad de cobrar venganza contra la mano derecha de Bianchi hizo que los ojos de Neri brillasen, pareciendo oler con antelación la sangre derramada de su enemigo.

Fin

(De la primera parte de la serie).

Te agradezco que hayas elegido este libro. Es todo un honor y una satisfacción para mí, como autora, poder estar en tu estantería junto a otras maravillosas historias.

Nos veremos de nuevo, si te apetece, en la segunda parte de la serie.

-
- [1] Ven aquí.
 - [2] Pequeño restaurante familiar en Italia.
 - [3] Fideo plano con un ancho superior al habitual.
 - [4] Bistec grueso, generalmente de buey, cortado en forma de T y cocinado a la brasa.
 - [5] La Bella Durmiente.
 - [6] Joder, mierda o carajo.
 - [7] Helado.
 - [8] Este ha sido un buen regreso a casa.
 - [9] Pan esponjoso elaborado con hierbas y los distintos alimentos que, al gusto, se le quieran añadir.
 - [10] Quiero arder contigo.
 - [11] El trabajo está antes que el placer.
 - [12] Requesón.
 - [13] No me estás diciendo la verdad.
 - [14] Soy como un jodido adolescente.
 - [15] Puñetazo ejecutado de abajo arriba.
 - [16] Silencio, Rapunzel. No queremos terminar en los calabozos del Vaticano.
 - [17] Podría estar así, contigo, todo el día.
 - [18] Bienvenido, señor Neri, el señor Di Martino le espera en su despacho.
 - [19] Señor Di Martino, el señor Neri llegó acompañado de dos de sus hombres.
 - [20] Que entre. Déjanos.
 - [21] Hola, tata. ¿Cómo están las cosas por ahí?
 - [22] Helena está aquí en la cocina, conmigo.
 - [23] ¿Todo bien?
 - [24] Ningún problema.
 - [25] Dale tu teléfono, quiero hablar con ella un minuto.
 - [26] No soy Andrea. Llamo de la comisaría para decirle que el Papa la denunció por follar en el museo.
 - [27] Berenjenas a la parmesana.
 - [28] Vete tranquilo.
 - [29] ¿Dónde estás, Helena?
 - [30] Hijo de puta.
 - [31] Mierda.
 - [32] Bianchi es un pedazo de mierda.
 - [33] Vete a la mierda.
 - [34] Maldito.
 - [35] El paraíso está en el fondo de tu garganta.

[\[36\]](#) Aliméntate, mi princesa.

[\[37\]](#) Quien construye el presente sobre la mentira, en el futuro solo encontrará el vacío de la soledad.

[\[38\]](#) Déjanos solos.

[\[39\]](#) Adelante, princesa, fóllame.

[\[40\]](#) Más, Rapunzel, más fuerte.

[\[41\]](#) Serás mía.